

*Tú y yo
volviendo
a volar*

Arantxa Anoro





***Tú y yo
volviendo
a volar***



Arantxa Anoro

Título: Tú y yo volviendo a volar.
Copyright © Arantxa Anoro, 2024.

Corrección: Noni García.

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

Todos los derechos reservados. Quedan prohibida la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de la autora. No se permite la distribución o realizar cualquier transformación, excepto en el caso de pequeñas citas o comentarios escritos acerca del libro utilizados en artículos promocionales.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, lugares, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es mera coincidencia.

A todas esas personas que a veces el dolor les
impide ver la multitud de los colores que existen
y volver a sentir el aleteo de las mariposas
que siguen revoloteando a su alrededor.

Índice

Prólogo
1 Mara
2 Fabián
3 Mara
4 Fabián
5 Mara
6 Mara
7 Mara
8 Mara
9 Fabián
10 Mara
11 Mara
12 Mara
13 Mara
14 Fabián
15 Mara
16 Fabián
17 Mara
18 Fabián
19 Mara
20 Mara
21 Fabián
22 Mara
23 Mara
24 Fabián
25 Mara
26 Fabián
27 Mara
28 Mara
29 Mara
30 Fabián
31 Mara
32 Fabián
33 Mara
34 Mara
35 Fabián
36 Mara
37 Fabián
38 Mara
39 Mara
40 Mara
41 Fabián
42 Mara
43 Fabián
44 Mara

[45 Mara](#)
[46 Fabián](#)
[47 Mara](#)
[48 Mara](#)
[49 Fabián](#)
[50 Mara](#)
[51 Mara](#)
[52 Fabián](#)
[53 Mara](#)
[54 Fabián](#)
[55 Mara](#)
[56 Fabián](#)
[57 Mara](#)
[58 Fabián](#)
[59 Mara](#)
[60 Fabián](#)
[61 Mara](#)
[62 Fabián](#)
[63 Mara](#)
[64 Fabián](#)
[65 Mara](#)
[66 Fabián](#)
[67 Mara](#)
[68 Fabián](#)
[69 Mara](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre mí](#)
[Otras novelas de Arantxa Anoro](#)

Prólogo

Él se ha ido, y aunque me niego a creer que es así, la realidad es otra. ¿Por qué él? Una pregunta que retumba en mi cabeza mientras intento asimilar que ya no lo tendré entre mis brazos, no podré besarlo, tocarlo, verlo, olerlo o escucharlo, y eso me desgarran por dentro.

Ahora solo permanece en mi recuerdo, y es allí donde yo quiero vivir para siempre. Porque es ahí donde podré seguir estando a su lado.

He perdido lo que más amaba en este mundo, y mi corazón se congela, su latido se detiene y un gran vacío se instala en mi alma. Todo se vuelve gris y la desolación invade mi ser. ¿Cómo podré superar algo así? No podré, lo sé. ¿Cómo querer seguir adelante después de esto?

1

Mara

Oigo las campanadas del reloj de la plaza.

«Las ocho y media. Y, como de costumbre, yo aquí. ¡Si es que parezco idiota! No hay un solo día en el que no tenga que ir corriendo. Siempre llego tarde a todos los sitios y mis amigas ya me han dado por perdida. ¡El correccaminos tiene menos estrés que yol».

Tic, tac, tic, tac...

El reloj de la tienda retumba en mis oídos. Cinco minutos más y aún no he terminado de recoger. Estoy cabreada, frustrada y hastiada de la vida. La última clienta que ha venido hace unos minutos me ha entretenido un montón. No se decidía por nada, y al final se ha ido sin comprarme ni un solo par de zapatos de los cien mil que le he sacado.

«Odio que mi vida vaya a marchas forzadas. Siempre deprisa, siempre corriendo, y con la sensación de no llegar a nada. De no disfrutar de las cosas, de no tener un rato para mí y demasiado para los demás. Y todo ello me abruma. Me siento que no soy yo misma. Todo me molesta últimamente y no me gusta esta bola de nervios que llevo en el estómago de manera continua. Esta presión que comienza a crecer en mi pecho cuando veo que no doy mas de mí», pienso mientras el dichoso tictac me persigue.

Pongo la alarma y salgo a la calle para bajar la persiana. El teléfono comienza a sonar, son mis amigas para recordarme que llego tarde, ¡como si no lo supiera ya! Lo busco en mi bolso y, antes de descolgar, oigo una voz a mi espalda.

—Ah, pero ¡ya cerráis! —lleno los pulmones con todo el aire del que soy capaz para no comerme a la persona que tengo detrás y, con mi mejor sonrisa, le respondo.

—Sí, ya, lo siento, tendrá que volver mañana. Nuestro horario es de 10:00 a 13:30 y de 16:30 a 20:00 y, como ve, llevo cuarenta minutos de retraso.

Giro sobre mí misma refunfuñando y con intención de marcharme cuando el andrajoso que tengo detrás, porque no se puede describir de otra manera con esas pintas que lleva, vuelve a interrumpirme.

—¡Espera! Solo una pregunta.

—¿Usted dirá? —respondo con la mandíbula tensa de tanto mantener una sonrisa cordial que no siento de ninguna manera.

—Estos botines, los del escaparate. ¿Sabe si los tiene en el número 40?

—¿Para usted?

—Sí, me gustan.

—Son preciosos, la verdad, aunque son un modelo de mujer.

—¿Y eso por qué? Son unos botines marrones lisos y lasos con una varilla en lugar de cordones. Son planos y sin florituras, ¿estás segura de que son de mujer?

«Lo que me faltaba, que pusieran en entredicho el género que vendo».

—Sí, estoy completamente segura. En sí, el botín es unisex, pero el detalle que sujeta los ojales de las carrilleras hacen que sea un modelo de mujer. Ese mismo modelo de botín lo tiene con cordones en la línea masculina.

—Me gustan estos.

—Pues entonces venga mañana y se los prueba. Ahora tengo prisa, lo siento —le respondo, perdiendo esta santa paciencia que Dios me ha dado y que mis padres domaron a base de horas detrás del mostrador.

—¡Espere! Yo también voy en esa dirección, y si no le importa, la acompaño.

—Como quiera —resoplo mostrando una de mis mejores sonrisas.

El teléfono vuelve a sonarme, busco en mi bolso, descuelgo y, sin dar tiempo a que me digan nada, contesto de forma atropellada:

—Lo siento, lo siento, lo siento. Me he entretenido, un cliente me ha abordado al cerrar la tienda, pero ya voy para allá, lo prometo.

—¡Siempre la misma historia, Mara!

—Esta vez es verdad, mira, aún estoy con él. Di hola a mi amiga para que me crea.

—Hola, siento haber retrasado a tu amiga, pero ahora mismo te la devuelvo. Por cierto, soy Fabián —dice más para mí que para Carola, mostrándome una mirada tan penetrante que consigue que mi cuerpo reaccione de una manera extraña y tenga que apartar la vista.

«¿Qué ha sido eso?», me pregunto mientras me devuelve el móvil y se despide de mí.

—Ahora mismo mueves el culo hasta aquí como un rayo y me cuentas quién era ese tal Fabián.

Y es lo último que escucho porque, tras su orden directa, cuelga.

2

Fabián

Llevo varios días observándola. Siempre corriendo de un lado a otro. Tan deprisa que ni se ha percatado de mi presencia, y eso que hemos coincidido en varias ocasiones, pero su mente está en otro lado y sus ojos casi nunca ven lo que tienen delante. Y pese a que su propio nervio me irrita, hay algo en ella que me atrae de manera incontrolable.

Puede que sea esa mirada de niña que pide a gritos que la dejen salir y volar. O su cabello dorado como el sol. O, sencillamente, que es la mujer más bonita que he visto nunca. No sé qué es. Lo único que sé es que, cada vez que la veo, no puedo dejar de mirarla. Como si fuese una estrella fugaz, que pasa a toda velocidad y durante su trayecto atrapa miles de miradas hechizadas por la magia que emite ese astro. Pues a mí me sucede lo mismo con ella. Admiro ese brillo que desprende, anhelando que sus ojos se crucen con los míos por un instante. Y esa atracción me desubica, porque, sin apenas conocerla, me es imposible no acercarme.

3

Mara

—¡Buenos días! —oigo que saludan al entrar por la puerta.

—¡Buenos días! —le responde Carola—. ¿Qué desea?

—Me gustaría probarme esos botines del escaparate.

—Perfecto, ¿qué número?

—El 40.

—Muy bien, espere un momento, ahora mismo los saco —anuncia Carola, entrando en la trastienda donde yo me encuentro revisando un pedido.

—Mara, ¡me dijiste que era un andrajoso! —me reprocha en voz baja.

—¿Quién?

—El de las botas de Peter Pan.

—¿Está aquí?

—Sí, y es muy guapo. Es cierto que viste de manera peculiar, pero está muy bien, Mara —añade al ver que yo resoplo, aburrida de que siempre intente emparejarme con el primero que a ella le llama la atención.

—Por favor, Carola, límpiame esas gafas.

—Están limpias, boba. Igual a la que le hacen falta gafas es a ti. Mira —dice, arrastrándome detrás de la cortina, desde donde puedo ver a Fabián.

Lo observo con detenimiento y tengo que reconocer que debajo de esa pinta de desaliñado puede que haya un hombre mucho más atractivo de lo que a primera vista aparenta. Aun así, no tengo tiempo para nada y mucho menos para salir con nadie, pienso, echándole un último vistazo, pero justo antes de volver a lo mío, nuestros ojos se encuentran y yo doy un paso atrás de manera inconsciente.

—¡Joder! ¡Me ha visto!

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me ha sonreído. Anda, trae los dichosos zapatos —le digo, arrebatándole la caja de las manos de manera brusca.

—Hola, ¡qué bueno volver a verte! Al final has venido a probártelos.

—Hola, te dije que me gustaban.

—Sí, ya lo veo, ya —confirmo, abriendo la caja y ofreciéndole los botines.

—¡Uuuf! Me encantan —dice, sosteniendo uno de ellos en la mano.

Su manera de observarlos me llama la atención. No es normal que la gente aprecie el trabajo que tiene una pieza de esas características. Me sorprende cómo admira las terminaciones, la originalidad del detalle de las varillas, las costuras, la suavidad de la piel, y todo ello sin probárselo. Es como si entre sus manos tuviera una obra de arte, y eso no deja de asombrarme. Normalmente, la gente no se fija en todos esos detalles. Les puede llamar la atención, gustarles más o menos, pero hasta que no se lo pone y siente cómo el cuero se adapta a su pie, no son capaces de valorarlos por completo. Y, sin embargo, él parece actuar al contrario, me digo a mí misma mientras Fabián se prueba, por fin, los dos pies.

—¿Sabes lo que más me ha gustado de ellos?

—La originalidad —responde Carola, que sale de la trastienda en ese momento y se apoya en el mostrador de cristal donde expongo la bisutería.

—Bueno..., sí, aunque lo que más me gustó fue lo que me provocaron nada más verlos.

—Ah, ¿sí? —expongo con curiosidad, sin saber muy bien a qué se refiere.

—Sí, ya sé que no se parecen, pero me recordaron a los botines que lleva...

—¡Peter Pan! —anuncia Carola ilusionada—. Mara dijo lo mismo. De hecho, se los pidió al fabricante por ese motivo.

Yo la fulmino con la mirada, y ella me muestra una sonrisa de boca cerrada mientras se encoge de hombros, haciéndome entender que le da igual lo que le diga.

—¡Mira qué casualidad! —Y, tras su comentario, su mirada se clava en mí de una manera un tanto intimidante. Y tal vez, en otra ocasión, hubiera apartado la vista, pero estoy en mi terreno, en mi tienda, así que se la sostengo, y la intensidad se hace mucho más latente. Hasta que añade:

—¡Me los llevo! Son perfectos.

—Estupendo. Te los pongo entonces —digo con intención de recogerlos en la caja.

—No, que me los llevo puestos.

—¡Ah, vale! Entonces meto los zapatos que llevas aquí.

Guardo los zapatos y le cobro. Cuando por fin nos quedamos solas Carola y yo, ella no deja de mirarme.

—¿Qué?! —le pregunto, comenzando a ponerme nerviosa.

—Nada, nada. Solo que me he fijado cómo lo mirabas.

—Yo no lo he mirado de ninguna forma.

—No, qué va. ¡Si casi se te salen los ojos de sus órbitas!

—¡Porque no es para menos! Aunque no en el sentido que insinúas.

—Ah, ¿no?

—No, ¿tú te has fijado en cómo viste? ¡Si se le puede ver desde el otro lado de la calle!

—Es un hombre con personalidad, se pone lo que le gusta.

—No, eso sin duda. Los Peter Pan son de mujer, lo sabes tan bien como yo. Y esa chaqueta multicolor no se la pone cualquiera.

—Es cierto. Pero, aun así, te gusta.

—No me gusta. Reconozco que es atractivo, que tiene algo. Sin embargo, para nada es mi tipo.

—No te estoy diciendo que te cases con él. Te estoy diciendo que puede ser una aventura divertida para tu rigurosa, ajetreada y aburrida existencia. ¡Pon un poco de *flow* en tu vida, Mara! —exclama, meneando su cuerpo como un flan de gelatina mientras choca su cadera contra la mía.

—¿No crees que mi vida ya tiene demasiado *flow*? —le comento, retórica, levantando las cejas.

—No del que necesitas, créeme —sentencia con rotundidad, deteniéndose en seco.

La mañana pasa tan deprisa como siempre. Carola atendiendo la zapatería, y yo entre la zapatería y la web, resumiendo, en cien mil cosas. Clientes, facturas, escaparate, pedidos a fábrica, pedidos que llegan y los pedidos *online* de esa afición que ha terminado convirtiéndose en un segundo trabajo y que ahora me exige tanto o más que la tienda. Algo que comenzó como una vía de escape antes de que mi madre muriese. Cuando su enfermedad mental la hizo volver a la niñez, arrebatándole parte de su autonomía. Fue una etapa dura, mi casa, su casa, la tienda y ella perdiendo poco a poco la lucidez. Olvidándose de la mujer que un día fue. Mi padre ya no estaba y yo era hija única. Así que busqué una distracción que me permitiera desconectar haciéndola partícipe a ella. O, al menos, esa fue la idea cuando comencé a diseñar bisutería con todo tipo de materiales. Recuerdo que la sentaba a mi lado y le pedía que metiese cuentas de madera en un hilo de nailon, o que me ordenase los

abalorios por colores. No pudimos compartir ese pasatiempo mucho tiempo. Pero sí lo mantuve porque me relajaba. Aunque ahora que la afición se ha convertido en obligación, la diversión se distorsiona y la relajación se convierte en presión.

Aun así, a pesar de que mi día ha sido frenético y ha pasado volando, no he conseguido sacarme de la cabeza al andrajoso de Fabián. No sé si por su indumentaria, por los botines de Peter Pan, por el hecho de que los haya relacionado con ese personaje, por esa coincidencia en concreto o porque es todo lo opuesto a mí. La parsimonia con la que se mueve, la serenidad con la que habla o la tranquilidad que proyecta. El caso es que no he dejado de acordarme de él, y eso me mortifica. Pero ¿a qué se debe? ¿Acaso puede haber algo que me guste de él como ha insinuado Carola? No, eso es imposible.

4

Fabián

Jamás hubiera pensado que esa apariencia inaccesible que muestra escondiese un rasgo que nos conectase tanto. Puede que lo hubiera imaginado, o mejor dicho deseado. Pero confirmar mis sospechas hace que me sienta ilusionado. Y más después de la conversación con su amiga. ¡Benditas amistades!

Ahora puedo interpretar mejor ese brillo que desprende su mirada, esa imaginación y curiosidad que quiere apagar tras la imagen que manifiesta. Control, dominio, firmeza, tenacidad... Cualidades que le impiden fluir y adaptarse, manteniéndose siempre en alerta. O, al menos, eso es lo que a primera vista deja ver. Algo que me repele tanto como me atrae. Porque me es imposible eludir las ganas que tengo de escarbar bajo cada una de las capas, descubrir el significado de cada una de ellas y ver lo que esconde. Porque, a fin de cuentas, todos escondemos algo.

5

Mara

Pasan los días. No he vuelto a ver a Fabián, pero a mi alrededor, todos son rumores en torno a él. Es lo que tiene vivir en un sitio pequeño. Todos nos conocemos, las noticias vuelan y la novedad siempre es el tema de conversación central.

—Buenos días, chicas. ¿Tenéis ya mis zapatos? —pregunta una de mis clientas habituales entrando en la tienda.

—Sí, ahora mismo te los saca Carola de la horma—le respondo, levantando la vista del ordenador.

—¿Habéis visto el mural que están pintando en la fachada del colegio?

—No, oí algo sobre que iban a embellecer la ciudad haciendo varias pinturas urbanas, pero nada más.

—Pues deberías ir a ver cómo lo hacen, porque es curioso.

—Aquí los tienes. A ver si ahora vas más cómoda.

—Gracias, hija. Bueno, que tengáis buen día.

—Igualmente.

—¿Sabes que es Fabián quien va a pintar el mural? —comenta Carola con una sonrisa traviesa, mirándome por el rabillo del ojo.

—¡Fabián! ¿Qué Fabián? ¿Mi Fabián?

—Qué curioso, ha pasado de tener algo pero no es mi tipo, a ser tu Fabián —anuncia con retintín, apoyándose en el mostrador de cristal y contemplándome directamente.

—Quiero decir el de los botines de Peter Pan —le respondo, ignorando su comentario mientras comienzo a colocar el escaparate que está delante de ella. Algo que a Carola le hace mucha gracia.

—El mismo —responde, intentando controlar la risa.

—¡Deja ya el tema, Carola! —le advierto, girándome sobre mí misma para poder verla.

—No he dicho nada, esta vez lo has dicho todo tú solita. —El silencio entre nosotras dura poco y Carola añade—: Solo digo que él viaja de un lado a otro. Así que sería una distracción en tu planificada, rutinaria y ajetreada vida.

—Tú lo has dicho, sería una distracción, y no tengo tiempo para eso.

—Entonces..., ¿querías que fuese algo más? Buscas una relación, aunque no lo reconozcas —afirma de manera tajante, cruzándose de brazos a mi lado.

—No, no busco nada, Carola —le respondo con unas sandalias naranjas en la mano—. Ni mucho menos que me busques como siempre haces. Pero si se presenta la oportunidad, tiene que ser algo por lo que valga la pena distraerme. No alguien que parece que la distracción es su modo de vida.

—Su pasión es su modo de vida, no te confundas. Él apuesta por lo que le gusta y aprovecha todas sus variantes para poder llevarlo a cabo. Toma, pon el bolso al lado —añade, pasándome el complemento que va a juego con el calzado.

—Madre mía, ¡qué obsesión, Carola! ¿Qué te ha dado con Peter Pan?! Ni que fueseis íntimos amigos —comento cansada por su insistencia. Ella no me responde, se queda pensando en su

respuesta, y eso me hace sospechar que hay algo que me oculta. La miro directamente, y Carola desvía la mirada, comienza a mover las cosas de un lado a otro nerviosa—. ¿Carola?

—Me lo encontré el otro día en la plaza y me tomé un café con él. ¡Vale! ¡Ya lo he dicho! —me responde, alzando las manos en señal de rendición.

Entre Carola y yo no suele haber secretos, y no porque nos lo contemos todo, sino porque nos conocemos tan bien que tarde o temprano terminamos sabiendo que hay algo de lo que no nos hemos enterado. Y ese algo sale a la luz cuando menos te lo esperas.

—¿En serio? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No sabía que te interesaba. Es más, pensé que no querías saber nada más de él.

—Y así es. No me interesa. Pero...

—Pero... ¿qué?

—Nada.

—Quieres saber de qué hablamos, ¿no?

—Cuéntamelo si quieres, me da igual —respondo, volviendo a lo mío.

—Venga, Mara, ¡que estás hablando conmigo!

—¿Y?

—Que sé que te estás muriendo de curiosidad.

—¿No será al revés?, ¿que eres tú la que desea contármelo?

—Si hubiera sido así, ya te lo hubiese dicho hace dos días. Cuando me encontré con él.

—¡Hace dos días! ¿Y no me has dicho nada?

—¿Ves como tenía razón? Te mueres de curiosidad.

—Bueno, ¿me lo vas a contar, o no?

—No hay mucho que contar. Estaba trabajando en su ordenador, me enseñó lo que quiere pintar. Y te aseguro que te va a sorprender y enamorar a partes iguales.

—Por lo que veo, no me lo vas a decir.

—No, me pidió que no te lo dijera, tendrás que ir a verlo. O mejor llamarlo para que te lo enseñe —dice, pasándome una servilleta en la que aparece un número de teléfono.

—¿Por qué te dio su número?

—Porque le hablé de ti. Y, por cierto, lo vi muy interesado —comenta, dirigiéndose hacia el almacén.

—¿Que has hecho qué?

—Desayuna todos los días en la cafetería de al lado de tu casa. Te lo comento por si te interesa. ¡Aún no sé ni cómo no te lo has encontrado!

—Carola, en serio, yo no tengo tiempo para este tipo de juegos —protesto detrás de ella.

—No es un juego. Es una cena, tú, él y yo —contesta, señalándome con el dedo.

—¡Ni de coña! Tú has quedado con él, tú cenas con él. A mí no me metas.

—Mira, Mara, ni se te pase por la cabeza no venir porque no te vuelvo hablar en la vida. Y no es una amenaza, es la realidad.

—Puede que no sea amenaza, cosa que no tengo muy claro, aunque te aseguro que a eso se le puede llamar coacción.

—Llámallo como quieras, pero llámalo a él.

—Ah, ¿que aún no has quedado?

—Sí, el sábado, pero le dije que le llamarías para concretar el sitio y la hora. Vosotros podéis ir juntos, por lo que me dijo, vivís cerca. Y a mí ya me dices a dónde acudir.

—¡Lo que me faltaba, vamos!

—Exactamente, eso es lo que pretendo buscarte, Mara. Lo que te falta, ¡un poco de *flow*!

—Déjame en paz, Carola —le espeto molesta por la encrucijada en la que me acaba de meter.

6

Mara

Al llegar a casa, mi cuerpo y mi cabeza me piden que llene esa inmensa bañera que me compré y que tan pocas veces uso. Pero una notificación de la web me exige que hoy también me olvide de sumergirme dentro y me ponga a producir.

Me preparo un sándwich rápido, me visto con ropa cómoda y entro en la habitación que ahora es mi taller de bisutería. Me encanta este sitio, y más cuando trabajo en él sin la presión de entregar un pedido. Cuando dejo volar mi imaginación y diseño una pieza nueva. Esos momentos en los que mis manos y mi mente se centran en lo que estoy realizando y todo a mi alrededor se silencia. Facturas, escaparates, web, pedidos... Y ahora ese andrajoso hombre que no consigo sacarme de la cabeza. Y que, para colmo, a Carola se le ha metido entre ceja y ceja que es perfecto para mí. Pero ¿cómo puede saberlo si ni yo misma lo sé? No me han durado mucho las relaciones, lo he intentado, aunque al parecer nunca me entrego lo suficiente, y más después de Javier. Tal vez porque aún no he logrado ver el reflejo de mi padre en ninguno de los que he conocido.

Mi padre adoraba a mi madre, y crecer con ese tipo de amor a tu alrededor te hace tener un concepto de lo que es una relación demasiado alto. De las cualidades que debe tener la persona que esté a tu lado y, por lo tanto, saber perfectamente lo que no quieres. Y aunque nunca se lo reconozca a Carola, Fabián tiene algo que me atrae. Y no simplemente por esa mirada intensa, esa nariz recta que le da personalidad a su rostro y quita protagonismo a esos labios carnosos cincelados a la perfección. No, hay algo más en él. Y ese algo es lo que hace que no me lo pueda sacar de la cabeza. Tal vez sea esa forma de ilusionarse como un niño con unos simples zapatos, o la manera con la que observa lo que le rodea, como si estuviera descubriendo el mundo a cada paso.

Así que lo mejor será quedar con él, buscar sus defectos, olvidarlo por completo y seguir con mi vida tal y como siempre.

7

Mara

Ya es sábado y, por mucho que haya intentado escaquearme, no he podido evitarlo.

Así que aquí estoy, probándome mi tercer vestido con la intención de mostrar un desinterés que no es del todo cierto, pero que la inseguridad que me produce esta situación me hace aparentar lo contrario.

Al final, me decanto por un vestido de cuello cerrado y sin mangas con un estampado floral. Cierro la puerta y respiro varias veces para evitar no abrir de nuevo y dejar a Carola y Fabián que se las apañen solos. «¡Venga, Mara, tú puedes!», me digo a mí misma al cerrar con llave. No sé por qué me pone tan nerviosa esta cena si, total, no lo conozco de nada. Igual es por eso, porque me parece algo surrealista cenar con alguien que apenas conozco. No entiendo cómo Carola puede quedar con gente desde esa aplicación. Está claro que yo soy incapaz.

Doy un par de pasos y veo que Fabián ya está en la cafetería. Desde mi portal, se ven un par de mesas, y él está sentado en una de ellas. Parece hablar con alguien por videollamada, sonríe y tiene una sonrisa tan sincera y llena de amor que consigue que yo repita ese mismo gesto. Y las comisuras de mis labios se elevan sin previo aviso. Él aún no me ha visto, y yo me acerco sin apartar la mirada de su rostro, de su naturalidad, de esa tranquilidad que refleja. Veo que se despide de la persona con la que hablaba y levanta la mirada encontrándose con la mía. Esta vez no soy capaz de mantenerle la mirada y, en un acto más de protección que de altanería, dirijo la vista al frente intentando aparentar toda la calma que a él le sobra.

—¡Hola! ¿Quieres tomar algo? Prácticamente acabo de pedir.

Miro el vaso casi vacío y deduzco que es mucho más considerado que cualquiera que me conozca.

—Tal vez deberíamos ir yendo. De hecho, deberíamos estar allí en cinco minutos, es más, seguro que en breve recibo un mensaje de Carola recalcándome que llego tarde, como de costumbre.

—¡Vale! Como quieras —anuncia, terminando lo que le queda de cerveza—. Tengo ahí mismo la furgoneta.

—Si no te importa, prefiero ir dando un paseo. Son apenas quince minutos andando, y hace buena tarde. Total, ¡Carola ya está acostumbrada!

Mi comentario me sorprende, ¿desde cuándo no me afecta llegar tarde a un sitio? Ahora mismo, en condiciones normales, con paso acelerado, enviaría un mensaje a Carola avisándole de que, por enésima vez, llego tarde, le pediría disculpas y llegaría con el corazón en la boca a punto de escupirlo, agobiada por no retrasarme demasiado y ser la última en llegar. Aunque, por una vez, la velocidad de mi paso la marca Fabián, y es tranquila, sin pausa pero tranquila, y eso me gusta. Me gusta sentir cómo mis pulmones se hinchan de forma pausada y no como si acabase de hacer una media maratón. Es una sensación agradable y gratificante.

—¿Así que te gusta Peter Pan? —me pregunta, sacándome de mis reflexiones.

—Sí, me encanta. Es mi personaje preferido de Disney, ¿cómo lo sabes?

—Me lo dijo Carola, coincidí con ella el otro día.

—Sí, lo sé. Si no, no estaríamos aquí ahora.

—¿Quién sabe?

—Cierto..., ¿quién sabe?

—También es uno de mis personajes preferidos.

—¿Tienes más?

—Como pintor, me enamoro de muchas cosas. Miro a mi alrededor y veo belleza. Veo una fachada que necesita brillo, que me pide a gritos que realce su carisma —dice, señalando la fachada del edificio que tenemos al lado. Yo le escucho embelesada, observando la pasión que muestra en cada palabra—. Veo una farola que me suplica que la llene de vida. O una simple sonrisa que me muero por dibujar —añade, consiguiendo que me ruborice y baje la mirada.

—O unos botines —comento, aprovechando que veo que los lleva puestos.

—O unos botines —repite, regalándome una sonrisa encantadora.

—Y ellos, ¿qué es lo que te sugirieron?

—Estos me ayudan a conectar mejor con el personaje. Aparte de que me encantan.

—¿Con quién?, ¿con Peter Pan? —pregunto sin comprender a qué se refiere.

—No has visto el mural, ¿no?

—¡No!

—Entonces, cuando lo veas, lo comprenderás —responde, abriéndome la puerta del restaurante.

8

Mara

Al entrar, busco a Carola, pero no la encuentro. Miro la hora, porque he perdido la noción del tiempo, y para mi sorpresa, no hemos llegado tan tarde. Entonces compruebo mi móvil, y me doy cuenta de que no me ha llamado ni una sola vez. Eso me altera.

—Perdona un momento —le digo a Fabián, saliendo a la calle para llamarla y tener más intimidad.

—Tranquila, yo voy pidiendo mesa.

Un tono, dos y al tercero descuelga.

—Llegas tarde —me responde desde el otro lado de la línea,

—Solo diez minutos, ¿dónde estás?

—En casa.

—¿Cómo que en casa?, ¿te has ido sin si quiera avisarme?!

—No, ni siquiera me he vestido, Mara. No voy a ir, estoy con un dolor de ovarios que me muero.

—¿En serio? ¿Y ahora qué hago?

—¿Cómo que qué haces?! ¡¡Cenar!! ¿No se te habrá pasado por la cabeza decirle que al no estar yo prefieres dejarlo?

—No, eso suena muy mal —respondo pensativa.

—¡¡Mara!!

—¡Vale, sí! Lo había pensado, pero al escucharte decirlo a ti, me dado cuenta de que suena fatal.

—Pues eso. Ahora entra ahí, saca pecho, mete tripa, marca culo y a cenar. Y si el postre lo tomáis en tu casa, mucho mejor.

—¡Eso ni lo sueñes!

—Pues que sepas que me darías una gran alegría, Mara. Solo piensa en eso, en lo fácil que sería ver a tu amiga contenta y lo feliz que te sentirías con un par de orgasmos entre las piernas.

—Mira, mejor te cuelgo, que me estás poniendo nerviosa y me está esperando.

—Anda, sí, no le hagas esperar. Ahora haces una entrada de película y lo tienes en el bote. Tú recuerda: teta, tripa y culo —dice sin poder parar de reír.

—Te cuelgo, Carola —anuncio, y antes de pulsar el botón oigo que grita.

—¡¡¡Dale *flow* al cuerpo, Mara!!!

Me río por inercia, por lo loca que puede llegar a ser. Pero también es una risa nerviosa, porque ha conseguido que toda la tranquilidad con la que he venido se haya esfumado. Y, en su lugar, ese agujero que tengo en mi estómago se hace más grande. Echa raíces, y cada una de ellas va trepando hasta mi garganta, presionándola poco a poco, impidiendo que respire.

«Pero ¿qué haces aquí si ni siquiera te gusta? Es guapo y tiene algo, aun así, míralo, no pega ni junta contigo; su forma de vestir, la despreocupación que muestra... Es todo lo opuesto a ti y estás haciendo el ridículo, Mara», manifiesta esa parte de mi cerebro que siempre que debo enfrentarme a una situación que no controlo me empuja a huir.

Cojo aire y lo suelto, una y otra vez, concentrándome tan solo en ese simple acto. Hasta que consigo silenciar esa voz y poco a poco logro que esa presión ceda y esa ramificación que rodeaba

mi cuello descienda.

«¡Vamos allá, Mara! A ver, que si lo piensas de forma objetiva, no es más que una cena, y además, no entiendo por qué te has puesto tan nerviosa por el hecho de que Carola no venga. ¡Si a lo largo del camino has estado la mar de a gusto y ella no estaba! Así que entra ahí, relájate, sé tu misma y disfruta por un vez en tu vida», me animo.

9

Fabián

Algo en ella ha cambiado. La veo rígida, nerviosa e incluso con ganas de salir corriendo. Eso que tanto le gusta a ella. Y meditar en ello me hace pensar que siempre está huyendo, ¿de qué? No lo sé. Puede que su cuerpo sea más listo de lo que ella cree. Y quiera escapar de todo aquello que la ata.

Aun así, tiene el coraje de entrar, mira a su alrededor buscando cierta estabilidad. Respira y encuentra mis ojos. Y entonces, como si en ellos hubiera descubierto los cimientos que soportan cada uno de sus pasos, veo cómo sus hombros se relajan y su espalda recupera cierta flexibilidad. Le sonrío, y ella me regala esa sonrisa que tanto me gusta desde el primer momento que la vi saliendo por la puerta de su casa.

10

Mara

Entro menos segura de lo que aparento. Pero lo hago con la intención de quedarme, y eso me hace sentir orgullosa de mí misma.

—Carola no viene —anuncio al sentarme.

—¿Y?

—Nada, que solo estaremos tú y yo.

—¡Ah, vale! Por un segundo, pensé que ibas a inventarte cualquier excusa y salir volando.

—Si no puedes enseñarme a volar, enséñame a cantar —anuncio, encogiéndome de hombros.

—¿Qué?

—¡Peter Pan! Si no puedes enseñarme a volar, enséñame a cantar. Tu has dicho que pensabas que iba a salir volando, y te juro que en otra ocasión lo hubiera hecho, pero no sé... Supongo que mi cerebro acaba de hacer clic y ha decidido que es hora de comenzar una nueva etapa. Así que quiero volar, cantar o lo que se tercie —anuncio, atropelladamente, sorprendida por unas palabras que ni yo misma termino de creer.

—Peter Pan, ¿eh? —repite, riéndose de sus propios pensamientos.

—¡¿Qué?!

—Nada, nada.

—No, nada no. O te has reído de mí, de mi comentario, o de la ocurrencia que has tenido tras él. Así que dime.

—¡Directa! No te veía yo tan directa, y eso me gusta. No me reía de tu comentario, y mucho menos de ti. Me ha hecho gracia la frase que has empleado, al parecer, te gusta mucho más a ti que a mí Peter Pan, y eso me encanta.

—Se supone que a ti te apasiona tanto que te has comprado unos botines para conectar con él, como tú mismo has dicho, pero no estoy muy segura de que estén haciendo efecto —anuncio sin pensar. Su carcajada retumba por todo el local, y es tan contagiosa que terminamos riéndonos los dos.

Justo en ese momento, se acerca el camarero a tomarnos nota, y cuando se va con nuestra comanda, Fabián me pregunta.

—A ver, cuéntame, ¿qué es eso que tanto te fascina de ese personaje?

—No es que me fascine, es que, en realidad, envidio su forma de vivir, ¿a quién no le gustaría ser eternamente un niño? Sin facturas que pagar, sin compromisos, sin responsabilidades..., con el único objetivo de ser feliz.

—No creo que ese sea el mensaje de fondo.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es según tú?

—Creo que nos quiere hacer reflexionar sobre los sueños, hacernos entender que no son solo cosa de niños, sino uno de los grandes motores de nuestra vida. Una fuente de inspiración que nos hace vivir con alegría, ilusión y entusiasmo. Y que nos hace luchar para alcanzar aquello que más deseamos, aquello que nos hace feliz, aquello a lo que aspiramos y con lo que soñamos. No dejes nunca de soñar —termina repitiendo una de las mejores frases de la película.

Y al escuchar su explicación, me doy cuenta de que puede que acabe de encontrar ese algo que me atrae tanto de él. Ese valor que a mí me hace falta para intentar hacer realidad mis sueños.

—Solo quien sueña aprende a volar, ¿no? —añado, terminando la frase a la que él hace alusión.

—Exacto. Es imposible que alcances tus sueños si nunca fantaseas con ellos.

La cena transcurre mucho más natural de lo que hubiera imaginado sin la presencia de Carola. Fabián es un hombre con el que se puede conversar fácilmente, y lo mejor de todo es que sabe escuchar.

—¿Dónde te alojas? —le pregunto de regreso al salir del restaurante.

—En casa de los Zabaleta.

—¡No!

—Sí, ¿por qué?

—Esa casa tiene mil años y no han hecho ni una sola reforma. Estoy segura de que aún tienen los colchones de lana de oveja.

—¡Ah! Es eso lo que me pica al dormir.

—Eso, o que no te duches por falta de agua. ¿Tiene agua corriente?

—¡Claro que la tiene! No está tan mal, a mí me gusta. Tiene su encanto.

—Sí, seguro. Un encanto terrorífico. La mansión de los Monsters le llamamos por aquí.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Por favor..., si está medio abandonada. Lo que no entiendo es cómo pueden seguir alquilándola.

—Mientras haya incautos como yo.

—Apasionados del terror querrás decir.

—Nunca lo había visto de ese modo, pero creo que esta noche me va costar conciliar el sueño después de tu particular visión de la casa.

—¿Que no lo habías visto de ese modo? ¡Anda ya! Si no hay otra forma de verlo. De hecho, la tuvieron en cuenta como escenario de *Los Otros*.

—¿De verdad? —pregunta sorprendido.

—No, es broma, aunque podía haber sido perfectamente —le aclaro con una sonrisa torcida. No suelo ser buena mintiendo, y que Fabián me crea me hace gracia.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de la casa?

—La octogenaria señora Zabaleta —respondo de forma desenfadada, girando sobre mí misma y caminando de espaldas para poder contemplarlo mejor.

—Si la pobre señora Zabaleta tuviera tu aspecto, te aseguro que sí, ella sería lo que más me gustase de esa casa —me contesta, mirándome a los ojos y cambiando de rumbo la conversación.

Su comentario hace que me detenga de forma inconsciente mientras Fabián avanza los tres pasos que nos separan, dejándome sin respiración su proximidad.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta?

—¿Qué? —le pregunto agitada, sin saber muy bien si realmente quiero escuchar la respuesta.

—Tu sonrisa, podría llenar un lienzo tan grande como cualquiera de las paredes de la casa de los Zabaleta y llenarla de luz. Entonces estoy seguro de que tu visión sobre esa casa cambiaría.

Su respuesta consigue que todo mi interior se remueva. Que mi piel se erice y una descarga eléctrica recorra mi espalda. Siento el calor de su cuerpo y el afrutado olor del vino en su boca llega hasta mi nariz. Aun así, no me retiro, no salgo huyendo como haría en una situación similar con otro hombre. Todo lo contrario, espero ansiosa a que sus labios se acerquen a los míos. Entonces, Fabián, como si leyese mis pensamientos, me mira a los ojos, se humedece la carnosidad de esa piel

rosada y hace lo mismo con los míos. Recorre el contorno con su lengua, acelerándome el pulso, intensificando mi deseo, aumentando las ganas que tengo de saborearlo por completo, incendiándome por dentro con cada leve caricia y haciendo que cada segundo me parezca interminable. La paciencia no es mi fuerte, y me dejo llevar rodeando su cuello con mis brazos para que ese beso sea más profundo, más intenso y mucho menos delicado.

Entonces, rompiendo este momento mágico, suena el teléfono. Fabián mira la pantalla y da un paso atrás con gesto contrariado.

—Mi mujer, perdona. ¡Hola, cariño! —la saluda, dándome la espalda.

11

Mara

Llego a casa y cierro la puerta detrás de mí. Aún retumban en mis oídos esas cinco palabras: «Mi mujer, perdona. ¡Hola, cariño!».

Y al recordarlas, siento automáticamente una arcada y tengo que hacer un esfuerzo para contener la náusea que me provoca ese hecho. ¿Cómo he sido tan estúpida? ¿Cómo ha tenido la cara de besarme estando casado? ¡Y ya no solo besarme, sino hablar con su mujer por teléfono como si nada, como si no me hubiera besado!

Y manteniendo ese bombardeo de comentarios incesante conmigo misma, machacándome una y otra vez, odiándome y odiándolo por todo lo que me han hecho sentir los labios de un hombre casado, siento cómo mi cuerpo comienza a pesarme varias toneladas y me derrumbo en el suelo sin ser capaz de dar un paso más. El nudo de mi estómago se afloja, soltando esa maraña de raíces que trepan por mis pulmones de manera vertiginosa hasta oprimirme la garganta. Y la sensación de ahogo es tan inminente que tiro del cuello de mi vestido de forma compulsiva. Jadeo automáticamente como un pez recién sacado del agua, me falta el aire, no puedo respirar, y por más que lo intento, no lo consigo. Así que en un instante de claridad, o instinto de supervivencia, soy capaz de levantarme. Y busco entre los cajones de la cocina una maldita bolsa que me haga recuperar el aliento.

Inspiro y espiro varias veces, y poco a poco logro recuperar el control. Pero la reproducción de esos pensamientos destructivos están al acecho y no me puedo permitir otro ataque de ansiedad como este. Así que, para acallarlos, me dirijo a mi taller, cojo una de las cajas de abalorios que tengo ordenadas y la tiro por toda la mesa, consiguiendo que estas se mezclen unas con otras.

Y entonces, centro toda mi atención en recuperar las estrellas plateadas una a una y contarlas. Una, dos, tres... Hago lo mismo con las esferas de cristal, con las cruces, con las flores, con las letras..., y así sucesivamente hasta que estoy tan centrada en esa simple tarea que mi mente se relaja.

Aun así, me tomo una pastilla para poder dormir. No es la primera vez que en mitad de la noche mi sueño es interrumpido por esos demonios nocturnos que aparecen de la nada.

12

Mara

Después de la gran y apoteósica ducha de agua fría con bofetada a la realidad incluida, me encerré en mi pequeño taller y me aislé por completo del mundo, y ya es lunes. Sé que Carola me llamó varias veces, pero solo tuve el valor de escribirle diciéndole que hablaríamos hoy. No quería revivir de nuevo todo estando sola. Al menos, cuando se lo cuente en un rato, el ajetreo de la tienda me ayudará a que mi mente se disperse.

—¿Qué pasa contigo?! Estuve a punto de presentarme con los geos en tu casa —entra como un torbellino en la trastienda.

—No me apetecía hablar, solo es eso —le respondo desde la mesa donde tengo el ordenador.

—¿Tan mal fue? —me pregunta con más empatía al ver mi cara.

—Está casado.

—¿Cómo? Pues no lleva anillo, porque es en lo primero que me fijé.

—Al parecer, no respeta ese compromiso, así que no le hace falta el anillo.

—¿A qué te refieres?

—Nos besamos, Carola. Y te juro que fue un beso increíble, tuvimos una conexión inmediata que me llenó por completo. Todo fue fantástico, pero, al parecer, eso solo lo debí sentir yo.

—Eso no tiene por qué ser así. Puede que él también sintiera lo mismo. Aunque eso no cambia el hecho de que esté casado. ¡El muy capullo!

Justo en ese momento, las campanillas de la puerta de la tienda suenan y Carola sale de la trastienda para ver quién entra.

—¿Está Mara? Tengo que hablar con ella.

—No, no está —oigo que le contesta Carola. Y, por su tono de voz, me la imagino cruzada de brazos en plan portero de discoteca, aunque su estatura es de uno sesenta y cincuenta kilos de peso.

—Si que está, Carola, la he visto salir de su casa y venir hacia aquí.

—¡Vale! Tienes razón, está, pero no quiere hablar contigo.

—Necesito explicarle...

—¡Eh! Para el carro. ¿Tú te estás escuchando? ¡Necesito decir! ¿Y lo que necesita mi amiga? ¿Dónde queda eso?

—Por eso quiero hablar con ella, para que lo entienda —responde a modo de súplica.

—Mara no necesita entender nada. Estás casado. Punto. O, mejor dicho, punto y final —añade, remarcando las dos últimas palabras.

—Vale, lo entiendo...

—Me alegro. Adiós, Fabián —lo interrumpe para evitar escuchar cualquier pretexto.

—Está bien. Pero estaré por aquí un par de semanas más. Dile que me gustaría aclarar las cosas antes de irme.

—¡Vale!

—Por favor.

—¡Que sí!, ¡que vale!, ¡que se lo diré! —le responde mientras escucho cómo sus tacones se alejan y posteriormente el sonido de las campanillas me indica que le ha abierto la puerta—. Adiós, Fabián.

—Hasta luego, Carola.

Mi amiga entra de nuevo en la trastienda, me mira con esa complicidad que existe entre nosotras y sé lo que pretende decirme.

—¡Ni loca! ¡No! ¡Un no rotundo! Ni se te ocurra mencionarlo —sentencio, apartando la vista del ordenador.

—Está bien, como quieras. Pero solo te diré que parecía sincero.

—También parecía libre y está casado.

—¡Cierto! Ahí me has pillado —reconoce con una media sonrisa—. Aun así, creo que deberías escucharlo.

—¡Te he dicho que ni lo mencionases! —increpo, comenzando a perder los nervios.

—Si sacases esa mala leche con el resto de la humanidad, ¡te aseguro que no tendrías ni la mitad de problemas! —me reprocha, dándome la espalda y dirigiéndose al mostrador al escuchar la puerta.

Pasan los días y el nudo permanente que tengo en el estómago se vuelve a cerrar. Sigue estando ahí, esa tensión vive conmigo desde hace demasiado tiempo, pero, al menos, no se ha vuelto abrir dejando salir esas hebras que reptan por mi cuerpo hasta dejarme sin aire. Y volver a lo conocido, aunque no sea lo perfecto, me hace sentir cierta estabilidad. Que vuelvo a tener las riendas de mi vida. O, al menos, eso creo.

13

Mara

—¿Te apetece venir a tomar algo? Hemos quedado en la plaza.

—No, aún me quedan muchas cosas que hacer. Tengo varios encargos de la web por terminar.

—¡Disfruta un poco la vida, Mara! ¡Vente a tomar algo! —«Aún estoy recomponiéndome de la última vez que me convenciste», digo mentalmente. Y como si Carola pudiera escuchar mis pensamientos, añade—: Solo un rato, te sentará bien, y luego ya harás lo que tengas que hacer.

—¡Valeee! —digo resignada.

Lo hago porque sé que Carola se preocupa por mí, pero en parte voy más por compromiso que por ganas. Y es que mis obligaciones siempre se han antepuesto a las ganas, impidiendo que disfrute por completo de lo que sea que esté haciendo en ese momento. En esas ocasiones, siempre tengo esa vocecilla interior que me susurra: con la de cosas que tienes que hacer y estás aquí perdiendo el tiempo. Así que pese a que estoy a gusto, termino yéndome la primera.

14

Fabián

El mural ya está casi terminado. Y me queda poco tiempo para arreglar las cosas con Mara. No me gustaría que se llevase una impresión equivocada.

Que pensase que la estaba utilizando. No es el caso, hay algo en ella que me apasiona. Esa luz que desprende, esas ganas de despertar al mundo y gritarle que está aquí me fascinan.

Supongo que esos pensamientos son los que me han hecho caminar hasta la puerta de su casa sin ser consciente de ello. La veo acercarse, pero está tan pendiente de lo que mira en su móvil que ni se da cuenta de mi presencia. Y una parte de mí piensa que es mejor así, aunque la otra, esa que nace del corazón, es más potente y es la que me impulsa a hablarle.

15

Mara

—¡Hola, Mara! —oigo a mi espalda cuando estoy introduciendo la llave en la cerradura. Y aunque levanto la vista para verle la cara, no me hubiera hecho falta. Su voz y la forma en la que ha reaccionado mi cuerpo son suficientes para saber que es él.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé, no pretendía encontrarme contigo, pero supongo que era algo inevitable.

—¿En mi propia puerta inevitable? —le pregunto, con sarcasmo, más nerviosa de lo que pretendo estar.

—¿Por qué te fuiste?

—¿Que por qué me fui? No lo preguntarás en serio, ¿verdad? —Él no me contesta. Y aunque mi cuerpo me dice que la puerta está abierta, que solo tengo que dar un paso para entrar en casa y olvidarme. No lo hago y tampoco sé el motivo—. ¡Porque me mentiste! ¿No te parece razón suficiente?

—Yo no te he mentido.

—¡Hombre! A la pregunta «háblame de ti», tu respuesta fue «no hay mucho que contar, siempre ando de aquí para allá, donde me surge trabajo» —respondo, alzando las manos alterada.

—Y es verdad.

—Ya, vale, pero ¡yo te conté todo! ¡Toda mi puta vida! Que heredé este trabajo de mis padres, un oficio que no me gusta, pero que la tienda tiene un poder sentimental tan grande que no me siento capaz de romper. Y que, aunque me llena, lo hago por ellos, porque ya no están y siento que les defraudaría si lo abandonase. Que mi gran pasión la descubrí cuando mi madre enfermó y que casi caigo en una depresión por todo lo que debía responsabilizarme. Pero que gracias a ello, salí adelante, pese a que los ataques de ansiedad permanecen y me persiguen cuando algo escapa a mi control, cuando se sale de mi rutina y no soy capaz de manejar la situación. ¡Como ahora! —le digo, comenzando a sentir la sensación de que me falta el aire. Pero, aun así, prosigo diciéndole todo lo que me reconcome por dentro—: que mi sueño sería poder dedicarme al diseño de joyas a tiempo completo. ¡Si hasta te nombré a Javier, aunque no quise entrar en detalles! Cosa que ahora me alivia. Pero, salvo eso, te conté todo sin apenas conocerte, y aún no me explico por qué confié en ti hasta ese punto. ¡Y vas tú y me ocultas que estás casado! —le increpo más como un sollozo que como una acusación mientras siento que las piernas comienzan a flaquearme y que estoy a punto del colapso.

—No me lo preguntaste —escucho desde la distancia cómo se justifica. Mi cuerpo ya no responde como debería y cada uno de los sentidos se ven afectados.

—¿Que no te lo pregunté?! Mira, ¡mejor lárgate! —es lo último que recuerdo que digo justo antes de perder el control por completo. De que la vista se me nublase, las piernas no sujetasen mi peso, mis oídos no percibieran ningún sonido y todo se volviera oscuro, sumergiéndome en un estado de paz absoluto.

16 Fabián

Vi cómo poco a poco se derrumbaba, y con una precisión sobrehumana que hasta a mí mismo me sorprendió, fui capaz de sujetarla antes de que llegase al suelo. La puerta estaba abierta, así que no me lo pensé dos veces. La cogí en brazos y entré, cerrando con mi pie. Intenté orientarme, echando una mirada rápida a mi alrededor. A la derecha se encontraba la cocina, el pasillo quedaba de frente e imaginé que ahí estaría su habitación, y a la izquierda el salón, o, al menos, desde donde yo estaba, eso parecía, porque lo único que se veía era la televisión.

Así que me encaminé hacia allí, la deposité en el *chelong* gris claro que había frente a la tele y me dirigí a la cocina en busca de un vaso de agua. Todo estaba impoluto, no había nada fuera de lugar, todo parecía en su sitio, estudiado de forma milimétrica. Como si un decorador acabase de entregarte las llaves después de hacer su trabajo. Por eso no me fue difícil encontrar lo que buscaba. Cogí el agua y regresé al salón.

Tuve ocasión de contemplarla unos segundos antes de que comenzase a despertar. Y allí tumbada la vi tan vulnerable, tan frágil, pero a la vez tan inocente y llena de energía como un niño. Y creo que justo en ese momento me enamoré de ella.

Veo cómo Mara coloca una mano sobre su frente y, lentamente, abre los párpados, mostrándome esos ojos aceituna que tanto me gustan. Y, para mi sorpresa, no dice nada cuando me ve aquí. Simplemente se incorpora un poco más y acepta el vaso que yo le ofrezco.

17

Mara

—¿Cuánto rato he estado inconsciente? —le pregunto más calmada de lo que nunca hubiera imaginado al verlo en mi casa.

—Apenas unos minutos, ¿te suele pasar a menudo?

—Hacía mucho tiempo que no. Gracias por esto —comento, señalando el sofá, el vaso de agua y su compañía. Pues, por alguna extraña razón que no consigo descifrar, me gusta que se haya quedado, tenerlo cerca después de una crisis y que me mire de la manera en que lo hace me conmueve. Preocupación, cariño e incluso puede que con deseo. Un deseo que tengo que reconocer que yo también siento, pero que debo contener.

—No hay de qué. ¿Estás más tranquila? —me pregunta con mimo, sentándose en el borde del sofá junto a mí.

—Sí, no tienes por qué preocuparte. Estoy bien.

—¡Vale! Mara... —Fabián pronuncia mi nombre de forma delicada, consiguiendo captar toda mi atención—. Estoy casado, pero no es un matrimonio...

—No tienes por qué darme explicaciones —respondo con un nudo en la garganta.

—Pero quiero hacerlo. —Al ver que yo no lo interrumpo, prosigue—: Mi matrimonio no es un compromiso tal como tú o el resto de las personas lo concebís.

—¡Ah, vale! Ahora me dirás que tienes un matrimonio de esos abiertos.

—Sí y no. Déjame que te explique. Elsa y yo nos casamos muy jóvenes, prácticamente, éramos unos niños jugando a ser adultos. Elsa se quedó embarazada, y ella proviene de una familia muy tradicional y rígida. Y eso de tener un niño fuera del matrimonio era algo que no entendían. Así que nos casamos, más por ellos que por nosotros. Nosotros nos queríamos, pero no nos hacía falta que un documento fuera testigo de nuestro amor.

—Entonces, ¿también tienes un hijo? —pregunto temerosa por la respuesta, aunque debo saberlo; debo saber si estoy trasgrediendo un compromiso o rompiendo una familia.

—¡No! —confiesa con rotundidad y con demasiado dolor en sus ojos—. Samuel nació con muchos problemas y, apenas con cuatro años de vida, murió. Elsa y yo vivimos su pérdida de forma diferente, y eso hizo que poco a poco nos fuésemos distanciando. Nos seguimos queriendo, y mucho, pero como dos buenos amigos. Nuestro matrimonio se basa en ese dolor. Y ninguno de los dos hemos sentido la necesidad de cambiar nuestro estado civil porque no nos ha hecho falta. Y hacerlo sin una razón sería como quitarle importancia a nuestro hijo, a eso que nos unió de por vida. O, al menos, así lo siento yo. Si no te lo conté fue porque no me gusta hablar del tema, pero tampoco quise ocultártelo.

Escucharle hablar con ese sentimiento de su hijo, apreciar el dolor desgarrador que muestra su mirada al pronunciar su nombre y el cariño con el que habla de su mujer me enternece. Y me impulsa a que todo ese deseo que estaba conteniendo despierte, se rebele dentro de mí y, en un acto que hasta a mí misma me sorprende, me lanzo a sus labios, que me reciben con tanta ansia como los míos tienen de él.

Atrapa mi rostro con sus manos y recuesta su cuerpo sobre el mío. Yo no lo detengo, todo lo contrario, quiero más de él. Quiero descubrir a qué sabe su piel y escuchar el sonido ronco de su voz

cuando se deje llevar por el éxtasis del orgasmo, pero, sobre todo, quiero sentir cómo sus manos recorren todo mi cuerpo. Y como si estuviera escuchando mis plegarias, Fabián desabrocha uno a uno los botones de mi blusa y, en pocos segundos, esa prenda desaparece. Con desespero, imito sus movimientos y tiro de su camiseta hacia arriba, separando nuestras bocas tan solo por un instante. Instante en el que nuestras miradas se cruzan y el fuego caldea, más si cabe, el ambiente, guiando mis manos a la cintura de su vaquero. Bajo la cremallera y, al sentir mi mano introducirse bajo esa prenda, en un acto reflejo, se desprende de ellos. Su respiración se agita y la mía se acelera de forma vertiginosa, consiguiendo que yo repita sus movimientos, quitándome también los míos. Ambos estamos en ropa interior y el calor de nuestros cuerpos se percibe a través de esa fina tela que nos separa. Un mundo, una muralla bajo mi percepción. Un muro que en décimas de segundo desaparece y nuestros cuerpos chocan el uno contra el otro. Derribando cada una de las barreras que yo había construido entre nosotros.

—Eres preciosa —me susurra al oído con la respiración aún alterada. Logrando que una corriente eléctrica recorra mi espalda y mi piel se erice al sentir el roce de sus dedos haciendo pequeños círculos al rededor de mi ombligo.

Y justo en ese instante, advierto la paz que me rodea, cómo el tictac de mi mente se ha silenciado, cómo el tiempo se ha detenido y los minutos constan de sesenta segundos y no de menos, como habitualmente sucede. Y aunque el agujero de mi estómago sigue abierto, los círculos que trazan sus dedos sobre mi abdomen consiguen dominar la maraña de nervios que hay dentro de él. Yo le sonrío, y él me devuelve la sonrisa con una mirada llena de ilusión. Y, de nuevo, como si percibiera ese momento mágico, su teléfono suena y el nombre de Elsa aparece en pantalla.

18

Fabián

Elsa de nuevo y la incomodidad en la cara de Mara se ve reflejada.

Aunque esta vez también hay confianza, hay comprensión, pero eso no quita que si atiendo la llamada tan inoportuna de Elsa, resto importancia a este momento, y volvería a dejar en un segundo plano a Mara. Algo que no me apetece. Además, seguramente, Elsa quiera saber si voy a ir a Madrid cuando termine con este trabajo.

19

Mara

—¿No lo coges?

—No.

—¿Por qué? Tal vez sea importante.

—Las primeras impresiones sí que son importantísimas. Y tú y yo no tuvimos la mejor, así que déjame enmendar eso.

—Deja de recitar a Peter Pan y coge la llamada.

—Luego la llamo —responde, acurrucándose en mi regazo.

Un gesto que me hace sentir bien, pero que a la vez hace que una duda se cree en mi interior. «¿No la coge porque realmente me quiere prestar toda su atención y disfrutar de nuestro momento, o no la coge para evitar que yo escuche su conversación?».

—¿Quieres que te enseñe algo? —le pregunto ilusionada para evitar pensar en ello.

—¡Sí, claro! —contesta, intentando descifrar en mi mirada de qué se trata.

Nos vestimos sin apenas hablar, mirándonos cada pocos segundos y escondiendo nuestros pensamientos tras una sonrisa.

—No me vas a decir nada, ¿verdad?

—Entonces no sería una sorpresa.

—O sea, que es una sorpresa.

—Sí —le digo, tirando de su mano y llevándolo hacia mi taller.

—Esto quiere decir que has pensado en mí más de lo que te hubieras imaginado —comenta, señalando los abalorios con los que he estado trabajando estos últimos días. Esos que hacen alusión a ese cuento que tanto nos gusta a los dos. Y que cada una de sus frases le da sentido a nuestra vida.

—¡Mmm! Pues ahora que lo pienso..., más de lo que me hubiera gustado, sí.

—A mí lo que me gusta, es que al igual que yo, no has podido evitar pensar en mí.

—No seas tan engreído, sabes que me encanta Peter Pan.

—Lo sé, mi querida Wendy, lo sé. Y que compartamos este frikismo me fascina —dice, rodeándome con sus brazos y sellando mis labios con un beso.

—Si sigues besándome de esta manera, no creo que pueda contenerme —anuncio, rodeando su cuello con mis brazos y apoyando mi trasero en el canto de la mesa.

—¿Y quién te ha dicho que quiero que te contengas? Estoy deseando librarme de toda esa percepción que tienes sobre ti misma de que debes controlar todo lo que te rodea. Estoy deseando que me acompañes a donde los sueños nacen y donde el tiempo no está planificado.

—¿Tienes una frase de Peter Pan preparada para cada momento?

—No, solo me pasa contigo, porque sabes de qué te hablo, con el resto de la gente me callo para que no me tomen por un loco.

—¿Te digo un secreto?

—Dime.

—Ya te toman por un loco, no hay más que ver las pintas que sueles llevar.

—Dirás lo que quieras, pero... ¿a qué me ha quedado bien?

—Te ha quedado increíble —le digo, atrayéndolo hacia mí de su camiseta para devorar su boca con voracidad.

Fabián se separa unos milímetros de mí para coger un poco de aire, y con voz ronca me susurra:

—No sabía que eras una gata salvaje —mostrándome una sonrisa pícaro llena de deseo.

—Como tú has dicho..., llevo mucho tiempo conteniéndome.

Algo dentro de él se enciende al escucharme y, en un impulso que me pilla por sorpresa, me sube a sus caderas con intención de depositarme encima de la mesa de trabajo. Un milisegundo antes de que lo haga, mi cabeza reproduce esa imagen que tanto sale en las películas en la que todo lo que hay sobre ella cae al suelo debido a la fogosidad del momento, y darme cuenta de que la posibilidad de que eso pase y todos mis abalorios terminen mezclados unos con otros en el suelo me da pavor.

—¡Espera, espera! —lo detengo.

—¿Qué pasa? Pensé que...

—Sí, no es eso. Mejor vamos a la cama. —Y, de nuevo, ese labio curvado, esa mirada pícaro de esos ojos que son demasiado pequeños para lo expresivos que son, pero que parecen leer mi mente con precisión, me hace saber que no solo ha leído mis pensamientos, sino que ha entendido el motivo.

Lo arrastro a mi dormitorio, donde los dos nos deshacemos de la ropa a la velocidad del rayo.

—Si llego a saber esto, no nos habiésemos vestido —comenta entre risas.

—Estoy de acuerdo —le digo, subiéndome encima de él y uniendo mi cuerpo al suyo.

El acoplamiento es perfecto y la sensación que produce en mi interior es maravillosa. «¿Dónde has estado todo este tiempo?», le pregunto mentalmente, sabiendo que no voy a obtener respuesta, pero que la sola idea de que Fabián está hecho para mí me hace sentir completa, en paz, y aunque parezca mentira, segura de mí misma.

Siento cómo sus manos recorren mi espalda y cómo mi piel se eriza a su paso. Esta vez no hay ansia de explorar nuestros cuerpos, sino de memorizarlos. Beso esa peca que tiene en el hombro, la pequeña cicatriz de su cuello y el nombre de su hijo tatuado en el pecho. Algo que me produce la necesidad de silenciar un dolor que nunca podré acallar. Acto seguido, nuestras miradas se cruzan y, como siempre, él parece adivinar lo que he pensado, porque sus brazos me rodean con tanta fuerza como si hubiera encontrado ese roble en el que apoyarse.

Nos besamos y nuestros cuerpos se mecen al compás de nuestra respiración sin prisa, sin pausa, pero con un millón de emociones no dichas recorriendo todo nuestro ser. Esta vez, las risas son sustituidas por la intensidad de lo que sentimos, esa conexión tan grande que, si me detengo a pensar en ello, me aterra. Así que evito ese pensamiento y me sumerjo en la profundidad de esos ojos color miel que tanto sentimiento desprenden y que, por extraño que me resulte, no tienen pudor en expresar lo que sienten.

Terminamos quedándonos dormidos, exhaustos, complementándonos el uno al otro y silenciando ese tictac que siempre me acompaña. Abrazados de la forma más incómoda en la que se puede dormir con alguien, digna del mejor cuento de hadas. Pero... ¿realmente existen los cuentos de hadas?

20

Mara

Me despierto en mitad de noche y estiro el brazo, pero el otro lado de la cama está vacío.

—¿Fabián? —pregunto, incorporándome un poco.

Como no obtengo respuesta, me levanto y lo busco por la casa. Se ha ido, y el que no me haya dicho nada hace que las dudas crezcan dentro de mí. «¡Qué esperabas! ¡Parece que naciste ayer! ¡No sé de que te sorprendes! ¿Acaso pensaste que te iba a preparar el desayuno y, a partir de ahí, todo iba ser de color de rosa? ¡No, claro que no! ¿Entonces? ¡Despierta de una vez, Mara!».

Con ese diálogo interno, arrastro los pies hasta el taller para intentar distraerme y silenciar esa voz que me machaca una y otra vez cuando algo parece salirme bien. Y es allí donde despierto de verdad. Sobre la mesa de trabajo, una nota:

No podía dormir y no quería despertarte. Demasiadas cosas en qué pensar.

Me llevo una de estas, luego nos vemos.

A esto último le añade una flecha que señala la cajita que contiene varios colgantes plateados. Me gusta que haya cogido un detalle que le haga acordarse de mí o, al menos, eso es lo que quiero pensar.

21

Fabián

La contemplo dormir a mi lado, con la respiración pausada y la mente libre. Divagando por el mundo de los sueños, de las posibilidades. Soñando. Y una leve sonrisa que eleva la comisura de sus labios me hace saber que es así. Que su mente navega por un mar tranquilo y sereno que la hace feliz.

Me levanto intentando hacer el mínimo ruido posible para no despertarla. Yo hace tiempo que dejé de surcar esos mares. Hace ya más de ocho años que no duermo bien, exactamente desde que Samuel nació. Porque cuando cierro los ojos, es cuando me cuento esa mentira que jamás podré revivir. Yo disfrutando del brillo en sus ojos, de esas ganas de vivir que poseía, aunque todo a su alrededor indicaba que esa luz se iba a ir apagando poco a poco.

Y antes de irme, mis pasos me guían a esa habitación en la que Mara consigue dejar atrás todo aquello que le preocupa. Observo el espacio, cómo todo se encuentra en su lugar, pensando hasta en el más mínimo detalle. Consiguiendo un sitio acogedor y dispuesto para dejarte llevar por la imaginación.

Me dirijo a la mesa donde antes vi algo que me llamó la atención. Cojo uno de los cordones de algodón que están en la estantería que hay frente a la mesa en la pared y de él cuelgo una brújula. Un pequeño símbolo que representa a Mara. Porque aunque no lo parezca, sigo estando demasiado perdido, deambulando de un lugar a otro y sin saber aún cuál es mi sitio. Pero, al parecer, de la forma más inesperada, acabo de encontrar «mi brújula».

22

Mara

Entro en la zapatería con más energía de la habitual.

—¿A qué viene esa sonrisa?

—¿Qué sonrisa?

—Esa que ilumina toda tu cara —responde Carola, señalando mi rostro con el dedo—. ¿Qué es lo que me he perdido?

Su pregunta me hace reír. Carola se pega a mi espalda y me sigue mientras entro en la trastienda para dejar mi bolso.

—Ayer me encontré con Fabián.

—¿Cómo?! ¿Cuándo?

—Me estaba esperando en la puerta de mi casa cuando os dejé. Tenías razón, se merecía que le escuchase.

—Espera un momento —levanta su mano para detener mi conversación, acto seguido la veo coger un folio y escribir: «Volvemos en quince minutos».

—Carola..., ¡no!

—Y una mierda que no. Esto se merece que me lo cuentes sin que nos interrumpan. Por fin has conseguido sacarte de la cabeza a Javier y nadie me va a fastidiar este momento —murmura, caminando hacia la puerta de cristal.

—A Javier lo saqué de mi cabeza y de mi vida hace mucho tiempo, eras tú la que pensabas que no era así —le grito desde un rinconcito que tenemos preparado para nosotras aquí dentro. Dos butacas, una mesita con una cafetera, un hervidor de agua para las infusiones y una caja metálica en la que siempre hay alguna pasta.

—¡Sí, seguro! Eso se lo cuentas a otra, Mara, pero no a mí. Dos años, dos años hace que no quedas con nadie.

—Porque nadie merecía la pena. Nadie me parecía interesante —comento, encendiendo el hervidor.

—¿Ni si quiera el panadero? Que el pobre aún sigue trayéndote estas exquisiteces —añade, sacando una de las pastas de té—. Yo me lo tiraba simplemente por esto —agrega, mordiendo una bañada en chocolate.

—Aún estás a tiempo —respondo, poniendo agua hirviendo en ambas tazas para sumergir la bolsita de té macha con jengibre, canela y naranja que tanto nos gusta.

—Puede que me lo piense, aunque ya sabes que tengo un asunto pendiente con Gonzalo.

—¡Carolaaa! —llamo su atención mirándola a los ojos con ternura.

—¿Qué?! ¡Lo siento! Es que no lo puedo evitar, es mi obsesión.

—Lo sé, pero tienes que intentar olvidarlo.

—No puedo. Lo he intentado y no puedo.

—¡Y me reprochas a mí lo de Javier! —le replico, señalándome con el dedo.

—No es lo mismo.

—Puede, pero, a fin de cuentas, ambas debíamos olvidarnos de una persona.

—En eso llevas razón, está claro que yo soy más débil que tú en todos los sentidos, ¿o tengo que recordarte cuándo fue la última vez que quedé con alguien?

—No, no hace falta, lo tengo demasiado presente.

—Pues eso, y ahora cuéntame, que me muero de ganas.

Le cuento todo lo que ocurrió entre Fabián y yo. Cómo la ansiedad llegó a tal punto que perdí el conocimiento. Cómo Fabián me entró en brazos en casa. Bueno..., realmente, eso no lo recuerdo, aunque imagino que no me arrastraría por el pasillo tirando de mis tobillos como si fuese un cadáver.

—Ya te advertí que parecía sincero.

—¡Vale! Sí, pero ¿eso de qué me sirve?

—¿Cómo que de qué te sirve? No entiendo a qué te refieres.

—Seamos realistas, Carola. Fabián tiene un tipo de vida que para nada encaja con la mía. Tengo que reconocer que ha sido bonito, pero él se ira, seguirá con su vida, y yo subsistiré en la mía.

—¡Qué mendruga eres, Mara! Ten un poco de miras y amplía tu perspectiva. Puede que no haya sido más que una aventura, sí, lo entiendo, tiene toda su lógica. Es un pintor que anda de aquí para allá y que, al parecer, no le ata nada, pero ¿acaso no es eso lo que te ha llamado la atención de él? Esa libertad que desprende, esa falta de anclajes que lo amarren a sitios donde no quiere estar.

—Esa falta de responsabilidad querrás decir.

—Lo que sea. Pero que, después de dos años, haya llamado tu atención una persona completamente opuesta a ti y al prototipo de hombre que siempre has tenido en tu mente es algo a lo que darle una vuelta —responde, dándome unos golpecitos en la sien y levantándose a quitar el cartel de la puerta.

Yo me quedo con mi taza entre las manos y pensando en lo que Carola dice. Y si comparo de forma objetiva cómo era Javier, no tiene nada que ver con Fabián. Ni su físico ni, mucho menos, su personalidad.

Javier es el típico hombre que llama la atención allí donde va. Rubio, de ojos azules, alto y de cuerpo definido, trabajado a base de muchas horas de ejercicio y una dieta estudiada para ello. Con un tipo de vida marcada por unos hábitos bastante estrictos. Se levantaba pronto para sus dos horas de gimnasio, al que intentaba arrastrarme constantemente. Unas veces lo conseguía y otras no, que eran muchas más de las que a él le gustaría. Me recogía al salir de la zapatería para ir andar una hora. Decía que lo hacía por mí, porque tantas horas de pie y sin moverme no me beneficiaban. Y tengo que reconocer que mis piernas estaban mucho mejor, no tenía esta pesadez que tengo algunos días y la retención de líquidos había desaparecido, al igual que gran parte de la celulitis. Llevaba una vida mucho más saludable, pero tan encorsetada que ese tipo de rutinas se fueron con él.

En cambio, Fabián... No sabría ni cómo describirlo exactamente, pienso con una sonrisa en la boca al acordarme de él. Moreno, con el pelo siempre despeinado y esos ojos café que me eclipsan, que con la luz del sol tienen unos destellos dorados que me encantan. Nariz afilada y esa barba tan descuidada como su indumentaria. Se pone lo primero que pilla, sin tener en cuenta la combinación de colores o de tejidos. «Tiene un pésimo gusto por la moda y es estrambótico con todas las letras», recuerdo sin poder contener la risa al acordarme de cómo vestía el día que apareció en la puerta de casa. Tal vez, mi desmayo, en realidad, fue ocasionado por su llamativa chaqueta de mil colores más que por los nervios que se me formaron en el estómago al verlo. Creo que un epiléptico no podría mirarlo fijamente sin miedo a tener un ataque.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Carola, corriendo la cortina que separa la tienda del almacén.

—Nada, cosas mías —le respondo, levantándome con las tazas en la mano dispuesta a recogerlas.

—Cosas tuyas, ¿eh? Pues tira, vete a atender tus cosas, que acaba de llegar Peter Pan y ha preguntado por ti. Ya me ocupo yo de esto —dice, quitándome las tazas de la mano.

23

Mara

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Fabián, que está fisgoneando unas deportivas.

—Rescatarte.

—¿Qué?!

—¿No pretenderás quedarte con el cocodrilo Tic Tac?

—Espero que lo de cocodrilo Tic Tac no sea por mí —responde Carola, que está apoyada sobre uno de los mostradores, contemplando tranquilamente la escena.

—¡Oh no! A lo que me refería...

—Ya sabe a qué te referías, Fabián, lleva demasiado tiempo conmigo como para no saberlo.

—Perfecto, entonces, ¿nos vamos?

—Fabián, tengo trabajo. No puedo irme así como así.

—¡Cómo que no! Fíjate que fácil es —sentencia Carola, saliendo del mostrador, adentrándose en la trastienda para recoger mi bolso y empujándome hacia la puerta—. Adiós, Mara, adiós, Fabián, que lo paséis bien —añade despidiéndonos con la mano. No me opongo, sé que Fabián en apenas veinticuatro horas habrá salido de mi vida y necesito exprimir las pocas que me quedan con él—. Por cierto, Mara —llama antes de que nos alejemos. Ambos nos volvemos para ver qué quiere y entonces ella agrega—: ¡Acuérdete de darle *flow*!

Su comentario me hace reír de manera tan espontánea que Fabián me mira de tal forma que comienzo a avergonzarme.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo?

—No sé, así, como si me atravesases, como si pudieras ver en mi interior.

—Estoy enamorado de tu sonrisa, ¿no lo sabías? —Yo niego con la cabeza sin poder dejar de reír, y entonces deposita un rápido beso en mis labios—. Pues ya lo sabes. Vamos, quiero enseñarte algo —termina diciendo, cogiendo mi mano y entrelazando nuestros dedos.

24

Fabián

Esa sonrisa... Esa sonrisa me vuelve loco. Tan llena de energía y con tantas ganas de descubrir todo lo que tiene a su alcance.

Me recuerda un poco a Samuel, y puede que por eso esta mujer haya ocupado ese terreno árido y desértico que posee mi corazón. Un espacio donde creía imposible que creciese algo con la suficiente fuerza para que llenase una superficie tan grande. Un hueco que quedó tan vacío y dolorido que jamás pensé que llegase a cicatrizar.

Me conformaba con llenarlo de experiencias, pero no de sentimientos, y eso es lo que me atrae de Mara, que me plantea demasiadas preguntas que aún no estoy preparado a responder.

25

Mara

Ese «estoy enamorado de tu sonrisa» me deja sin palabras. Su sinceridad es aplastante, y la valentía que muestra al expresar lo que siente hace que mi respiración se detenga unos segundos y la maraña de nervios que contengo en mi estómago se remueva, se retuerza y se enrede entre sí, ocasionándome agudos retortijones. Pongo mi mano sobre esa zona de mi cuerpo y me concentro en respirar profundamente.

—¿Estás bien? —me pregunta, deteniendo nuestro paso y observándome preocupado.

—Sí, solo dame un segundo —respondo, cerrando los ojos y respirando varias veces de forma pausada. Intentando recuperar el equilibrio que me hace falta.

—¿Mejor? —Noto cómo hace una leve presión en mi mano.

Fabián no me ha soltado en ningún momento, ha esperado pacientemente y en silencio. Algo que me ha ayudado a recuperar la tranquilidad que necesito.

—Sí, ¿a dónde vamos?

—Quiero enseñarte algo, ¿seguro que estás bien? —vuelve a preguntarme.

—Sí, de verdad —le digo, convencida, aferrándome a su brazo.

Caminamos por el centro de la ciudad, cruzándonos con varias personas a las que conozco. Al principio, siento cierta tensión en mi espalda al observar cómo me miran con curiosidad. E incluso cuchichean unas con otras. Algo a lo que Fabián es ajeno por completo, y si no es así y percibe sus miradas, parece no importarle en absoluto. Así que adopto su misma estrategia y me concentro en la agradable sensación de pasear a su lado, sin prisa, disfrutando del calor que el sol desprende sobre mi cara. Y sumergiéndome en un mundo en el que solo estamos él y yo.

—Ya sé a dónde vamos —comento al percatarme de la dirección en la que caminamos.

—Ah, ¿sí?, ¿a dónde?, a ver, listilla.

—Te recuerdo que la que vive aquí soy yo. Vamos hacia el centro de enseñanza —le respondo con suficiencia, pero justo en ese momento, me doy cuenta de por qué me lleva allí—. ¡Quieres enseñarme tu mural! ¡Oh Dios mío! ¡Es eso!

—Sí, señorita *fastidiosas* sorpresas, quiero que veas la primera de las obras de este proyecto.

Entonces me detengo en seco y lo miro fijamente.

—¿Cómo que la primera? Has dicho la primera, ¿verdad?

—Sí, he dicho la primera. Acabo de tener una reunión con el director del centro y quiere que haga otras dos más. Para primaria y secundaria. Será el conjunto de tres imágenes relacionadas entre sí.

—¡Eso significa que hoy no es tú último día aquí! —Al darme cuenta de ese dato, una chispeante sensación recorre mi espalda, sensación que me ilusiona más de lo que hubiera imaginado, pero contengo esa alegría y las ganas de saltar sobre él—. Eso es estupendo, Fabián, me alegro muchísimo por ti.

—¿Solo por mí? —ronronea en mi cuello, absorbiendo mi olor y depositando un húmedo beso en mi clavícula, dejándome ver que para él soy más transparente de lo que aparento ser.

—No sé a qué te refieres con esa pregunta. —Mi cuerpo se tensa y, aunque con mis palabras intento disimular la excitación que nace de mi interior con ese pequeño gesto, Fabián sonríe con

suficiencia, rozando mis labios con su lengua y dejándome sin aliento—. Sé lo importante que es tu trabajo para ti, por eso me alegro.

—Qué mal se te da mentir. Eres como una niña manchada de chocolate intentando convencer a sus padres de que ella no ha comido ni una sola onza —dice sin apartar su boca ni un centímetro de la mía, mirándome con una intensidad que me desarma y por la que comienzo a asustarme.

26

Fabián

Veó la sorpresa en su mirada. La emoción en el brillo titilante de sus ojos verdes. La admiración en su rostro. La alegría en su sonrisa. Y la fascinación en sus gestos naturales y espontáneos.

Algo que quiero retener en mi retina para siempre. Que deseo que llene ese árido desierto que poseo en mi corazón. Que necesito conservar a mi lado más de lo que hubiera imaginado.

Porque la necesidad puede llegar a convertirse en un requisito indispensable para volver a ver la luz a través de las tinieblas. Para encontrar de nuevo el camino hacia la felicidad.

Y esa luz tiene nombre de mujer. Mara, mi brújula, mi salvación.

27

Mara

—¡Es increíble, Fabián!

—¿Te gusta?

—¡Que sí me gusta?! Es magnífico.

Ante mis ojos, veo multitud de mariposas de diferentes colores y tamaños formando la silueta de Peter Pan con un haz de estrellas a sus pies. Una imagen que transmite inocencia, ganas de soñar, de dejar volar tu imaginación. De alcanzar lo inalcanzable y creer en lo imposible. Ese espíritu entusiasta que deberíamos de vivir intensamente sin dejar de ser uno mismo.

—¿Qué has pensado para los otros dos murales?

—En el de primaria, quiero hacer referencia a la amistad, así que supongo que será una imagen de unos niños abrazados de espaldas, que haga alusión a los niños perdidos y que, para seguir en la misma línea, sea un contraste entre la luz de las estrellas y sus siluetas. O algo así. Y para la de secundaria, no tengo claro la imagen, pero sí lo que quiero expresar. Quiero hacer referencia a lo maravilloso que es crecer y la posibilidad de llegar a ser adulto, sin olvidarte de quién eres y quién fuiste. Recordando al niño que siempre llevas en tu interior, ese que no deja de sorprenderse e ilusionarse, de soñar, de bailar sin música —dice, alzando la voz, dando vueltas sobre sí mismo sin dejar de sonreír—. Y de amar sin miedo —añade, deteniéndose frente a mí, mirándome a los ojos como siempre hace, ahondando en mi interior.

—Pues yo ahora mismo estoy aterrada —confieso, comenzando a sentirme nerviosa por la intensidad del momento.

—¿Y por qué tienes miedo? —Fabián pone sus manos a ambos lados de mi cara, obligándome a que lo mire a los ojos y sea sincera con él.

—Por lo que me haces sentir sin apenas conocerte.

—Cuando entregas tu corazón, corres el riesgo de que lo rompan en mil pedazos, pero sin riesgo no hay aventura.

—Sin riesgo no hay aventura, pero tampoco dolor.

—Porque das por hecho que vas a sufrir.

—Porque ya he experimentado esto anteriormente.

—Pero no conmigo.

—No, tienes razón. Aun así, siento que cuando mi acelerada vida comienza a mantener un ritmo manejable para mí, esto que estoy experimentando incrementa estrepitosamente los latidos de mi dolorido corazón, y eso me da miedo.

—¿Qué es lo que te han hecho para que te asuste tanto volver a sentir? —me pregunta, apoyando su frente sobre la mía, pero sin esperar respuesta, porque no es una pregunta para mí, sino un pensamiento dicho en voz alta—. Mara, solo tienes que dejarte llevar, vivir el presente y confiar. No hay otra forma.

Y, entonces, sus labios sellan los míos con dulzura, pero en cuanto nuestras lenguas se encuentran, esa dulzura se convierte en posesión, en exigencia, en la necesidad de devorarnos el uno al otro.

—Fabián, para —le suplico, dando un paso atrás para coger un poco de aire—. Estamos en mitad de la calle y frente a un colegio.

—No quiero parar —afirma, cogiéndome de la cintura, atrayéndome hacia él y volviendo a saborear mis labios. Mi respiración se agita al percibir de nuevo su sabor, ese gusto a esos caramelos cítricos a los que me estoy dando cuenta de que es adicto—. ¿En qué nos convertimos cuando nos escandalizamos o avergonzamos por una muestra de cariño tan humana como un beso apasionado y naturalizamos o miramos hacia otro lado al ser testigos de gritos o faltas de respeto? Me niego a deshumanizarme de esa manera. Quiero que la gente vea lo que me haces sentir, Mara. ¡¡Que la gente se entere de que esta mujer me está volviendo loco!!

—¡Shhh! Calla, por favor, mejor vamos a mi casa y me demuestras allí toda esa locura —le imploro al oído con una sonrisa traviesa, tapándole la boca.

Fabián deja de forcejear, me mira detenidamente y, apartando mis manos de su boca con suavidad, responde:

—Me parece que te vas a arrepentir de haberme hecho una proposición tan indecente.

28

Mara

—¡Esto es de locos! ¿Te lo puedes creer? Porque yo no —comento, comprobando el albarán del último pedido que acabamos de recibir.

—¡Anda ya, Mara! Deja de pensar por una vez y disfruta de la suerte que estás teniendo. ¿O acaso no crees que ya te tocaba? —responde Carola a mi espalda, colocando las cajas de zapatos en la estantería, ordenándolas por modelo y numeración.

—Hombre, pues si lo miras desde ese punto de vista..., sí, creo que sí.

—Es que no hay otra manera de mirarlo, Mara. Te gusta, le gustas, pues disfruta el momento.

—Tienes razón. Tienes razón y eso es lo que voy a hacer.

—Habrá que verlo para creerlo, pero confío en ti.

—Sí, ya veo todo lo que confías.

—¡Que sí, Mara! Que lo digo de verdad. Lo que pasa es que en este aspecto siempre dudas demasiado, y al final terminas no haciendo nada por miedo a que salga mal. Pero esta vez te veo diferente.

—Es que me siento diferente, Carola. No sé como explicarlo, pero es muy sencillo estar cerca de Fabián, es como si con su simple presencia consiguiese frenarme, decelerar el ritmo al que estoy acostumbrada a vivir, y eso me gusta. Me siento tranquila. De hecho, estoy pensando...

Me detengo antes de decirlo en voz alta. Es una idea que se me ha pasado por la mente estos dos últimos días, pero que termino descartándola en cuanto la pienso de manera lógica.

—Dime, ¿qué es lo que estás pensando? —pregunta, apareciendo a mi lado.

—No, nada. Una tontería —respondo, alineando las cajas de zapatos que ha estado colocando Carola. Ella suspira, cansada de todas y cada una de mis manías, pero a mí me encanta ver todo alineado y en perfecto orden. Y hacerlo es algo que me aporta calma.

—Seguro que menos tontería que la que hice yo anoche.

—¿Qué hiciste? —le pregunto, girándome de pronto para verle la cara.

—Tú primera —me reta, levantando las cejas por encima de sus gafas.

Yo suspiro rendida, y termino diciendo en voz alta esa idea que me bombardea una y otra vez.

—He pensado en decirle a Fabián que deje la habitación de los Zabaleta. A fin de cuentas, se ha quedado ya dos noches a dormir en casa, y no veo la necesidad de pagar un alquiler cuando no está apenas allí. —Veo cómo la sonrisa de Carola se va ensanchando por momentos, mostrándome ese punto maléfico que posee—. Es un gasto inútil, ¿no crees?

—Sí, sí, estoy completamente de acuerdo contigo, es un gasto inútil e innecesario.

—Pues eso mismo pienso yo —le confirmo, girándome de nuevo hacia la estantería. Entonces, Carola explota en esa carcajada que ha estado conteniendo y que yo me negaba a ver.

—A ver, Mara, ¿qué es lo que te apetece hacer?

—Ay, no lo sé —suspiro, alzando las manos y tapándome el rostro.

—Claro que lo sabes —dice, tomándome las manos y llevándome hacia las butacas del rincón.

—Me encanta pasar un rato con él, pero proponerle eso, tal vez, es demasiado. Si lo pienso detenidamente, ya me parece de locos esto que me está pasando. Y, además, ¿qué va a decir la gente? Ya sabes que aquí todo se sabe y no quiero estar en boca de nadie otra vez.

—Me parece una idea fantástica que le ofrezcas tu cama.

—He hablado de casa, que con eso ya le he obsequiado en varias ocasiones —comento sin poder aguantar la risa.

—Cama, casa... ¡¿Qué más da?! Lo que importa es lo que quieres tú, y a la gente que le den, no tienes que dar explicaciones a nadie. Así que se metan en sus casas, que a más de una le daba yo una escoba para que barriera su propia mierda.

—Tienes razón. Porque las que más hablan son las que deberían callar.

—Pues eso. Así que ahora mismo te vas al colegio, le das una sorpresa y le ofreces tu cama/casa —sentencia divertida, pasándome el bolso para que me vaya.

—¡De eso nada! Primero me tienes que contar qué es eso que has hecho, ¿o creías que no me iba a acordar?

—Pues si te soy sincera, eso esperaba.

—Ay, Carola, a ver, ¡dime!

—Ayer me escribió Gonzalo —confiesa con esa inseguridad que siempre le crea esa relación que no le conviene en absoluto.

—¿Y qué te dijo? ¿No le habrás contestado? —le cuestiono sin dejarla responder, dejando el bolso a un lado y encendiendo el hervidor de agua, esto va para largo.

—No, bueno..., no al principio. Aunque después de su tercer mensaje, no pude resistirme más.

—¡¿Qué?! No me lo puedo creer, ¿no habíamos quedado en que ibas a pasar página?

—No, yo no había quedado en nada, eso es lo que me repites tú una y otra vez.

—Te lo repito porque eso es lo que me pides que haga cuando después de acostarse de nuevo contigo se acuesta con otra, y con otra, y con otra...

—Vale, lo pillo, creo que es suficiente —dice, poniendo una bolsa de té blanco con vainilla en cada taza.

—Yo no lo tengo muy claro. Solo quiere sexo, te lo ha dicho en más de una ocasión.

—Lo sé, pero ¿por qué soy una constante en todas sus relaciones? Será por algo, ¿no? Eso tiene que significar algo.

—Pues no lo sé, Carola, aunque creo que, cuanto más fácil se lo pongas, nunca se va a plantear esa misma pregunta que tú te repites una y otra vez.

—Pero mientras tanto...

—Mientras tanto nada, Carola, si no eres capaz de valorarte, él no lo hará.

—Yo me valoro.

—No lo haces. Porque si lo hicieras, no quedarías con él solo cuando él quiere.

Justo en ese momento, le entra una notificación de WhatsApp. Carola mira la pantalla de su móvil y me lo enseña.

—Es él —afirma antes de dar un pequeño sorbo a la infusión.

—¿Por qué no lo bloqueas?

—Porque no puedo, Mara, lo he intentado, y no puedo. Gonzalo es mi debilidad, mi obsesión, mi asunto pendiente.

—Esa obsesión va a acabar contigo.

—Para ti es más fácil, a Javier no lo ves constantemente.

—¡No creo que lo estés diciendo en serio! Es verdad que eso ayuda, pero mi relación con Javier fue de verdad; en cambio, Gonzalo y tú, ¿qué es lo que habéis tenido? ¿Lo que tenéis? Dime.

—No lo sé —responde, tapándose la cara con las manos y hundiendo los hombros.

29

Mara

Observo el reloj, las ocho y treinta y dos de la tarde. «Ya debería estar aquí», pienso, mirando el reloj de nuevo a las ocho y treinta y tres. Carola se ha ido hace rato, hemos recogido y yo me he quedado cuadrando la caja. Pero este hombre sigue sin aparecer, y yo comienzo a impacientarme. Nunca se me ha dado bien esperar, y aunque he estado revisando mi página web, comprobando nuevos pedidos y respondiendo preguntas de usuarios, ya son las ocho y treinta y ocho y el tictac de mi cabeza, ese que parecía permanecer en silencio desde hace días, comienza a sonar. Dijo que pasaría a buscarme a las ocho en punto.

«Comienzo a darme cuenta de que esto de las horas no van con él», me digo a mí misma, llamándole por tercera vez, y como en las veces anteriores, no me da señal.

Así que le escribo un mensaje diciéndole que lo espero en casa y cojo mis cosas. Bajo la persiana, pero al tercer paso, me detengo, porque me parece oír su voz a los pocos metros. Me giro, y ahí está, de espaldas a mí, hablando por teléfono. ¡Como para no verlo! Con los zapatos de Peter Pan, un pantalón vaquero raído y una camiseta descolorida salpicada de pintura. «¿Qué he podido ver en este hombre?», me pregunto al fijarme en su indumentaria. Justo en ese momento, se gira, y su rostro me responde esa pregunta. Esa cara tan peculiar, pero de una belleza rara que irradia sencillez y buen corazón. Ese pelo alborotado, que le da un aspecto desenfadado y natural. Y esos ojos tan expresivos como pequeños, que consiguen desnudar mi interior.

Él no me ve, está demasiado concentrado en esa conversación telefónica como para percatarse de que le estoy observando.

—No, Elsa. Ya te lo he dicho, tengo trabajo —responde, agitado, frotándose la frente con la mano que le queda libre—. Lo sé y lo siento, pero esta vez no he podido posponerlo. Te prometo que iré el mes que viene... Sé que no será lo mismo, aunque hace tiempo que dejó de ser así, ¿no crees?... ¡No digas eso! ¿Cómo has podido siquiera pensar algo así?

Y, tras ese reproche, Fabián se encuentra con mis ojos.

—Lo siento, Elsa, tengo que colgar... Sí, te lo prometo. Yo también.

Cuelga el teléfono y lo guarda.

—Hola —dice, acercándose a mí con una media sonrisa que apenas llega a sus labios.

—Hola. Lo siento, no era mi intención escuchar. Te he estado esperando.

—He visto tus llamadas, pero no te podía responder.

—¿Era Elsa?

—Sí.

—¿Y qué quería? Se te veía preocupado.

—Nada, no te preocupes —responde, posando su mano sobre mi hombro y dándome un beso en la sien.

Pero el silencio que nos acompaña hasta mi casa lo hace. Hace que mi mente se active, las dudas me persigan y mantenga un monólogo interno conmigo misma. «Por confiar, por no querer ver lo que tenías delante, pasó lo que pasó con Javier. Pero esto es diferente, esto no es una relación de verdad. Es bonito lo que estoy viviendo y sé perfectamente que tiene fecha límite. Así que puedo

mirar hacia otro lado, quedarme tranquila y disfrutar del ahora, pero... ¿y si tiene aún algo con ella y te está mintiendo?».

Y esa pregunta hace que la maraña que siempre tengo en el interior de mi estómago se remueva, se enrede y consiga que una tensión invisible, aunque palpable, se instale entre nosotros. Algo nuevo entre él y yo. Algo que hace que me cuestione lo que he hablado anteriormente con Carola.

30

Fabián

Tras la llamada de Elsa, no puedo evitar que mi mente divague en el pasado. Que eche de menos momentos increíbles, que la eche de menos a ella y eche de menos a mi hijo.

Me siento vacío, culpable, e intento ser el hombre que Mara conoce. Y no el hombre que soy, ese que se mantiene a flote a base de sueños. Pero hoy es diferente, hoy es un día difícil para mí. Y más después de esa llamada.

31

Mara

Algo le pasa a Fabián. Apenas ha abierto la boca desde que nos hemos encontrado, desde que habló con Elsa. Lo siento lejos, distraído y taciturno. Como si su mente estuviera a miles de millones de kilómetros lejos de aquí. Como si estuviese en otra galaxia.

Y aunque mis propias inseguridades me hacen desconfiar, en sus ojos aprecio mayor tristeza de la que le acompaña habitualmente. Ese velo que le quita brillo a esa mirada soñadora hoy se ha convertido en una cortina de humo y confusión.

—¿Quieres que veamos una película? —le pregunto, sentándome en el sofá con el mando de la tele en la mano después de haber cenado.

—Creo que debería irme —anuncia de pie junto a la puerta del salón.

—Pues yo creo que justo hoy deberías quedarte. No sé muy bien por qué, puede que por esa conversación que has tenido con tu mujer o por otra cosa, no tengo ni idea, pero siento que no deberías estar solo.

Veo cómo Fabián se lo piensa, desde aquí puedo escuchar los engranajes de su cabeza.

—Estoy cansado, Mara.

—Vale, pues vámonos a la cama. No tenemos que ver una película, ni hablar, ni nada en especial si no quieres. Pero quédate.

Y aunque una parte de él parece querer desaparecer, al final termina cediendo.

—Está bien —suspira, ofreciéndome su mano.

Caminamos por el pasillo en silencio hasta mi dormitorio. Fabián se quita la ropa y se mete en la cama en ropa interior. Yo hago lo mismo.

—¿Por qué a veces tengo la sensación de que puedes mirar en mi interior? —me pregunta, acurrucándose en mi regazo.

—Es curioso...

—¿Qué es curioso? —me pregunta, levantando la cabeza para poder mirarme.

—Que yo a veces pienso lo mismo de ti.

Entonces él estira su cuello para que sus labios se encuentren con los míos. Pero no es solo su boca la que se aferra a mi cuerpo, sino que siento cómo sus manos se deslizan por mi piel lentamente, cómo Fabián comienza a moverse hasta situarse encima de mí y cómo nos acoplamos el uno al otro como si fuésemos dos piezas perfectas diseñadas para complementar a la otra.

Esta noche no hay prisas, ni impulsos irrefrenables, ni un fuego abrasador en mis entrañas, ni las ganas de saciar nuestro instinto más primario. Pero sí cariño, mucho más del que pude experimentar en mis cinco años de relación con Javier. Es como si nuestras almas se reencontrasen y en ese reencuentro sintieran la necesidad de curar sus heridas. Cortes, arañazos, quemaduras y cicatrices que forman parte de ti y que nunca se olvidan, pero que, al sentir nuestros labios o el roce de nuestros dedos en cada una de ellas, doliesen menos.

—Deja la habitación en casa de los Zabaleta —le propongo aún entre sus brazos, sin pensar detenidamente lo que digo. Porque si lo hago, las dudas me harán arrepentirme igual que antes.

—¡¿Qué?! —exclama, mirándome a los ojos sorprendido por mi propuesta.

—Ya me has oído. Pasa conmigo los días que te quedan. Y no porque yo te lo pida, sino porque de verdad te apetece.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta, ilusionado, volviendo a ver ese brillo en sus ojos que tanto me gusta.

—¡Claro que lo digo en serio! Quiero que te quedes aquí conmigo. Sé que es una locura, pero a tu lado me siento capaz de hacer cualquier tipo de locura —le digo, sintiendo una alegría inmensa en mi interior.

—Déjame pintarte.

—¿Qué?! —Ahora la sorprendida soy yo.

—Déjame pintarte —repite, levantándose de la cama eufórico como un niño.

—Vale, sí, vale —respondo, contagiándome de su euforia.

—Gracias, no te muevas.

Fabián desaparece por la puerta y yo no puedo dejar de reír al ver su reacción. Al percatarme de lo surrealista de la situación, de cómo hemos podido pasar tan rápido de una emoción a otra, de la melancolía a la adoración, y ahora a la locura.

Fabián regresa con esa mochila que siempre lleva encima y saca una caja de metal llena de carboncillos. Después, quita con cuidado el espejo que tengo sobre mi tocador en uno de los laterales de mi dormitorio.

—Espera, ¿qué haces?

—Dibujarte —responde, moviendo el mueble para tener más espacio.

—Cuando me lo dijiste, pensé que lo ibas hacer en un bloc de dibujo o algo así.

—No. Me gustan los lienzos grandes, ya deberías saberlo.

—Sí, ya, pero es mi pared.

—Si no te gusta, te prometo que la vuelvo a pintar de blanco. Pero ahora déjame, ponte como estabas antes, codo flexionado y la cabeza apoyada en la mano.

Hundo el rostro en la almohada en señal de rendición y hago lo que me pide.

Veó cómo los trazos negros invaden el blanco absoluto de mi pared, cómo Fabián se concentra en esa línea que por sí sola parece insignificante, pero que forma parte de un todo, y eso la convierte en imprescindible. Veó cómo se va formando una imagen en la que ni yo misma me reconozco.

—Creo que esto se merece una recompensa o algo así —anuncio después de un rato en la misma postura.

—¿A qué te refieres?

—A las modelos se les suele pagar por posar, ¿sabes?

—Te pagué un anticipo, ¿recuerdas? —me dice con una sonrisa torcida que me vuelve loca.

—No me refería a esa clase de cobros.

—¿Y a qué te refieres entonces? —pregunta sin dejar de dibujar, alternando la vista entre la pared y yo.

—Apenas sé nada de ti, cuéntame algo, cualquier cosa.

—Sabes lo más importante.

—Pero quiero saber más.

—¿Como qué?

—Qué tipo de comida te gusta, color preferido, música que escuchas, si tienes algún *hobby* o algún tipo de obsesión o manía, por ejemplo.

—Me encanta la pasta, de cualquier manera y con cualquier salsa. No tengo ningún color preferido, me parece que todos tienen su singularidad y pueden llegar a expresar más de lo que nos

imaginamos. Me gusta el *jaz*: Nina Simone, Louis Armstrong, Miles Davis... Me fascinan las esculturas de arena. Mi obsesión podría decir que ahora mismo eres tú. Y con respecto a las manías, Elsa te diría que soy supersticioso porque cambio de acera si veo un gato negro, pero en realidad es que no me gustan los gatos en general.

De todos los datos que me ha dado, a mí el que más me llama la atención es ese que consigue que la garganta se me haya secado al escucharle, ese en el que se refiere a mí.

—Tu turno —apunta sin apartar la vista de la pared.

—Coincido contigo con la pasta, aunque la comida china le sigue de cerca. Color preferido, el naranja. Sobre la música, no tengo preferencias concretas, me gusta el pop en general. Mi *bobby* ahora se ha convertido en mi segundo trabajo, y eso hace que no lo disfrute como al principio, pero es algo que me sigue gustando mucho. Trabajar con las manos me relaja, hace que mi mente se serene, y esa sensación es muy placentera. Me ayuda a evadirme. Obsesión..., podría decir que soy muy exigente conmigo misma. Y mi mayor manía es tener todo en su sitio, ordenado por colores, tamaños y alineados.

—¿Estás segura de que solo es una manía? —pregunta, señalando a mi alrededor mientras levanta una ceja.

—Claro que estoy segura. Eso es estética, me gusta buscar una armonía entre las cosas.

—¡Ajá! —cuestiona riéndose.

—¿Acaso no me crees?

—Permíteme que lo dude.

—Abre ese cajón.

—¿Qué?

—Que abras ese cajón, venga, ábrelo —insisto, refiriéndome a uno de los cajones del tocador.

—Lo voy a manchar —apunta, mostrándome las manos negras por el carboncillo.

—No importa, ya se limpiará. Además, eso es otro signo de que no padezco un TOC.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has insinuado, igual que Carola. Venga.

—Vale, de acuerdo, y ahora, ¿qué? —dice, mirando dentro de el.

—¿Cómo que qué? Está todo revuelto, ¿no lo ves?

—Esto no demuestra nada. ¿Quieres saber lo que es revolución, desorden y disonancia? Solo tienes que mirarme a mí. Pues yo solo soy una pequeña evidencia de lo que es mi vida en general.

—Entonces decidido. Mañana mismo vamos a por tus cosas a la casa de los horrores, porque me gusta lo que veo.

—A ti te va el riesgo, ¿verdad? —me pregunta divertido con una sonrisa resplandeciente—. Con solo el hecho de que me lo propusieras, has conseguido que mi día diera un giro de 360 °, pero que quieras experimentar lo que es el caos de verdad no te puedes imaginar cuánto puede llegar a emocionarme.

—En un mundo de locos, hasta el más loco parece normal, así que quizá estemos más chiflados de lo que pensábamos —afirmo con rotundidad.

—Vas a conseguir que nos encierren en un manicomio en estos días, lo sabes, ¿verdad? —insinúa, posando sus manos negras sobre mi piel desnuda, dejando huellas allí donde las posa.

—Ay, ¡para! ¡Vas a mancharlo todo! —le digo sin poder evitar reírme mientras me remuevo, intentando escapar de sus zarpas.

—Te recuerdo que hace nada no te ha importado porque era tan sencillo como limpiarlo después. Así que creo que es hora de meterte bajo el agua, señorita —dice, levantándose con un

solo movimiento y cargando mi cuerpo sobre su hombro para dirigirse al baño.

32

Fabián

Siempre he creído que existen personas con ciertos poderes. Personas mágicas. Que consiguen hacer cambiar el estado de ánimo de alguien con tan solo un sencillo gesto.

Los niños poseen esa magia, ese polvo de hadas que les hace especiales. Pero que, cuando crecen, la pierden por el camino, como si de una bolsa de canicas se tratase.

Los más afortunados tropezamos con esas personas en algún momento de nuestra vida. Pero otras, como Mara, irradian esa magia sin apenas ser consciente de ello.

Y es increíble que un hombre como yo sea capaz de volver a experimentar esa sensación de nuevo.

33

Mara

—¡Qué! Cuéntame cómo ha ido. ¿Se lo dijiste?

—Pues fue extraño, porque no pensaba hacerlo, pero después..., no sé..., sentí que él lo necesitaba más que yo. Y sí, ya ha ido a recoger sus cosas. Así que supongo que ahora mismo las estará llevando a casa.

—¿Y se puede saber por qué no te has quedado para ayudarlo?

—Tal vez porque tengo muchas cosas que hacer. Voy con retraso con los encargos, y desde que Fabián y yo hemos empezado este tipo de... No sé ni como definirlo.

—Relación, se llama relación —dice Carola mientras limpiamos el polvo de las estanterías de la tienda.

—¡Qué dices! Esto es un paréntesis, nada más. Un respiro.

—Pues cuida no te ahogues.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Porque te engañas, Mara, te engañas a ti misma.

—Pues ya somos dos, ¿le llamaste?

—¿Te interesa?

—Claro que me interesa, qué cosas tienes. ¿Ha pasado algo? —le pregunto, deteniéndome en seco y acercándome a ella para prestarle mayor atención.

—¿Por qué lo dices?

—No sé... Te noto un pelín picajosa. Venga, cuéntamelo.

—Seguí tu consejo, no le respondí, ¿y sabes quién salía del portal de enfrente de mi casa esta mañana?

—¡Nooo! Lo siento mucho, ¿estás bien?

—Sí, no, no lo sé. En realidad, estoy de los nervios, pero te diré que más lo siente él.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho? Ven, sentémonos y me lo cuentas tranquila —le digo, pasando mi mano sobre su hombro y llevándola hacia el almacén.

—Lo que debía haber hecho hace mucho tiempo —afirma con los ojos vidriosos, antes de sentarse en una de las butacas.

—¡Ay madre! Y eso es...

—Mi intención era hacer de tripas corazón y pasar de él. Pero en cuanto me ha visto, no he podido remediarlo. Y va el muy capullo y me saluda levantándose la mano como si nada. ¡Será cabrón! Así que he cruzado la calle y le he dicho que si piensa que va a poder jugar conmigo toda la vida, lo lleva claro. Que sabe perfectamente lo que siento por él y que de eso se aprovecha. Que ya estoy harta, que no puede llamarme cuando le dé la gana esperando que yo me abra de piernas para él cuando no tenga otro plan mejor donde meterla. ¡Y va y me suelta que yo siempre soy su mejor plan! ¡Y una mierda! ¡¿Por eso salía de casa de mi vecina a primera hora de la mañana?! Y el muy capullo va y me besa.

—No me lo puedo creer.

—Pues ya te aseguro que él sí que lo ha creído, porque le he soltado tal guantazo que lo he dejado en el sitio. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que cuando me he dado la vuelta con intención

deirme, me ha agarrado de la muñeca, ha tirado de mí hasta que entre su cuerpo y el mío no circulaba ni gota de aire y me dice: no sabes el tiempo que llevo esperando esta reacción de ti.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¡Nada, Mara! ¡Nada! Me ha dejado sin palabras, y al final la que se ha quedado plantada en el sitio he sido yo. Y no veas el cabreo que llevo. ¿Porque eso qué quiere decir exactamente?

—No lo sé. Pero luego nos dicen que somos nosotras las complicadas.

Y, justo en ese momento, la puerta de la tienda se abre y tras ella aparece Gonzalo.

—Carola, ¿puedes salir un momento? Necesito hablar contigo.

Yo creo tener un *déjà vu*, porque esta vez soy yo la que tengo intención de salir para defender a mi amiga, pero Carola me detiene, coge aire y sale a su encuentro.

Ella tiene mucho más valor del que yo he logrado reunir a lo largo de mi vida. Puede que de primeras sea tolerante, e incluso conformista, porque se deja llevar por el corazón e intenta adaptarse a las cosas según le vienen, pero en el momento que su paciencia se agota, se desata la tempestad. Y se convierte en una mujer impulsiva que casi nunca se arrepiente de las decisiones que toma en cada momento. Sean precipitadas o no, justas o injustas. Nunca mira atrás después de ese punto de inflexión. Porque dice que los límites están para algo, y que cuando se sobrepasan, por mucho que se retroceda, siempre queda la sensación de haber pisado un terreno pantanoso que no correspondía. La suela se impregna de ese fango y las huellas avanzan al mismo tiempo que tú. Puede que con el tiempo se borren, pero si echas la vista atrás, siempre estarán ahí. Al igual que la desconfianza, los reproches y las acusaciones por algo que sucedió en el pasado.

Esos valores en los que ella basa su vida son envidiables, y por eso la admiro, por la capacidad que tiene de reclamar lo que ella considera que merece. Pero, como todas, tenemos nuestros puntos flacos, y Gonzalo es uno de ellos. Gonzalo es capaz de hacer que Carola se contradiga a sí misma. Que estos principios que son intangibles en otras facetas de su vida, tengan cierta laxitud con él, excusándose en que es su debilidad.

Pero la realidad, en toda relación, es cuánto, hasta dónde y qué parte de nosotros estamos dispuestos a ceder en favor de la otra persona.

Algo que yo estaba dispuesta a hacer por Javier. Cederle un espacio más grande de lo que le correspondía, porque estoy segura de que si se hubiera presentado con un ramo de rosas y una excusa barata pidiéndome perdón, yo lo hubiese perdonado.

Lo que no sé es cuánto de sí misma está dispuesta a concederle Carola a Gonzalo. Nada, mucho, poco...

34

Mara

—Estoy preocupada por Carola. Después de que Gonzalo viniera a buscarla, me ha mandado un mensaje diciendo que se tomaba el día libre y ya no he vuelto a saber de ella —le confieso a Fabián de regreso a casa.

—Estará bien.

—Aun así, voy a volver a llamarla —digo, buscando su número en la agenda—. Nada, tiene el teléfono apagado.

Así que decido enviarle un wasap:

Te he llamado varias veces, pero no consigo hablar contigo. Espero que estés bien. Para cualquier cosa me llamas, a cualquier hora. Un beso enorme.

—¿Mejor?

—No, pero bueno. La relación que tienen es demasiado complicada, y para que Carola haya reaccionado así, le ha tenido que doler mucho. Hasta ahora, de Gonzalo ha soportado todo, aun sabiendo que no le beneficiaba. Como dice ella, él es su debilidad y siempre estaba ahí para él. Es el único aspecto de su vida en la que no se comporta de manera racional, como es ella, como le gustaría ser.

—La entiendo perfectamente.

—¿La entiendes?

—Quiero decir..., que entiendo lo que me dices. Pero ni todo lo negro es negro, ni todo lo blanco es blanco. Y a veces tenemos una lucha interna entre lo que deberíamos hacer y lo que realmente queremos hacer. Una lucha en la que sabemos que no hay ganadores, solo perdedores, porque decidamos lo que decidamos, perdemos una parte de nosotros a la que no estamos dispuestos a renunciar. Por eso vamos postergando ese encuentro en el campo de batalla.

Fabián habla como si hubiera vivido una situación similar. Y supongo que si me paro a pensar, con su hijo tendría que tomar en más de una ocasión, decisiones en la que perdería una parte de él, como él mismo dice.

Entramos en casa, y como me advirtió, el caos me da la bienvenida. Una mochila abierta en mitad del pasillo, dos pares de zapatos al lado de la puerta de la cocina. Y sobre el sofá algunas prendas sueltas.

—Lo he dejado así porque no sabía dónde quieres que meta todo esto —se apresura a decir al apreciar mi cara de desconcierto. Que imagino que es tan real como lo que siento.

—No te preocupes —cojo aire, sereno mi mente y prosigo—. Ven, lo dejaremos en el vestidor. Hay espacio de sobra desde que Javier se fue.

Cojo la mochila y me dirijo a la habitación que está enfrente del taller.

—Algún día me tienes que contar qué es lo que sucedió entre Javier y tú.

—Sí, algún día.

35

Fabián

Aprecio la tensión en su mandíbula, cómo su espalda se endereza y cómo sus manos se mueven de un lado a otro, frenando el impulso de organizar el espacio que estoy invadiendo. Veo la necesidad de recuperar el control en cada uno de sus gestos.

Observo cómo la tensión reptaba por su cuerpo y su respiración es más profunda, intentando encontrar esa calma que ayer mismo me mostraba sobre la cama, cuando la dibujé. Perfecta, soñadora y con una luz propia cegadora, tal y como la percibo yo desde el primer momento que la vi.

Y cada uno de esos detalles me hacen saber que aún no está preparada para contarme nada.

36

Mara

El despertador suena por tercera vez. El número de alarmas exactas que hacen que mi cuerpo se obligue a salir de la cama.

Echo un vistazo a un lado de la habitación y lo comparo con el otro. En su lado, los pantalones, la camiseta, calcetines y zapatos yacen desperdigados por el suelo. En el mío, todo reside cómodamente doblado sobre la silla del tocador. Cierro los párpados, cojo aire y lo expulso lentamente. Me niego a que esto impida que experimente lo que estoy sintiendo. Así que salgo de la cama sin mirar atrás y me meto en la ducha.

El olor a café invade toda la casa y mi estómago ruge al percibirlo. Así que me visto y me dirijo a la cocina.

—Sabes que puedo llegar a acostumbrarme, ¿verdad? —le sugiero al ver que ha salido a comprar cruasanes a la cafetería de al lado.

—Esa es mi intención —responde, dándome un rápido beso antes de ofrecerme una taza de café con leche humeante.

—¿A qué hora te has levantado?

—Pronto.

—Y yo que pensaba que dormía poco —digo, observando mi móvil.

—¿Todo bien?

—Sí, es Carola. Anoche me escribió diciendo que está bien y que luego me cuenta.

—Me alegro. ¿A dónde vas?

—Al taller. Tengo que empaquetar unos pedidos antes de irme a la zapatería.

—Te ayudo.

—¿Quieres ayudarme?

—Sí, ¿por qué no iba hacerlo?

—No sé... —respondo, encogiéndome de hombros, aún sorprendida por su ofrecimiento.

Terminamos de desayunar y Fabián, para mi sorpresa, recoge las tazas y las lleva al fregadero. Las enjabona y las deja escurriendo.

—No me mires así, no soy tan desastre como imaginas.

—No, es cierto. Lo acabo de ver en el dormitorio —respondo con ironía.

—Esa ropa la tengo que echar a lavar.

—Yo no he dicho nada —digo, levantando las manos, dándole la espalda y dirigiéndome hacia el taller.

Fabián me sigue con curiosidad, pero yo me centro en lo que debo hacer mientras él me observa. Cojo todo lo que necesito, la cartulina para joyería donde colocaré los pendientes o lo que corresponda, la gamuza de limpieza que añado como obsequio y una tarjeta mía en la que aparece una frase que me encanta:

Deseo que este pequeño detalle se convierta en el talismán que necesitas para alcanzar tus sueños.

Lo meto todo en una bolsita de plástico, cojo la caja de cartón y hago una pequeña cama de flores secas que perfumo con agua de colonia de rosas y coloco la bolsa de plástico con los detalles encima. Cierro la cajita y busco la pegatina redonda en la que aparece mi logotipo.

—Todo al más mínimo detalle —comenta Fabián cerca de mí.

—Me gusta mimar algo tan mío.

—Lo entiendo. Pero sabes que sin un poco de magia no será un talismán de verdad, ¿no? —dice, dibujando una pequeña hada en una de las pegatinas redondas que uso para poner mi logo y que aún no he impreso.

—Un poco de magia y polvo de hadas —añado de manera inconsciente al contemplar la preciosidad que ha dibujado en miniatura. Y, como en conjunto, se visualiza la silueta de un hada delante del resplandor de la luna—. ¡Brillantina! Eso es, hace falta brillantina.

—¿Qué?

—Dibuja otra con la mano en los labios, como si soplase lo que tiene sobre la palma.

—Ya veo lo que pretendes hacer. Necesito mi *tablet* —responde, desapareciendo de la habitación mientras yo busco el pulverizador de la purpurina.

Fabián regresa y se pone a dibujar sobre la pantalla de su *tablet* una hada similar a la anterior, pero esta vez como yo le he pedido y de forma más detallada.

—Dame tu correo para que la descargues y la puedas imprimir en las pegatinas.

Hago lo que me dice e imprimo varios adhesivos con la silueta de ese diminuto duendecillo con alas. La pego a un lado de la tapa, cojo la barra de pegamento, la aplico sobre el cartón desde la mano del hada en un ángulo de unos 35 ° y pulverizo la brillantina. De esa forma, parece una nebulosa de polvo de hadas.

—Ha quedado perfecto, ¿no te parece? —admiro, orgullosa del trabajo que hemos realizado mientras ato una cuerda alrededor de la caja, antes de meterla en un sobre de burbujas donde aparece la dirección de destino.

—Tan perfecto como tú —dice, dándome un beso en la frente—. Te representa a ti.

Y sus palabras me hacen pensar que de nuevo es capaz de ver en mi interior. Porque para mí, la creación de una joya simboliza la belleza de las pequeñas cosas. Un detalle que representa lo importante que eres para alguien, la ilusión de un obsequio para una misma. La historia que se crea desde el mismo instante en que la ves y los recuerdos a los que te transporta cada vez que la llevas encima. Una joya es ese tesoro perdido que, cuando lo encuentras, resuelve un misterio que te llena de alegría. O la definición que más me gusta pensar, sé que es un tanto soñadora, pero así soy yo, aunque mis sueños nunca se cumplen; es la seguridad que puede aportarte un pequeño objeto al que le das un poder enorme. Como si fuese un talismán mágico bañado en polvo de hadas, una tontería para unos y una creencia para otros, pero que sin ese poder al que te aferras, sin eso que te aporta lo tangible, a veces cuesta creer con fe ciega sobre lo intangible.

37

Fabián

Veó ese resplandor en sus ojos llenos de curiosidad, esos destellos que me contagian de ilusión, ese espíritu soñador e incansable que se resiste a dejar de brillar por mucho que sea ella misma quien lo esconda.

Y es cuando de verdad aprecio todo su esplendor.

Y comprendo que solo ella es capaz de iluminar toda mi oscuridad.

38

Mara

—¿Qué tal tu primer día de tortolitos? —me pregunta Carola con retintín nada más entrar por la puerta.

—No, no hagas eso —respondo con rotundidad, levantando la vista del albarán de gemas que acabo de recibir para el taller y que ando revisando.

—¿Que no haga qué?

—Desviar la conversación hacia mí. Ayer estuve muy preocupada, ¿qué es lo que pasó?

—Que no acabamos en la cama como siempre y eso fue toda una novedad —dice, quitándole importancia.

—¿Y...? ¿Qué es lo que te dijo? ¿A dónde fuisteis? No pienso dejar de preguntar hasta que me lo cuentes. Y no vale eso de tú primero —anuncio antes de que ella lo mencione mientras enciendo el hervidor de agua.

—Veo que esto se va a poner interesante... —afirma al ver que preparo té.

—He pasado por la cafetería. Recién horneadas —confirmo, abriendo la caja de cartón.

El aroma de las galletas de mantequilla invade el almacén y Carola extiende su mano para coger una que está cubierta de trocitos de almendra. Quedan diez minutos para abrir, así que nos sentamos en nuestro pequeño confesionario y le ofrezco una bolsita de infusión antes de prestarle toda mi atención.

—Fuimos a su casa.

—¡Carolaaa! —le regaño por meterse en la boca del lobo.

—Tranquila, ya te he dicho que no nos acostamos. Estaba nervioso y me dijo que necesitaba aclarar las cosas entre nosotros en un sitio tranquilo. «Podrás marcharte cuando quieras, te prometo que no te lo impediré» fue lo que me dijo, y lo cumplió. Aunque esta vez fui yo la que salió a hurtadillas de su casa.

—Pero ¿qué es lo que te dijo?

—Que tengo razón, que no es justo para mí, pero que no puede evitarlo porque él también siente algo. Aunque no es capaz de definirlo.

—¡Ya! Típico de Gonzalo.

—Pues sí, aunque creo que esta vez lo decía en serio.

—¿Y qué te hace pensar que es así?

—Que no intentó seducirme. Ni una sola vez. Solo hablamos. Y eso es algo nuevo entre nosotros. También me dijo que jamás ha pretendido hacerme daño. Y que aunque lo parezca, no me llama cuando no tiene otro plan mejor, sino que me llama porque soy la única a quién quiere volver a ver.

—¡Oh claro! Y eso es superbonito, ¿verdad? —exclamo, alzando las manos. Me saca de quicio que manipule a Carola de esa manera.

—No, en serio, Mara. Siento que le importo, siempre lo he sentido, pero esta vez va en serio.

—¿Y cómo de serio va a ser? ¿Acaso te ha prometido que te va a respetar?

—No estamos saliendo, así que no tiene que prometerme nada.

—Vale, entonces, ¿qué diferencia hay con las anteriores?

—Que en ningún momento me dijo: Estamos bien así, ¿verdad?

—Tal vez no te lo dijo porque esta vez no hubo sexo.

—En ningún momento intentó tenerlo, ni convencerme de que él siempre ha sido sincero conmigo en ese tema, e hizo un comentario que estoy convencida de que no quería que yo escuchase y que, al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, carraspeó, se puso nervioso y cambió de tema. Fue apenas un susurro, pero lo escuché, aunque fingí no hacerlo.

—¿Y qué fue?

—Eres la única que quiero volver a ver y con la que la culpa me engulle.

—¿Y eso qué significa? Porque hasta ahora no parece que haya tenido muchos remordimientos.

—Eso es lo que voy a averiguar.

—¿Y se puede saber cuál es tu brillante plan para conseguirlo?

—Pues no tengo ni idea, pero la noche de ayer fue un comienzo y me hizo saber que tienes razón.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—Que el sexo no me va a ayudar a salir de dudas, así que, hasta entonces, Gonzalo y yo solo seremos amigos.

—En ese caso, tengo que hacerte un colgante con alguna de estas. Recuerdo que había varias con propiedades que te van a venir muy bien —le digo, sacando varias bolsas de la caja que acabo de recibir—. Aquí está, esta es perfecta para ti —añado, mostrándole varias piedras con diferentes figuras geométricas.

—¿Ahora también te vas a meter en el mundo mineral? —cuestiona, cogiendo una de ellas en forma rectangular.

—Estoy explorando. Me atrae ese mundo mágico que lo envuelve.

—¿Qué piedra es? —pregunta, observando las diferentes tonalidades rosas de la gema. El contraste que hace el rosa blanquecino con el de mayor intensidad. Las aguas y las vetas que este mineral posee, llenándolo de una belleza singular.

—Es una rodocrosita o rosa de India, se supone que sana las heridas del corazón y, al igual que el cuarzo rosa, es una de las piedras del amor, pero esta fomenta la empatía con los demás para quererlos de forma más profunda y más sana. Así que creo que te irá bien.

—Sí, la verdad es que te pega mucho —comenta al escuchar las propiedades que aporta la pieza—. Tengo ganas de ver lo que haces con ella —añade devolviéndomela—. Y, ahora, ¿me vas a contar cómo te ha ido con Peter Pan?

Pero mi respuesta se queda en el aire porque la puerta se abre y somos interrumpidas por la primera clienta del día.

39

Mara

—Buenos días —oigo saludar a Carola.

—Buenos días —responde una voz familiar que no logro identificar.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría probarme esas sandalias que tienes en el escaparate.

—38, si no recuerdo mal.

—Eso es.

—Vale, voy a buscar el número y ahora te lo traigo.

Veo que Carola entra de nuevo en el almacén, coge varias cajas de distintos modelos y vuelve a la tienda.

—No nos queda el 38 de esa en concreto, pero te he sacado el 39 para que te lo pruebes. Es una casa que da muy poco pie, así que igual te está bien. También te he buscado otras similares por si acaso.

—Gracias, Carola.

Hay unos minutos de silencio en los que imagino que la señora anda probándose lo que Carola le ha ofrecido, y aunque no es mi intención escuchar la conversación, oigo un comentario que me pone en alerta.

—Se oye por ahí que Mara anda con ese pintor tan extravagante y que está viviendo en su casa.

—Eso parece —responde Carola de forma cortante.

Nunca nos han gustado los cotilleos, y menos estar en boca de todos. Ya lo experimenté en una ocasión, y no es algo que me resulte agradable. Todos opinan, todos saben, todos juzgan, todos parecen entender... Aunque ninguno se ponía en mi lugar. Porque si lo hubieran hecho, hubiesen evitado todo tipo de comentarios. Pero no, es mucho más entretenido hablar de la vida de los demás que hurgar en la suya propia. Tal vez porque es demasiado sencillo engañarse a uno mismo y fingir que todo va bien.

—Ay, pues a ver si tiene un golpe de suerte esa chiquilla, porque con lo buena que es la pobre, no ha tenido demasiada. Primero sus padres y luego lo de Javier. Si es que, por mucho que queramos tener todo controlado, siempre hay algo que se nos escapa de las manos. Así que a ver si le sale bien. Aunque, la verdad..., tal vez deberías hablar con ella, no lo conoce de nada y con las pintas que lleva, no sé yo. Todo el mundo sabe lo bohemios y libertinos que suelen ser los artistas —dice, bajando el tono de voz un poco.

—Bueno, entonces, quizá sea eso lo que necesita, porque no creo que intente que le salga bien, creo que lo que pretende es disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Ya sabes a qué me refiero —responde con retintín.

Aunque la respuesta de Carola me hace sonreír, no puedo quedarme de brazos cruzados y hacer como que no estoy escuchando igual que haría en otras ocasiones. Así que esta vez salgo de la trastienda, interviniendo en la conversación sin previo aviso.

—Tienes razón, Carola, ahora intento no pensar en nada, ni en nadie —añado, afianzando las manos encima del mostrador y haciendo hincapié en esta última palabra—. Creo que es el único momento de mi vida en que solo estoy pensando en mí. Y si os soy sincera, me siento bien, me gusta

esa sensación. Así que puede que a partir de ahora eso es lo que haga, vivir la vida sin hacerme ningún tipo de juicio de valor, con el único objetivo de disfrutar, como bien ha dicho Carola. Además, no creo que le importe o deje de importar a nadie lo que haga con mi vida —afirmo, haciendo que palidezca tres tonos la mujer que tengo enfrente.

Justo en ese momento, el teléfono de esta comienza a sonar. Busca en su bolso y descuelga. Algo que le permite irse sin rebatirme.

—Pero, bueno, ¿dónde está mi amiga y qué has hecho con ella?! —me pregunta Carola, girándose hacia mí con admiración.

—Creo que siempre ha estado ahí, pero yo misma me he dedicado a apagar su voz.

—Pues ni se te ocurra volver a hacerlo, porque me gusta el sonido que tiene. Me gusta mucho, Mara.

—A mí también —reconozco satisfecha.

Aunque una parte de mí sabe que es casi imposible frenar mi cabeza y acallar por completo cada uno de los razonamientos que constantemente me doy antes de tomar cualquier tipo de decisión. Pero, a partir de hoy, me hago una promesa a mí misma: no pienso volver a contener mis impulsos o a ignorar mi instinto. A partir de ahora, intentaré expresar lo que siento tal y como lo hago cuando trabajo una joya, siendo mucho más transparente, aunque eso signifique mostrar mis debilidades. Aunque si lo piensas bien, ¿mostrar tu vulnerabilidad no es signo de la verdadera valentía?

40

Mara

—La una y veinte del medio día, voy a bajar la verja para que no entre nadie en el último momento —anuncia Carola, dirigiéndose hacia la puerta.

—Carolaaa... —replico sin mucha insistencia desde detrás del mostrador, en el que hay más de una docena de cajas de zapatos que debemos organizar y recoger.

—De Carola nada, que llevo toda la mañana deseando que me cuentes cómo va tu historia con Peter Pan.

—No hay mucho que contar —contesto, encogiéndome de hombros y poniéndome manos a la obra.

—¡Y! Entonces dime dónde te has hecho el *lifting*, porque quiero coger cita.

—Pero ¿qué dices?

—Que estás radiante, Mara, y eso o lo consigues a base de polvos mágicos y cuentos de hadas, o a base de bisturí. De esos magníficos orgasmos es de lo que voy a tener que abstenerme durante un tiempo en mi historia con Gonzalo, porque nunca ha habido hadas sobrevolando nuestras cabezas. Polvos sí, muchos, y demasiado buenos como para olvidarlos. ¡Ay, pobrecita de mí!

—Carola, lo tuyo es para que te lo miren —digo sin poder parar de reír.

Carola tiene una mezcla de episodio psicótico entre la locura, el sufrimiento, el sacrificio y el nerviosismo. Parece tener una lucha interna entre el deber y el deseo, entre el corazón y la razón. Y ese tipo de batallas son más propias de mí que de ella. No está acostumbrada a anteponer su mente a su cuerpo, y de ahí el caos emocional que padece en estos momentos. Por el contrario, su estado me provoca hacer un análisis detallado del mío, y me doy cuenta de que nuestros papeles se han intercambiado.

—Sí, tú riéte, riéte, pero que yo ya tengo síndrome de abstinencia y voy a necesitar el teléfono del mejor cirujano plástico del país. Porque o tú le has hecho una visita y te ha quitado diez años...

—dice, cogiendo mi cara y observando mi rostro concienzudamente mientras mueve mi cabeza de arriba abajo y de izquierda a derecha—. Nada, ni una cicatriz, ya decía yo. Me voy a marchitar en cuatro días. Así que, al menos, déjame revivir a través de tus palabras ese bonito cuento de hadas.

—¡Estás loca, Carola! Y lo peor de todo es que me estás contagiando.

—Loca de envidia, eso es lo que estoy. Así que dime y no te saltes ni un solo detalle. Bueno, sí, los polvos mágicos te los puedes ahorrar, que a una adicta no hay que tentarla con aquello que se le va a negar.

—¡Ay Carola!

—De «ay Carola» nada.

—¡Es que no sé qué quieres que te cuente! Todo esto es nuevo para mí. No sé, Carola... Lo que me hace sentir Fabián es... No sé como explicarlo. Tenemos una conexión que jamás había tenido con ningún otro hombre. Y no hablo de sexo, que también, pero lo que siento es mucho más profundo, va más allá. Es como si me leyera, como si yo fuese uno de los libros más interesantes de su vida y en cada página su interés creciera. Me dibujó, ¿sabes?, me dibujó en una de las paredes de mi habitación, me mostró cómo me veía él, y te prometo que me vi hermosa, fuerte y frágil al mismo tiempo, y con una belleza radiante y soñadora. Me vi *sexy*, seductora y deseada, y es extraño porque

nunca me he visto así. No sé qué pasará cuando se vaya, y si te digo la verdad, tampoco quiero planteármelo, porque si lo hago, sé que puede que me importe más de lo que pretendo creer. Solo deseo exprimir esto que estoy viviendo ahora, porque me hacía falta, Carola. Me hacía falta saber que mi corazón sigue latiendo, a pesar de lo maltrecho que se quedó. Y lo único que sé es que Fabián ha conseguido que escuchase ese tenue sonido que emite a cada pulso, y eso me llena de alegría y de esperanza, porque significa que puedo volver a enamorarme, a confiar. Algo que me habían arrebatado sin previo aviso. Y por eso mismo no quiero hacer planes de futuro, ni pensar en lo que puede llegar a ser, porque si tiene que ser, será. Porque lo que me importa es lo que somos ahora, no lo que seremos, y en eso quiero centrarme.

—No sabes cuánto me alegra escucharte al fin hablar así, ¿y sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque eso significa que por fin has superado lo que te hizo Javier.

—Lo de Javier lo superé hace mucho, Carola.

—No, ocultaste tu dolor. Lo guardaste en una caja y lo enterraste en lo más hondo de tu corazón para no volver hablar de ello. Y, de hecho, ¿alguna vez lo has dicho en voz alta? —Su pregunta me hace pensar, echar la vista atrás y reconocer que no he sido capaz—. No, ¿verdad? —me interroga, conociendo ya la respuesta—. Pues ahora es el momento, Mara.

Dudo de lo que me dice, pero, tras reflexionar detenidamente sobre ello, cojo aire porque, de tan solo pensarlo, la maraña que habita en mi estómago y que lleva unos días adormilada se despierta y comienza a removerse en mi interior, provocando en mí una punzada demasiado aguda.

—Hasta que no seas capaz de decirlo en voz alta, no lograrás deshacerte de ese dolor. Sé que ahora mismo ese sabor amargo y desagradable se ha instalado en tu boca, el sabor de la traición. Pero no dejes que eso te impida sacarlo fuera, Mara, sé que estás preparada —me anima, poniendo sus manos en mis hombros.

—¡El muy cabrón me dejó, Carola, me dejó una semana antes de la boda! —sollozo, rompiendo a llorar por primera vez delante de nadie—. ¡Desapareció sin darme ningún tipo de explicación! Tan solo con un «no puedo hacerlo, lo siento». ¡¿Que lo siente?! Si lo hubiera sentido de verdad, hubiese hablado conmigo. Si tenía miedo, si ya no me quería, si se sentía presionado, si no estaba preparado, debía decírmelo. Se supone que eso hacen las parejas de verdad. Confían en la otra persona y se apoyan, intentan resolver los problemas y buscar una solución. Tal vez nuestros caminos debían estar separados y yo nunca lo supe ver, pero las cosas se hacen bien, y no como lo hizo él —confieso, derrumbándome por completo y abrazándome a mi amiga.

Hasta este momento, mi respuesta frente al mundo ha sido un «estoy bien» mecánico y tedioso que se ha convertido más en una rutina que una respuesta sincera.

Necesitaba esquivar todo tipo de comentarios, ignorar las miradas, evitar los silencios incómodos y los cuchicheos a mi espalda. Necesitaba desaparecer y lo hice. Porque ese «estoy bien» lo repetí tantas veces que fue un mantra para mí. Hasta que llegué a creer que realmente lo estaba, aunque nunca me había parado a pensar en que, simplemente, había enterrado mi dolor, tal como ha dicho Carola. Me creé un mundo en el que esconderme, ese mundo que conocí junto a mi madre, que me ayudaba a no pensar en nada y que me apaciguaba el alma. Y me gustaba tanto lo bien que me sentía en él que ha llegado a ocupar parte de mi vida. En su momento, me ayudó a canalizar todo lo que tenía dentro, a convertir ese dolor en algo bello. Algo simple y poco atractivo, en una pieza llena de brillo y de esplendor.

—Sabes que siempre he estado deseando escuchar esas palabras —dice con dulzura, mostrando la mejor de sus sonrisas.

Justo en ese momento, oímos cómo la verja se levanta un poco. Instantáneamente, limpio las lágrimas de mi rostro.

—Voy al baño —anuncio antes de que entre.

Pero antes de desaparecer tras la cortina de la trastienda, Carola me detiene y dice:

—Ahora solo te falta contárselo a él.

41

Fabián

Veo sus ojos enrojecidos y sé que ha estado llorando. He visto demasiadas veces unos ojos así. Intentando disimular el sufrimiento que se lleva por dentro, ocultando ese motivo que te remueve las entrañas con una sonrisa que apenas alcanza los labios. Lo he visto y lo he sentido demasiadas veces.

No quiero preguntarle, no soy quién, aunque me gustaría ser ese alguien en el que puede apoyarse y confiar. Pero es ella quien me debe otorgar ese lugar, esa confianza. Así que la beso con toda la ternura que soy capaz de expresar en un simple beso, pretendiendo apaciguar aquello que la angustia.

42

Mara

Caminamos en silencio hasta casa. El sol de principios de verano calienta mi espalda y es agradable. Pero no dejo de pensar en lo que ha sucedido, ¿cómo he podido derrumbarme de esa manera si ni siquiera apreciaba lo mucho que me tambaleaba?

Sí, es cierto que los ataques de ansiedad eran un signo más que evidente, aunque siempre los he querido achacar al exceso de trabajo, a la sensación de querer llegar a todo y no lograr llegar a casi nada, a ir más despacio de lo que realmente me gustaría, a esa carga de responsabilidades que yo no quería y a los obstáculos que pone el día a día. Pero no a la marcha de Javier.

Las crisis de ansiedad aparecieron mucho antes, cuando tenía que ocuparme de una madre con una realidad difusa, encerrada en un mundo de niños y perdida entre los mil laberintos de su mente, unas veces reales y otras imaginarios. Unas veces se mezclaban con recuerdos del pasado y otras borraban el presente. Con una enfermedad que consumió a mi padre y que a mí me agotaba poco a poco. Una enfermedad incomprensible y muy solitaria, tanto para el que la padece como para el que la vive de cerca. Porque es muy duro que tu madre no recuerde tu rostro y sí las flores que recogía cuando iba al campo en su niñez.

Sí, ahí es cuando la maraña de mi estómago comenzó a expandirse, a poseer espinas y a echar raíces que trepaban hasta llegar a asfixiarme. Todo apuntaba a que tenía demasiados frentes abiertos; la tienda, un padre que adoraba a su mujer y que se quedó sin fuerzas cuidando de ella, mi madre y los preparativos de una boda que nunca llegó a celebrarse.

—Creo que hoy a la que le gustaría estar sola es a ti —comenta Fabián, sacándome de mis pensamientos cuando estamos cerca de la puerta de mi casa.

—Tienes razón, pero prefiero estar sola contigo —le respondo, abriendo la puerta y manteniéndola abierta para que entre.

—Creo que no hace falta que te lo diga, pero sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? No saldré corriendo —afirma como si de nuevo fuese capaz de ver dentro de mí. Como si averiguase que eso es lo que hizo la persona en la que confié, la que debía estar a mi lado.

—Lo sé, lo harás dentro de unos días —susurro una respuesta que pretendía que fuese solo para mí. Una respuesta que no tenía por qué haber dicho en voz alta, porque no tengo derecho a reprocharle nada, todo lo contrario. Y me doy cuenta de que es el miedo a perder algo que me importa más de lo que pienso el que habla por mí.

—Que me vaya no quiere decir que me aleje —comenta a mi espalda, siguiendo mis pasos hasta el salón.

—¿Y cómo se hace eso? A ver, dime, ¿cómo se hace? —le reprocho, girando sobre mí misma y enfrentándome a él. Pero no dice nada, solo me mantiene la mirada esforzándose en comprenderme —. No lo sabes, ¿verdad? No lo sabes, porque, sencillamente, no estarás. Y es algo que hemos sabido siempre, ¿no?

—Sí, pero...

Fabián deja la respuesta en el aire, no sabe qué contestar. Veo cómo se revuelve el pelo con la mano más de lo que lo lleva, cómo la culpa se refleja en esos ojos color miel, y me siento un ser despreciable por hacerle sentir así, por cargarlo de una responsabilidad que no se merece, pero me es

imposible frenar lo que ahora mismo siento. Carola abrió esa caja que debía seguir cerrada en el olvido, y ahora no encuentro forma de sellarla de nuevo.

—Entonces..., ¿por qué no hablar con propiedad?, ¿por qué no decir las cosas tal y como son? Tú te irás, y yo intentaré seguir con mi vida. ¡Porque está claro que me va a costar! Intento no pensar, intento hacer lo que haces tú, vivir el ahora. Pero me acabo de dar cuenta de que yo no soy así. Que, por mucho que lo intente, me dolerá, fingiré que no lo hace y eso se enquistará. Fingiré que puedo con todo, como lo he hecho siempre. Y vuelta a empezar.

—Por qué tengo la sensación de que ya no hablamos sobre nosotros, de ti y de mí.

—¡Porque no lo hacemos! —respondo, lanzando las manos con desesperación—. Porque siempre he querido tener todo controlado, pero la vida se ha empeñado en descontrolarlo todo a mi alrededor. Y no entiendo por qué.

—¿Te has planteado que tal vez sea ese el motivo? Aprender del descontrol, darte cuenta de que no podemos controlarlo todo por mucho empeño que le pongamos. Y que hay momentos en que, cuanto más nos esforzamos, todo se vuelve en nuestra contra.

—¡Yo no sé hacerlo de otro modo, Fabián! Si solo tienes que mirarte para darte cuenta de que somos la noche y el día. La tempestad y la calma. Pero, por favor, si eres el puto arcoíris después de la peor de las tormentas —le increpo, señalándolo de arriba abajo, haciendo referencia a esa chaqueta multicolor que lleva constantemente.

—¿Te sentirías mejor si yo también perdiese los nervios?, ¿si me enfadase y me marchase dando un portazo sin darte ningún tipo de explicación?

—¡Nooo! —respondo de manera automática de tal modo que parece más una súplica desesperada. Una reacción que hace que lo observe mucho más detenidamente que de costumbre y recupere esa voz calmada y profunda que me apacigua.

—No hay ningún modo de hacerlo, Mara, solo tienes que entender eso. Todos sufrimos, todos nos encontramos con cosas que no podemos controlar. Y, o las aceptas, o luchas contra algo invencible. Siempre habrá algo que se nos escape de las manos —me explica, obligándome a mirarlo a los ojos, posando sus manos sobre mis hombros, ofreciéndome la calma y el calor que necesito.

Lo miro y los destellos dorados de sus iris atraviesan mi interior. Me desnuda. Mostrándome ese apoyo que tanto busco y en el que tanto me cuesta confiar.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte, porque, aunque necesitaba estar sola y reconozco que no soy la mejor compañía en estos momentos, estás aquí.

—Igual lo que necesitas es estar sola aquí —me propone, abriendo sus brazos.

—Entre tus brazos, esa es mi soledad perfecta —confieso, refugiándome en ellos.

—Y por el tiempo que deseas.

Siento cómo respira el olor de mi pelo, cómo acaricia mi espalda con suavidad, cómo sus brazos son el refugio en el que siempre me gustaría guarecerme. Un refugio que me reconforta y me llena de dolor a partes iguales al entender que no siempre lo tendré a mi lado.

Levanto la mirada y busco sus labios. Esa parte de su rostro que nunca se me ha negado. Y encuentro ese sabor a cítricos tan característico en él. Al principio, es un beso lento, en el que nuestras lenguas se encuentran, mis dientes atrapan su labio y él me regala esa sonrisa torcida que siempre me ha mostrado, pero que hoy la he hecho desaparecer por un momento. Un beso en el que yo le pido perdón por unas palabras que llevaban el nombre de otro hombre, y que él no se merecía. Pero después de esa disculpa, el beso se hace mucho más profundo, consiguiendo que Fabián pierda

la calma que siempre muestra en todos los aspectos de su vida menos en este. Su respiración se agita y su desesperación me hace reír.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me pregunta, deshaciéndose de las botas de Peter Pan, de los vaqueros roídos, de su chaqueta multicolor y de la camiseta salpicada de pintura. Quedándose tan solo con la ropa interior, para segundos después, y sin darme tiempo a responder, coger el bajo de mi vestido y, de un solo movimiento, hacer que se pierda en el suelo. Donde yace el resto de la ropa.

—De que puedes llegar a ser tan inalterable como una estatua de hielo, pero que, en cuanto la someten a un poco de calor, te fundes en décimas de segundo.

—Tú sí que vas a fundirte, pero en milésimas de segundo lo vas a hacer —me amenaza, atrapando mi boca mientras su mano se pierde entre mis piernas.

Y como él bien me ha advertido, me fundo, me derrito. Mi interior es arrasado por el calor que provocan sus manos por mi piel. Un fuego que mezclado con la adrenalina que acumulaba en mi interior combinan a la perfección, produciendo una combustión explosiva. El corazón se me acelera, el deseo se dispara y el ansia por poseerlo es cada vez mayor. Lo empujo para que caiga sobre el sofá, me deshago del encaje que cubre mis caderas y Fabián se quita la poca tela que le queda en el cuerpo sin apartar su mirada de la mía. Nuestros cuerpos están desnudos, al igual que nuestras almas, expuestos, mostrando las heridas que el pasado ha forjado sobre ellos. No hace falta explicar el motivo de cada una de ellas porque, una a una, son aliviadas con la fusión de nuestros cuerpos.

—Me abandonó. Se fue una semana antes de nuestra boda. Necesitaba decírtelo, pero no quiero hablar de ello —le confieso aún entre sus brazos.

43

Fabián

Aún siento mi cuerpo levitar cuando la escucho y caigo estrepitosamente contra el suelo. Mis brazos se aferran más a ella y deposito un pequeño beso en su frente, porque es lo único que puedo hacer. Hacerla sentir que estoy aquí, que sigo aquí.

Me gustaría borrar ese dolor que he visto hoy en sus ojos, me gustaría prometerle que volveré e incluso me gustaría quedarme. Pero no puedo, las promesas, al igual que los compromisos, hace tiempo que dejé de cumplirlas. Cuando me di cuenta de que todo mi mundo se desmoronaba y yo no podía hacer nada para impedirlo.

44

Mara

—No vayas esta tarde a trabajar —me propone mientras recogemos la cocina después de comer.

—¿Cómo que no vaya a trabajar?! —pregunto, confusa, con un plato en la mano antes de meterlo en el lavavajillas.

—Pues eso, que no vayamos a trabajar. Que pasemos la tarde juntos.

—No puedo dejar a Carola sola sin ningún motivo.

—¿Cómo que no? Eres la jefa, ¿no? Entonces, tú marcas tus propias reglas.

—Te recuerdo que tú debes cumplir unos plazos.

—Lo sé e intentaré cumplirlos. Pero si no lo logro, tampoco se acabará el mundo, ¿no crees?

Yo lo miro sopesando lo que me comenta. Nunca he faltado al trabajo sin más ni más. Tan solo porque me apeteciera. En esas ocasiones, siempre era porque mis padres me necesitaban, debía hacer alguna gestión bancaria o alguna otra razón de la que no podía ocuparme por teléfono o fuera de horario de tienda.

Es cierto que me he escapado fines de semana con Javier, e incluso alguna que otra semana. Aunque eran faltas justificadas. Pero así, sin más ni más....

—¡Está bien! Llamaré a Carola para avisarle.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico! —exclama sorprendido y lleno de ilusión.

—Más te vale que merezca la pena —lo amenazo, levantando un cuchillo lleno de jabón en el aire con una sonrisa en la boca.

45

Mara

Me monto en esa furgoneta ponzoñosa que tiene llena de cachivaches. No sé a dónde vamos, no me lo ha dicho. Y su indumentaria no es que me dé muchas pistas. Su estilo es demasiado alternativo para mi gusto, y no varía dependiendo de la ocasión.

—No sé si voy bien vestida —comento al sentarme en el asiento del copiloto.

Me he decantado por unos vaqueros, deportivas y una lencera de rayas, acompañada de una cazadora vaquera. Algo informal y que me permita todo tipo de planes, algo que no desentone con lo que tenga pensado hacer.

«Aunque el solo hecho de estar juntos en cualquier circunstancia ya desentona a ojos de cualquiera, y no pasamos desapercibidos por más que me gustaría», pienso, echándonos una mirada.

Fabián ni se ha peinado, como de costumbre, y su rostro está cubierto por una barba ligera de cuatro días. Como es habitual, lleva los vaqueros rotos, pero no porque se los haya comprado así, sino porque están desgastados de tanto usarlos, y una camiseta que, aun estando descolorida, llama la atención por la combinación de sus colores.

—¿Qué? —me pregunta al observar cómo lo miro.

—Nada, nada. Solo que estoy intrigada. Apenas nos hemos movido en un radio de un kilómetro a la redonda estos días, y me parece extraño traspasar esa frontera juntos.

—A veces, las fronteras solo están en nuestra cabeza y podemos traspasar, ampliar y expandirnos todo lo que queramos. Solo debemos dejar de ponernos límites —dice, arrancando el motor.

Durante el trayecto, recibe una llamada de Elsa que ignora.

—Luego la llamo —me comenta a modo de explicación. A lo que yo no añado ningún comentario, está claro que tienen un pasado que les une mucho, y no soy quién para inmiscuirme en él.

—¿A dónde vamos? —pregunto al observar que salimos de la carretera principal para dirigirnos a una de las zonas mas boscosas de la zona.

—Ahora lo verás, ya casi estamos —responde, girando el volante.

Aparcamos en un área donde hay dos o tres coches más. Fabián se baja de la furgoneta y yo hago lo mismo. Abre la puerta de atrás y coge una pequeña mochila que se cuelga al hombro.

—Me podrías haber avisado de que íbamos hacer senderismo.

—No hay que andar mucho, tranquila —dice, ofreciéndome su mano.

Y es cierto, no andamos mucho, pero a cada paso que doy, parece que me adentro más y más en un cuento de hadas. Los colores, la densidad de los árboles, el grosor de sus troncos, su majestuosidad, hacen de este lugar un paraíso de ensueño. Seguimos el sendero de un río, y el arrullo del agua junto a su transparencia hacen que este espacio sea mágico, consiguiendo que esa palabra alcance otro nivel. No soy capaz de hablar porque quiero impregnarme de todo lo que me rodea, observo cada detalle para memorizarlo y poder acudir a él cada vez que lo necesite. Y, de repente, se abre el cielo, dejando que los rayos del sol alcancen el suelo.

—Había oído hablar de este lugar, pero nunca había venido, ¿cómo sabías de él?

—Porque tú eres un ratón de ciudad, y yo uno de campo —afirma con una sonrisa en los labios mientras saca una manta gruesa de la mochila—. Me gusta perderme en este tipo de sitios, y allí donde voy intento buscar dónde hacerlo.

—¿Y qué vamos a hacer aquí? —pregunto aún absorta en la belleza de lo que me rodea.

—Nada —anuncia, tumbándose sobre la manta con los brazos detrás de la nuca.

—¿Cómo que nada? No he ido a trabajar. Tengo varios encargos por realizar y otros tantos por empaquetar, ¿y pretendes que me tumbe a ver las nubes pasar y perder el tiempo?

—No, lo aprecio demasiado como para perderlo. Lo que pretendo es que puedas observarlo con calma.

«¡Observarlo dice! Una bonita manera de decir que le gusta perder el tiempo», pienso, sentándome a su lado con las rodillas flexionadas y las manos apoyadas sobre ellas.

Y como si de nuevo pudiera leerme, como si supiera que no me ha convencido, añade:

—Tú eres la que lo pierde con esa ansia de aprovecharlo, de ocupar cada segundo con algo. Deseas tanto consumirlo haciendo cosas que no eres capaz de disfrutarlo solo viéndolo pasar. Mira a tu alrededor, ¿te parece que disfrutar de este lugar conmigo sea perder el tiempo? Aunque no hagamos nada más que contemplar las nubes, como bien has dicho, pero ¿de verdad crees que regalarte un momento de paz es perder el tiempo? —me pregunta, imitando mi postura sin dejar de mirarme, esperando una respuesta.

Nunca me lo había planteado así. Siempre que me regalo un rato para mí, estoy haciendo algo. Ver una película, leyendo, ir a la peluquería o haciendo eso que ahora se ha convertido en mi segundo trabajo. Por lo que ha dejado de ser un *hobby* para pasar a ser una obligación por mucho que me guste. Porque ahora debo cumplir con unos plazos de entrega, unos requisitos y, por lo tanto, unas exigencias. Por lo que la capacidad de disfrutar ha disminuido.

Incluso cuando quedaba con Carola y el resto, mi cabeza pensaba en la de cosas que debía hacer. Por eso había dejado de quedar con ellas. Algo que Carola me echa en cara constantemente.

Su pregunta hace que reflexione sobre todo ello, e intentando relajar mi cuerpo, me tumbo por completo con la vista mirando el azul del cielo. Acto seguido, Fabián hace lo mismo, recuperando su postura inicial.

—Bien —afirma, haciendo que el silencio se instale entre nosotros, permitiéndonos escuchar los sonidos de la naturaleza.

No sé cuánto rato permaneceremos así, en silencio. Tal vez un par de minutos, tal vez ni uno, pero aunque consigo cierta relajación en mi cuerpo, mi cabeza comienza a volverse loca, cobra vida propia y multitud de ideas, tareas por hacer o cosas que no se me pueden olvidar la bombardean.

—¿Cómo lo consigues? —le pregunto incorporándome. Me giro, cruzo las piernas y apoyo los codos sobre las rodillas para contemplarlo mejor.

—¿El qué?

—Estar ahí, tan tranquilo, perdien... —aclaro, dejando la palabra a medias. No quiero que vuelva a rebatir el concepto de perder el tiempo.

—No sin práctica —responde, abriendo los ojos—. Antes era como tú, Mara. Siempre ocupado, siempre haciendo cosas que creía importantes, hasta que me arrebataron lo que más me importaba. Mi vida se hundió y me lamenté, aún me lamento de todo el tiempo que perdí haciendo mil cosas que ahora ni recuerdo y que en su momento eran prioritarias y las anteponía a todo, sin lograr disfrutar de un rato en el parque con mi hijo o en familia. Mi cabeza estaba más allí que aquí, andaba pendiente del móvil, de los *emails* o de cualquier cosa. Imagino que pensaba que estaría ahí para siempre y por eso no lo valoraba. Pero cuando pierdes una parte tan importante de tu vida, tus

prioridades cambian, al igual que el valor de las cosas. Y aprendes a gestionar el tiempo de otro modo. No pretendo que dejes a un lado todo eso que ahora te explota en la cabeza, lo que intento es que experimentes la diferencia que existe entre tu pérdida de tiempo y la mía. Y que después saques tus propias conclusiones.

—Está bien —acepto, volviendo a tumbarme, esta vez intentando relajarme por completo.

Respiro profundamente, cojo aire y lo expulso varias veces para lograr esa paz que debo conseguir. No lo consigo, para qué voy a mentir. No consigo detener mi mente, pero sí es cierto que soy capaz de sentir cómo ese bombardeo tiene un impulso y un alcance menor, y cómo mi cuerpo se vuelve más pesado.

—Si tuvieras que prescindir de uno de tus sentidos, ¿de cuál sería? —le pregunto al cabo de unos minutos de silencio.

—De ninguno, todos me parecen demasiado importantes como para perderlos.

—Esa respuesta no vale, tienes que elegir uno.

—No sabría qué decirte. Tengo que pensarlo, ¿y tú?

—Tal vez he formulado mal la pregunta, porque tengo claro cuál no querría perder.

—¿Cuál?

—La vista. Si me dieran a elegir entre cualquier otro, elegiría la capacidad de ver sin dudar.

—La vista es muy importante, aunque no tengo claro si más o menos que los otros cuatro.

—No sería lo mismo estar aquí sin ver —afirmo, contemplando la belleza de todo lo que nos rodea.

—No, está claro que no. Pero tampoco sería lo mismo sin oír el sonido de tu voz entre los de la naturaleza. Sin sentir el tacto de tu mano al entrelazarse con la mía. Sin apreciar tu olor, que me gusta por encima de todos los que percibo en este momento. O de tu sabor —dice, recostándose sobre mí y regalándome el beso más dulce, profundo y apasionado que he llegado a sentir jamás—. Me niego a perder tan solo uno de ellos. Si tengo que hacerlo, que no me den a elegir, que me lo arrebaten sin dejarme escoger, porque me va a doler demasiado recordar lo que se sentía cuando era capaz de apreciarlo de forma completa. Y aunque logre aceptarlo, eso no significa que me seguirá doliendo siempre que mi mente vuelva a aquí, contigo. Es como si yo ahora te dijera: si tienes que elegir amputar una de tus extremidades, ¿cuál elegirías?

—Una uña, puedo vivir sin una uña sin ningún tipo de trauma —respondo, perdiéndome en esos destellos dorados que tienen sus ojos, ese brillo mágico y soñador que se ve a través de ellos.

—Ahí has estado lista, pero ahora en serio —añade con una sonrisa torcida que me vuelve loca.

—No sé. Supongo que me sucedería como a ti, no soy capaz de elegir.

Fabián recupera su postura y volvemos a quedarnos en silencio. Algo que a mí me parece un suplicio.

—¿Qué parte de tu personalidad cambiarías? A mí me gustaría quitar ese exceso de responsabilidad que tengo. Soy demasiado rígida y exigente conmigo misma.

—No me planteo ese tipo de cuestiones, Mara, intento aceptarme tal y como soy.

—¿No quieres superarte a ti mismo?

—Quiero sentirme en paz conmigo mismo, eso es lo que quiero realmente.

—Y físicamente, ¿cuál es la parte de tu cuerpo que más te gusta?

—Te es imposible, ¿verdad?

—Más bien es una tortura —confieso, sacando todo el aire de mis pulmones y girándome de lado. Flexiono el codo y apoyo la cabeza sobre la palma de la mano para poder mirarlo por completo.

—Mis manos, es la parte que más me gusta, ¿y la tuya? —pregunta, imitando mi postura.

—Mi boca, aunque le sigue de cerca mi pecho.

—Muy de cerca, diría yo —afirma, pegando su cuerpo al mío, apoderándose de mi boca y provocando un leve cosquilleo en mi vientre que electriza toda mi piel.

—¿Por qué las manos?

—Porque son capaces de expresar todo tipo de sentimientos y consiguen un millar de reacciones —aclara, introduciendo una de sus manos debajo de mi camisa.

Mi cuerpo reacciona al instante, y él lo sabe. Lo puede apreciar en cada gesto, en cada tenue sonido que sale de mi garganta.

—Creo que deberíamos irnos —anuncia al sentir mi cuerpo encima del suyo.

—Mmm... Ahora quieres irte, ¿eh? Ahora que se empezaba a poner interesante y comenzaba a pillarle el truco a esto de perder el tiempo.

—Esto no es perder el tiempo, Mara, esto es disfrutar de él. Explotar, sentir, soñar, desear, enloquecer... Llámalo como quieras, pero para mí es sacar el máximo rendimiento a este instante.

—Explotar de placer, sentirte en todo mi ser, alcanzar lo soñado, desear más, enloquecer con tan solo una mirada tuya —añado, sellando sus labios con los míos.

Y mientras mi boca se aferra a la suya como si fuese mi último aliento, me pregunto: ¿dónde has estado y por qué me regalas algo que luego me vas a arrebatarme?, ¿por qué me muestras una forma de vivir que no es real?, ¿por qué creas una necesidad donde antes no la había?, ¿por qué llenas mi vida para después dejarla vacía?

46

Fabián

Intento hacer que vea la diferencia que existe entre disfrutar sin pensar a cuando permitimos que nuestra mente entre en la ecuación. Los límites que somos capaces de ponernos.

Cómo un simple «nada» puede llegar a alterarnos y lo asociamos con la idea de «perder el tiempo», cuando solo intentamos buscar un momento de paz. De evadirnos de la culpa que nos persigue o de perdonarnos. Un momento necesario para curar nuestras heridas.

Pero su mente es mucho más poderosa e inquieta de lo que creía, y le es imposible acallarla.

Así que soy yo el que se deja arrastrar por ella, por sus encantos, por su mente despierta y curiosa. Por esos ojos verdes, soñadores y llenos de ilusión que hacen que mi corazón se acelere como hacía mucho tiempo que no sucedía. Llenándome de alegría y haciéndome pensar que aún se me permite entrar en el país de los sueños. Se acabó el tiempo de recordar lo bonito que era vivir allí.

Ahora la pregunta es: ¿quiero volver, o tengo tanto miedo a perderlo todo otra vez que prefiero contemplarlo desde la distancia?

47

Mara

Pasan los días más deprisa de lo que me gustaría y me siento tan llena de vida como cuando era una niña. Veo belleza en todo lo que me rodea, e incluso me paro a contemplar cosas que antes pasaban desapercibidas para mí. El florecer de las plantas y cómo llenan de color cada rincón de la ciudad. La calma que se respira en las calles a primera hora de la mañana. La música que se cuele por una ventana abierta. O los cuchicheos y las carantoñas de una pareja que camina de la mano delante de mí.

Y me resulta extraño apreciar esos pequeños matices, porque anteriormente no lo hacía, y, sin embargo, ahora llaman mi atención a cada paso. Es como si caminase con los ojos abiertos.

—Joder, ¡qué susto, Mara! —se sobresalta Carola cuando entro en el almacén.

—Perdona, pensé que me habías oído.

—Normalmente, estás aquí cuando yo llego, y si alguna vez no lo has estado, el repiqueteo acelerado de tus tacones me avisan. ¿A qué viene esa sonrisa?

—¿Qué sonrisa?

—Esa, la que tienes en la cara, no sueles sonreír demasiado a primera hora de la mañana. Así que supongo que habrá algún motivo.

—Todo y nada en particular. La vida, supongo —le respondo, encogiéndome de hombros.

—¡La vida! ¿Desde cuándo eso ha sido un motivo para estar tan radiante?

—¿Quién ha venido a vivir arriba? —pregunto, cambiando de tema.

—Creo que una pareja joven de veinteañeros, ¿por qué?

—Porque los acabo ver salir del portal y me han parecido una pareja entrañable.

—¿Una pareja entrañable? ¿Tú estás bien, Mara? —pregunta, acercándose a mí y poniéndome la mano en la frente para comprobar si tengo fiebre.

—¡Que sí, chica! No seas ridícula, solo estoy contenta —replico, apartándole la mano—. Me siento bien, tranquila y con una sensación de plenitud que creo no haber sentido nunca. ¿Qué tal ayer con Gonzalo? —le pregunto para cambiar de tema.

No quiero pensar demasiado en esta sensación tan agradable que siento, porque si lo hago, me preguntaré si también me sentiré así cuando Fabián se vaya.

—No quedamos.

—¿Y eso?

—En un principio, habíamos quedado, pero a última hora le dije que me había surgido algo.

—¿A ti?! Eso es nuevo.

—A mí —responde, orgullosa, con una sonrisa en los labios al apreciar mi sorpresa. Porque de normal, le faltaba tiempo para encontrarse con él. Dónde y cuándo eran lo de menos.

—¿Y qué te surgió?

—Nada especial. Me llamó mi madre, necesitaba que le ayudase con una reserva de un viaje por internet. Se quieren ir una semana a la playa antes de que la costa se masifique.

—Yo también me iría.

—¿Y por qué no lo hacemos? ¿Por qué no nos vamos tú y yo uno de estos días?

—Estaría bien, pero cuándo —digo, resignada, señalando la tienda.

—Cuando se vaya Fabián, te vendrá bien —responde, pasando por alto lo que le indicaba. Su idea me hace reflexionar y...

—¿Sabes qué?, que tienes razón. Se va en tan solo unos días, y aún no sé qué será de mí, pero quiero irme. Me vendrá bien, nos vendrá bien, mejor dicho, y nunca nos hemos ido juntas, siempre nos hemos tenido que turnar para que la zapatería permaneciera abierta. Pero... ¡a la mierda! No va a pasar nada porque cierre tres o cuatro días.

—¡¿En serio?! ¡¿De verdad?! —exclama ilusionada.

—De verdad.

—¡No me lo puedo creer, Mara! Ay, ¡qué bien! Tú y yo en la playa... Ya verás lo bien que lo vamos a pasar. Me encanta esta parte que Fabián ha sabido rescatar de ti. En la adolescencia, eras todo lo contrario, no meditabas las cosas, pero creciste y...

—Me convertí en adulta y olvidé a la niña que hay en mí —la interrumpo, terminando la frase en su lugar.

—¡Exacto! Como en Peter Pan, supongo que por eso te ha gustado tanto esa historia.

—Seguramente —respondo, encogiéndome de hombros mientras alineo las cajas de las estanterías, antes de sentarme frente al ordenador.

—¡Ahora lo entiendo!

—¿Qué entiendes?

—Tú eres Wendy y Fabián, Peter Pan.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. Y yo, si fuera tú, no lo dejaría escapar tan fácilmente.

—Tengo asumido que en unos días despertaré de este cuento de hadas que estoy viviendo.

—No tiene por qué ser así.

—Pero lo es —sentencio sin dar pie a indagar en un tema que tengo más que asumido—. Qué raro que prefirieras quedar con tu madre en lugar de con Gonzalo. ¿Ahora te vas a volver maquiavélica?

—No, maquiavélica no. Pero tiene que saber que no es el eje que hace que gire mi mundo, y yo debo aprender que no todo gira en torno a él. Además, me gusta la sensación de que ahora esté pendiente de mí. No hace más que llamarme.

—¿En serio? Cómo han cambiado las tornas.

—Pues sí. Y ya me ha escrito para preguntarme si hoy voy a poder quedar.

—¿Y qué le has dicho?

—Que a la tarde pase a recogerme por aquí.

—Pero ¿os habéis acostado?

—No, no hemos llegado a ese punto, pero ganas no nos faltan. Lo que pasa es que me gusta cómo estamos. Desde que hablamos, él no se ha acostado con nadie que yo sepa, y yo tampoco. Y me da miedo que después de hacerlo perdamos todo esto que tenemos ahora.

—No lo creo, creo que Gonzalo se está dando cuenta de todo lo que puede llegar a aportarle una relación, lo que tú le aportas, y por eso ahora respeta tus reglas.

—No quiero hacerme ilusiones.

—Como diría Peter: «Fe, confianza y polvo de hadas».

—Fe y confianza, mejor dicho, porque, entre Gonzalo y yo, los polvos de hadas están asegurados. Ay, ¡no me hagas recordarlos! Que estoy muy necesitada y el deseo es la más exquisita de las agonías —comenta, haciéndonos reír a las dos.

48

Mara

—Pero ¿a dónde vamos, Fabián?

—Siendo tan lista como eres, ¿no te lo imaginas? —me pregunta desde el fondo de la calle, donde se ve de frente el centro de educación.

—¡Por fin voy a poder verlo! —anuncio ilusionada.

Hasta ahora, Fabián no había querido que me pasase por aquí.

—Espera un momento —anuncio, deteniéndome en seco—. Están terminados, es eso, ¿verdad? Y eso significa que te vas a ir... ¿cuándo?

—No, no están terminados, pero los terminaré mañana. Quería que fueses la primera en ver el conjunto.

—¿Y cuándo te vas?

—No pensemos en eso ahora, ¿vale? —dice, mirándome a los ojos con ternura.

—Está bien —afirmo, volviendo a caminar.

Conforme nos acercamos, veo de nuevo su obra y, a pesar de que esta ya la había visto anteriormente, no me deja indiferente. Las mariposas son tan reales que parece que pueden echar a volar en cualquier momento. Siendo ellas desde el interior las que consiguen que Peter Pan pueda volar. La imagen de unos veinte metros de altura es impresionante y te deja con la boca abierta.

—¡Es increíble! ¿Cómo haces esta maravilla? ¡Me encanta! —digo sin poder apartar la vista de la imagen.

—¿Ves?, por esto mismo mis manos son la parte que más me gusta de mi cuerpo —responde orgulloso del resultado—. Cuando empiece el curso, en septiembre, quiero que los niños pinten sus manos y las plasmen aquí, bajo los pies de Peter Pan, la obra es para ellos, y por eso deben participar en ella.

—Es muy buena idea.

—Siempre que he podido, lo he hecho. Involucrarles en un proyecto así les hace sentir que forman parte de él.

Fabián se queda en silencio por un tiempo, como si recordase algo que le produce dolor, pero no estoy muy segura. Segundos después, una sonrisa tierna curva sus labios, y eso me desconcierta.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Que cierres los ojos. Quiero que veas los otros dos, y quiero que los aprecies de golpe. No te preocupes, yo te guiaré —anuncia al ver que dudo.

—Está bien —digo, sin poder contener la risa, haciendo lo que me pide.

Fabián me coge de la cintura y guía mis pasos hasta detenernos en un punto.

—¿Ya puedo abrirlos?

—Sí —afirma, colocándose a mi lado y observando mi reacción al hacerlo.

No puedo saber qué expresión muestra mi rostro, porque no me veo reflejada en ningún espejo, pero puedo afirmar que la palabra sorpresa se queda corta. Las imágenes tienen vida propia, y la cantidad de emociones que transmiten impactan directamente en la retina del que las observa,

consiguiendo acelerarle el pulso, erizar su piel y enturbiar su mirada. Ambas imágenes me atraviesan el alma.

—¿Qué opinas? —me pregunta al ver que no soy capaz de decir nada.

—Son magníficas —es lo único que soy capaz de articular con un hilo de voz. Acercándome cada vez más para ver al detalle cada una de las obras.

La de primaria es un niño y una niña que tienen apoyados los codos en el suelo, mientras con sus manos sujetan sus caritas. Observando con su mirada curiosa la multitud de mariposas y destellos de estrellas que revolotean a su alrededor. Los críos están pintados en negro y gris sobre el fondo de la pared, y las mariposas inundan de color el mural. Eso le da mucha fuerza a la imagen, la cara de los niños es tan realista que consigue que sonrías sin darte cuenta y recuerdes ese entusiasmo que sentías cuando tenías esa edad.

Y el último mural es tan emocional, tan sacado de las entrañas, que te eriza la piel. Es una adolescente que está encogida sobre sí misma mientras se aferra a un paraguas, protegiéndose de una incesante lluvia.

Sobre su cabeza, revolotea una multitud de mariposas, las mismas que anteriormente hemos visto en los otros dos dibujos, y que la chica les ofrece refugio para evitar que se mojen y mueran.

Pero al fijarte detenidamente en esa peculiar lluvia, observas que cada gota contiene una imagen diferente en su interior. Representando diferentes aspectos de la vida. Sentimientos, momentos, situaciones, rasgos de la personalidad o simplemente maravillas de la naturaleza que debemos valorar.

En una de ellas, aparece un amanecer, en otra, su interior está repleto de flores, una de estrellas, números, un ovillo enredado, algo abstracto, plumas que caen, un laberinto, un corazón roto y otro en el que una mariposa se posa, el tictac de un reloj, notas musicales, una deportista pisando un terreno lleno de cactus, una puerta entreabierta, unas manos entrelazadas, la silueta de una cabeza dentro de otra, y otra, y otra, cada vez más pequeña, un libro abierto del que salen estrellas, un tornado, un rostro por el que cae una lágrima, una persona que se refugia en sí misma, y otra acompañada, bailando, la representación de una familia que se agarra de la mano, una balanza en la que en un lado hay personas y en otro dinero, un puzle en el que aparece la imagen de un fonendoscopio sobre un corazón, pero al que le falta una de las piezas de color rojo y a su alrededor solo hay otras grises desperdigadas, una luz que se abre camino en medio de la oscuridad, una persona sobre una cima, unos pies que dejan sus huellas sobre la arena de la playa y, cómo no, la silueta de Peter Pan delante del resplandor de la luna.

La multitud de gotas de agua es increíble, pero lo que más llama la atención es cómo esa adolescente tiene el valor de sacar su mano, dejando que una de las gotas caiga sobre su palma. En la que aparece un niño rodeado de diferentes símbolos como una casa, un reloj, una lista de tareas, unas piezas superpuestas que hacen equilibrio para evitar caerse y un engranaje mecánico que hace latir un corazón. Y a su alrededor, estrellas, mariposas y flores de diente de león dejándose llevar.

—¿Qué intentas transmitir? —pregunto sin apartar la vista de ellas.

—No sé, dímelo tú, ¿qué es lo que interpretas al verlas? —su pregunta me hace mirarlo a los ojos antes de responder.

—Creo que las mariposas representan la curiosidad de la niñez, las ganas de ilusionarte por cualquier tontería, de volar, de soñar, de sorprenderte. La felicidad en su más absoluta pureza. Por eso en la primera imagen aparecen en el interior de Peter Pan. En la segunda, los niños son conscientes de que esas mariposas, que esa inocente alegría, forman parte de ellos, pero que, conforme crecen, corren el riesgo de perderlas. Por eso, en la última imagen, la chica las protege de

esa lluvia incesante de responsabilidades a la que los adultos estamos expuestos. Tan expuestos que a veces no somos capaces de ver la belleza de lo que nos rodea, perdemos esa alegría. En esa lluvia hay cosas buenas y cosas malas. Cosas que pueden dañar tus mariposas y otras hacerlas volar. Pero merece la pena arriesgarse, y por ello tiene el valor de sacar la mano.

—Nunca pierdas tu espíritu, ocultes tu entusiasmo, silencies tu risa, reprimas tu inocencia, abandones tus sueños, disfraces tus locuras, disimules lo que sientes, ignores tu capacidad de sorprenderte o frenes tus ganas de jugar, porque todo eso sigue en tu interior. No olvides jamás al niño que fuiste. Porque aunque crecer es lo más maravilloso del mundo, también lo más arriesgado. Así que déjate llevar y disfruta intensamente de este increíble viaje —dice, con voz trémula, señalando algunas de las gotas que muestran lo que él expresa, dejando salir sus pensamientos, contemplando por primera vez su obra.

49

Fabián

No puedo dejar de contemplarla. De empaparme de cada reacción de su rostro, de cómo se le ilumina. Cómo sus ojos se le llenan de curiosidad, absorbiendo cada pequeño detalle. Cómo su boca se abre por el asombro y permanece así, abierta, intentando buscar la palabra exacta que le permita expresar lo que le transmite la obra.

Y me recuerda tanto a cómo reaccionaba mi hijo que llega a emocionarme. Explicándole lo que me hubiera gustado poder decirle a él.

50

Mara

Es el último día, Fabián se marcha temprano y una parte de mí evita pensar en ello. Pero otra me bombardea constantemente con la idea, haciendo que la maraña se retuerza, comprima mis tripas y mi estómago se contraiga de dolor.

—¿Y por qué no le has pedido que se quede? —me pregunta Carola mientras recogemos juntas.

Fabián tenía que ir hablar con el director, así que yo me he venido a trabajar. Pero esta tarde no vuelvo. Esta tarde tengo intención de memorizar cada gesto, respiración y parpadeo de Fabián.

—¿Que se quede dónde, Carola? Seamos realistas, Fabián no pertenece a ningún lugar. Él deambula de un sitio a otro.

—Vale, sí, lo entiendo, su trabajo le obliga a viajar. Pero no estará viajando siempre, ¿no? En algún momento, tendrá que descansar o no tendrá ningún proyecto.

—Sí, supongo. ¿Y qué sugieres que haga mientras tanto?

—Podéis intentar mantener una relación a distancia.

—¿Una relación a distancia?! Siempre con la inquietud persiguiéndome. No pienso cambiar el estrés del tictac por el del cuánto se quedará esta vez o cuándo será la próxima vez que nos volvamos a ver. Me niego a eso. Prefiero quedarme con el recuerdo de lo que hemos vivido a mantener una relación por raciones.

—Tan solo era una idea.

—Una idea absurda, Carola —respondo con determinación.

Pero, al parecer, a mi corazón no le parece tan absurda. «Mejor racionado que nada», asegura.

«Mejor nada que un sinvivir constante», respondo. Pero la última palabra la dice él, y lo hace en forma de pregunta: ¿tú crees que serás capaz de soportarlo?

51

Mara

—Quiero verte desnuda el resto del día —me susurra al oído, detrás de mí, nada más cerrar la puerta de casa, consiguiendo que una risa tonta salga de mi boca y una corriente eléctrica recorra toda mi espalda.

—Primero tendremos que comer, ¿no?

—No vamos a hacer otra cosa, Mara —me responde, cogiéndome de la mano y guiándome hacia mi dormitorio.

—No estoy muy segura de si estoy creando un monstruo o me lo habías ocultado hasta ahora.

—¿Aún no te habías dado cuenta de que soy un hombre que muestra una cara y oculta otra?

—Me estoy dando cuenta ahora, esta impaciencia no es la que sueles aparentar.

—No es impaciencia, es necesidad, es deseo, es ansia, es supervivencia.

Y en cuanto acaba la frase, nuestra ropa cae desperdigada por el suelo. Nuestros cuerpos colisionan el uno contra el otro; besos, susurros, jadeos, miradas intensas y manos que marcan nuestra piel. Y esa necesidad se vuelve exigente, ese deseo se convierte en obsesión, esa ansia se transforma en desenfreno y ese instinto de supervivencia es el que nos une por completo.

—¿Estás bien? —le pregunto con el cuerpo aún desmadejado sobre la cama.

Pero Fabián no me responde, como en otras ocasiones, permanece en su mundo, perdido, donde deambula entre tinieblas. O, al menos, eso es lo que a mí me parece, porque sus ojos están vidriosos y pierden esos destellos que a mí tanto me gustan.

—Fabián, ¿estás bien? —vuelvo a preguntarle al no obtener respuesta.

—Sí, perdona, demasiado bien diría yo.

—Pues no me lo ha parecido.

—Igual es que me hace falta una ración de esto —dice, haciéndome cosquillas en la cintura—. Necesito escuchar esa risa infantil que tanto me gusta.

—¡Ay! ¡No! ¡Para! Fabián, ¡para! —le suplico sin poder dejar de retorcerme y reír al mismo tiempo.

—Lo hago porque tengo hambre. Vamos a comer, anda —anuncia, dándome una cachetada en el culo.

Ambos nos levantamos de la cama, y yo comienzo a buscar mi ropa.

—¿Dónde están mis bragas?

—No te vistas.

—¿Qué? ¿Cómo no voy a vestirme? ¿Pretendes comer así?

—No encuentro mejores vistas que las que tengo ahora mismo, ¿y tú? —El rubor que sube por mis mejillas es evidente y manifiesta el pudor que tengo en este preciso instante de solo pensarlo—. ¿Qué te lo impide?

—Nada, pero....

—Mara, déjame recordarte así, tal y como te veo. Por favor —me suplica con voz dulce, consiguiendo que acceda, porque sé cómo me ve, como yo jamás me he visto. Tal y como estoy dibujada en esa pared que tengo a mi lado. Y, al observarme, me encuentro *sexy*, fuerte, atrevida y también vulnerable. Me veo yo misma, y me gusta lo que veo.

52

Fabián

Su cuerpo está entre mis brazos y toda ella se estremece, se retuerce, vibra cuando mis manos recorren cada centímetro de su piel. Cuando mi cuerpo invade el suyo. Cuando mi ser se fusiona con el de ella.

¡Y me creo Dios! Es increíble que alguien como yo pueda conseguir que alguien como ella disfrute de esa manera. Y eso me hace sentir poderoso, entusiasta y con ganas de volar de verdad.

Hace demasiado tiempo que mis alas se rompieron, y aunque no he dejado de soñar con la sensación de despegar los pies del suelo, nunca he tenido el valor suficiente para volver a intentarlo. «No lo mereces», me decía a mí mismo y me conformaba con vivir de los recuerdos.

Pero ver cómo sus labios me piden más, cómo su cuerpo se aferra al mío con desespero, reclamando esa profundidad que nos hace uno y que a mí me llena de vida, de ganas de luchar, de creer en que aún puedo ser feliz. Y no hablo de esa felicidad a medias que siento mientras realizo alguna de mis obras. O esa con la que sueño constantemente, esa que tenía pero que se siente a medias cuando solo la experimentas a través de tus recuerdos.

Hablo de una real, una que me alimente de fuerza, de cariño, de entusiasmo... Una que consiga que estalle por dentro, que me haga subir, aunque sepa que después tendré que bajar. Que me llene de picos emocionales y que se lleve esta vida plana que mantengo y a la que me he resignado, porque es la que considero que merezco.

Y es que es más fácil mostrar que demostrar.

—¿Estás bien? —oigo que me pregunta.

Pero cómo no estarlo cuando estoy entre sus brazos. Cómo no estarlo cuando ha despertado en mí lo que llevaba demasiado tiempo dormido. La pregunta apropiada es: ¿cómo voy a conseguir estarlo cuando me vaya?

53

Mara

—Esto lo teníamos que haber hecho hace tiempo —comenta Carola, extendiendo su toalla sobre la arena.

—¿El qué?, ¿la locura que hicimos ayer?, ¿lo de impregnar de tinta nuestra piel?

—El mundo está plagado de locuras que dan chispa a la vida. Y ya que has comenzado, es mejor seguir, no vaya a ser que te desinfiles. Así tendrás algo que te recuerde lo bien que sienta perder la cabeza de vez en cuando.

—Créeme, no se me iba a olvidar —respondo, extendiéndome la crema protectora sobre la piel antes de tumbarme.

—Por si acaso. De todas formas, me refería a escaparnos a la playa juntas, deberíamos haberlo hecho antes.

—No te lo voy a negar.

—¿Y por qué no lo hemos hecho?

—Porque era estúpida —contesto, quitándome la parte de arriba del bikini.

—Tampoco te lo voy a negar ¿No sabía qué hacías toples?

—Nunca lo he hecho, a Javier no le gustaba. Pero odio las dichas marcas. Y como bien has dicho, debo aprovechar estos delirios que tengo últimamente, no vaya a ser que me entre la lucidez de repente.

—¿Te refieres a las tetas, o a las locuras? —dice con picardía, quitándose ella también la parte de arriba del bikini—. Además, aún podemos lucirlas, ¿no te parece? —me pregunta, palpando su turgencia con las manos.

—Las tuyas son divinas y las mías perfectas —afirmo, cubriéndome el rostro con un sombrero de paja para protegerme del sol.

—¡Oh! ¿Eso quién te lo ha dicho? ¿Fabián? —dice, chinchándome con el dedo índice en un costado.

—No, pero te garantizo que le volvían loco —respondo, levantándome el sombrero para que pueda ver mi cara. Y al mirarnos, ambas estallamos de la risa.

—¿Sabes algo de él?

—No, y prefiero que sea así. Decidimos que sería lo mejor. Además, ya te dije que no puedo tener una relación a medias, con él no. Igual con Javier lo hubiera intentado, pero con Fabián lo quiero todo o nada.

—¿Y por qué con Javier sí y con él no?

—A Javier ya lo conoces, no hace falta que te lo diga —respondo, incorporándome un poco.

—Sí, sí que hace falta.

—Javier es egoísta, era yo la que tenía que adaptarme a su estilo de vida en lugar de buscar un equilibrio que nos viniera bien a los dos. Es metódico, exigente y disciplinado. Rasgos que en su día valoraba más que ahora. Que me parecían perfectos para mí porque yo misma los tengo, pero me he dado cuenta de que la persona que esté a tu lado debe suavizar tus excesos e intensificar tus virtudes. Animarte a alcanzar tus sueños, apoyarte cuando luchas por ellos, por muy surrealistas que sean, y alegrarse si los consigues. Y eso es algo que Javier no hacía. No es mala persona y espero que haya

encontrado lo que buscaba, lo que yo no logré aportarle. Pero ahora puedo decirte que lo mejor que me podía haber pasado es que se marchase.

—¿Y Fabián?

—Fabián es todo lo contrario a Javier y a mí, pero ¿qué sería del orden sin el caos?, ¿del día sin la noche? No sé... Nos complementábamos, nos entendíamos y me veía, Carola. Sabe cómo soy, sé cómo es él, y nos aceptábamos, así de simple.

—Y así de bonito.

—Sí, la verdad es que ha sido muy bonito lo que he experimentado junto a él.

—Te envidio.

—A mí, ¿por qué?

—Porque algo así me gustaría tener a mí con Gonzalo.

—Lo tendrás, ya lo verás —respondo, cerrando los ojos y volviendo a tumbarme.

—¿De qué te ríes? —me pregunta, levantando la vista de su libro después de un rato.

—De lo formidable que es perder el tiempo —respondo, acordándome de aquel día con Fabián.

—Aquí te es fácil, lo difícil es hacerlo cuando el día a día te bombardea de obligaciones que, según quién, no pueden esperar, ¿no te parece? —me pregunta con retintín.

—Estoy aprendiendo.

—Genial, entonces, ¿tengo tu permiso para arrastrarte a el café semanal con nuestras amigas?

En esos cafés, a veces, hay temas de conversación en los que me siento fuera de lugar por completo, y dejé de ir por eso mismo, porque mi cabeza no hacía más que reprocharme el millón de cosas que debía hacer y me hacía pensar que estaba perdiendo el tiempo. Pero pasar un rato con esas personas a quien les importas no es malgastarlo, sino aprovecharlo, aunque las conversaciones sean intrascendentes.

—Lo tienes —respondo tras pensármelo detenidamente.

—Solo quiero que no te aísles de nuevo —me dice con ternura.

—Que sí, que iré, tal vez no todas las semanas, pero iré.

Durante el resto de días, no hacemos nada especial, pero a la vez todo se convierte en algo excepcional. Damos largos paseos a primera hora de la mañana por la orilla del mar. Comemos cuando el cuerpo nos lo pide, con unas vistas increíbles, sin prisas y sin la necesidad de saber qué hora es. Calentamos nuestros cuerpos al sol. Hablamos, leemos, reímos e incluso bailamos. Algo que hacía mucho tiempo desde la última vez. Y descubro que es algo que quiero seguir haciendo.

—Igual me apunto a zumba cuando volvamos —comento, dejando caer mi cuerpo sobre el sofá.

Esta noche no hemos salido, mañana temprano regresamos, pero eso no nos ha impedido montarnos la fiesta en el apartamento.

—Siempre te ha gustado bailar y te irá bien. Estás echando culo, Mara.

—Yo también te quiero, Carola.

—Lo sé, y la sinceridad es lo que fortalece una buena relación —me responde con una sonrisa mordaz.

54

Fabián

Abro la puerta y las piernas comienzan a flaquearme. No quiero volver a la realidad. No después de lo que he vivido.

El piso sigue igual; oscuro, lúgubre, apagado y sin vida. El tiempo se detuvo hace demasiado en esta vivienda. Y en cuanto pones un pie dentro de ella, el olor a rancio y a formol te inunda las fosas nasales estrujándote el estómago.

Como de costumbre, arrastro los pies hacia su cuarto, ese que pinté para él con escenas de su cuento preferido.

«Papá, ¡quiero volar como Peter Pan!», oigo su voz entre mis recuerdos, desgarrándome el alma cuando pongo mi mano sobre una de las muchas huellas de colores que hay por las paredes.

Necesito sentirlo, y poner mi palma sobre una de las suyas, aunque solo sea impregnada de color, me conecta a él. Una conexión que llena y vacía mi interior, que es mi alegría y mi tormento, que consigue que me derrumbe otra vez al ser consciente del dolor.

Noto la presencia de Elsa a mi espalda, pero no tengo fuerzas para escuchar lo que dice. Está enfadada, es la primera vez que no celebro el cumpleaños de Samuel a su lado.

Pero es que no quería regresar aquí, no quería volver a sentir lo que siento ahora, no quería volver a sentir ese agujero de nuevo. No quiero volver a caminar dormido.

55

Mara

El viaje de regreso lo hacemos la mayor parte del tiempo en un reconfortante silencio. Carola conduce mientras yo miro por la ventanilla del coche. Estos días en la playa nos han sentado bien. Ambas íbamos con el único propósito de disfrutar de nuestra compañía y descansar. Y creo poder decir que lo hemos conseguido. Hemos hablado de los buenos tiempos, de los malos y de los que están por llegar. De nuestros miedos y de nuestros sueños. Pero, sobre todo, lo que más hemos hecho es «perder el tiempo», ese concepto tan abstracto que depende de los ojos del que lo observa estaremos perdiéndolo o disfrutando de él.

—Mara, coge mi móvil del bolso, que me estoy poniendo nerviosa con tanta notificación de WhatsApp. ¡Con lo tranquilas que hemos estado! —dice, sacándome de mis pensamientos.

—Será Gonzalo, que ya no puede vivir sin ti —respondo, haciendo lo que me pide.

Pero la sangre se me congela al ver parte de uno de los mensajes en la pantalla principal. No solo es Gonzalo el que le ha escrito, sino que también lo han hecho nuestras amigas, y todas con un texto parecido:

Hemos visto a Javier.

Javier ha regresado.

He estado con Javier y me ha preguntado por Mara.

—¿Qué?! ¿Qué pasa? —Pero yo soy incapaz de contestar. Mantengo la vista clavada en la pantalla sin decir nada—. Mara, ¡me estás asustando! ¿Qué es lo que sucede?

—Javier ha vuelto —es lo único que soy capaz de decirle.

56

Fabián

Cada situación te cambia y cada persona te marca. Modifica tu forma de ver y sentir la vida. Te hace querer buscar respuestas y hacerte preguntas que no te atrevías a formular. Puertas que no querías abrir. Y cerrar capítulos que pensabas que no tenían final.

Y eso es lo que ha conseguido Mara, volverme loco.

Abriendo y cerrando puertas, escribiendo capítulos y reescribiendo escenas, cuestionándome por qué sigo anclado en el mismo punto. Por Elsa, porque si yo avanzo, ella se pierde en la deriva. Pero no puedo permitir que me siga arrastrando, no puedo dejar que me hunda con ella otra vez.

57

Mara

Conforme vamos llegando, la maraña de mi estómago se remueve como hace tiempo que no lo hacía. Pensé que había conseguido controlar sus movimientos, podar sus raíces y eliminar sus espinas. Pensé que había conseguido dominar que trepase por todo mi pecho y retorciere mi garganta, evitando que me faltase el aire. Como me sucede ahora mismo.

—¿Estás bien? —me pregunta Carola al ver que hago varias respiraciones profundas.

—Sí, solo intento tranquilizarme un poco antes de enfrentarme a lo que se supone que voy a tener que afrontar. ¿Qué hace aquí, Carola?

—Habrá venido a ver a sus padres.

—¿Después de dos años?

—Pues no sé, Mara, pero igual ni te lo encuentras.

—¡Sí, claro! Sobre todo, por lo discreto que está siendo. ¡Si ha preguntado por mí a Gonzalo! ¿Qué quiere ahora? ¿Por qué pregunta por mí cuando ni siquiera me cogía el teléfono cuando lo llamaba?

—No lo sé, Mara, no lo sé... Pero ahora tienes la oportunidad de pedirle una explicación, de conseguir respuestas, míralo de ese modo.

—No sé si quiero ya esas respuestas. Mejor dicho, no las quiero. No quiero saber nada de él. Que me deje tranquila y vuelva a la madriguera donde ha estado todo este tiempo —espeto cuando Carola detiene el coche frente a la puerta de mi casa.

—Escúchame, no puedes controlarlo todo, lo sabes. Lo has aprendido por las malas, y sé que has sufrido mucho. Por eso te volviste más obsesiva con ese tema, pero estos días he vuelto a ver a la Mara que conocía, así que no permitas que se esconda de nuevo. Eres una mujer muy fuerte, Mara.

—No me siento así.

—Pues cuando te ocurra eso, cuando te sientas insegura, solo tienes que echar la vista atrás y recordar todo lo que has superado, lo que has conseguido y el camino que has recorrido. La diferencia de cómo eras antes de que Fabián te rescatase de donde quiera que estabas y la de estos días atrás. No te estoy diciendo que este cambio sea por él, sé que sola también lo hubieses conseguido, pero tal vez te hubiera costado más tiempo. No necesitamos un hombre que nos rescate, pero sí una persona que nos tienda la mano y nos ayude a salir de donde estamos. Analízalo.

Y oír sus palabras hace que mis raíces se dobleguen, dejen de enredarse entre sí y se detengan. Sé que siguen estando ahí, en alerta, esperando a que mi miedo les dé la fuerza que necesitan. Pero como ha dicho Carola, soy fuerte, y ahora soy más valiente y capaz de enfrentarme a esto.

—Gracias, Carola —digo, abrazándome a ella.

—No hay nada que agradecer, somos amigas. Los consejos y los ánimos vienen en el lote. Tú puedes con esto, Mara.

—Lo sé —declaro, encontrando el coraje necesario para ello.

—Confía en ti.

—Eso haré. Gracias de nuevo —me despido, saliendo del coche.

—¡Mara! —me llama antes de que me vaya—. Esta cura sanadora de tres días deberías incluirla en los incentivos de la empresa. Piénsatelo.

—No hay nada que pensar. Ya está incluida —le confirmo con una sonrisa antes de irme.

58

Fabián

Qué difícil es soltar la mano de la otra persona cuando sabes que, en cuanto lo hagas, su destino va a ser incierto, triste y solitario.

Qué difícil es romper un lazo que has unido con amor y has nutrido con dolor.

Qué difícil es decidir separarte de alguien a quien has querido tanto y que has pensado que siempre estaría en tu vida del mismo modo.

Qué difícil es enfrentarte a algo que sabes que va a ser desgarrador para ambos.

59

Mara

Al entrar en casa, la sensación es reconfortante. No sé si es el aroma de él, que aún se percibe en la estancia, o si son los recuerdos de estos días juntos. Lo que sí sé es que me siento segura, algo que no me ocurrió cuando Javier se marchó.

Arrastro mi maleta hacia la habitación y sonrío al ver el dibujo en la pared y el espejo aún en el suelo. En otras circunstancias, ya le hubiera buscado un sitio. Pero el orden, la necesidad de tener cada cosa en su lugar, no me parece ahora tan prioritaria. Es curioso cómo cambiamos las personas.

Subo la maleta sobre la cama y comienzo a sacar la ropa. La que es para lavar la tiro al suelo, como hacía Fabián. Y el resto la dejo sobre la cama para meterla en los armarios.

El timbre de casa suena y un leve pinchazo en el estómago me hace pensar quién puede ser. Cojo aire y me encamino hacia la puerta.

Antes de abrir, miro por la mirilla y la punzada instintiva que he sentido antes se hace más aguda. Ahí lo tengo, con su impecable atuendo, su pelo rubio y sus impresionantes ojos zafiro que siempre me han atrapado. La maraña de mi estómago se remueve y tengo que recordar las palabras de Carola para apaciguar sus movimientos y encontrar la fuerza que necesito para enfrentarme a esta conversación.

—¿Qué haces aquí, Javier? —le suelto nada más abrir.

—¡Hola! Sabía que veníais de camino, así que estaba en la cafetería. Os he visto llegar. Quería verte, necesito darte una explicación, te mereces una explicación. ¿Me dejas entrar? —me pregunta al ver que no me he apartado de la puerta. Me hago a un lado, y él pasa.

—¿Y bien? Cuál es esa explicación que necesitas darme y que yo merezco oír —le digo, cruzándome de brazos—. O, mejor dicho, merecía oír, porque ahora ya no la necesito, me da igual, Javier. La necesitaba en su momento, no ahora. Te llamé, te llamé un millón de veces. Fui a casa de tus padres a pedirles una explicación, pero ellos no me dijeron nada. Ya bastante tenían también con el follón que montaste —le reprocho, encaminándome hacia la cocina, necesito un poco de agua para digerir todo esto.

—Lo sé y lo siento.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —pregunto, bebiendo del vaso.

—A ti.

Su respuesta me hace escupir el agua que llevo en la boca, mojarle entero y reaccionar de la forma más inesperada. Jamás pensé que, tras escuchar algo así, me diese un ataque de risa.

—¿Perdona?! —le digo, poniéndome una mano en la boca para intentar controlarme. Su semblante es un poema y eso hace que me ría aún más.

—Joder, Mara, ¡no me esperaba esto! —dice, indignado, señalando su camiseta mojada—. Vengo a pedirte disculpas, a decirte que te echo de menos, ¿y esta es tu reacción? Reírte de mí, no te reconozco.

Javier se quita la camiseta, mostrándome su abdomen trabajado, y tengo que reconocer que tengo que tragar saliva al volver a ver ese cuerpo.

—¿Tienes algo que pueda ponerme? —me pregunta con una sonrisa de satisfacción al ver que me deleito en su cuerpo.

—Tiré toda tu ropa.

—¿La tiraste? —me pregunta sorprendido.

—Para ser sinceros, la regalé. La llevé a Cruz Roja.

—¿Que la regalaste?! ¡No me lo puedo creer! ¿Sabes lo que cuesta?

—No pareció importarte mucho cuando la abandonaste aquí conmigo. ¿Qué pretendías, que me haría un mausoleo con ella para recordarte?

—Se la podrías haber llevado a mis padres.

—Podría haberlo hecho, pero no quise. Si tanto te importaba, habértela llevado, o haberme cogido el puto teléfono al menos. Así que no me vengas ahora con gilipolleces, Javier —le respondo, comenzando a cabrearle.

—¡Vale, vale! Perdona, tienes razón. Lo siento, no he venido a discutir. He venido porque de verdad te echo de menos —dice, acercándose a mí. Pero antes de que se aproxime más y despliegue todos sus encantos de seducción, pongo mi dedo índice sobre su pecho y lo detengo.

—Será mejor que te busque algo —anuncio, dirigiéndome hacia la habitación.

—Veo que han cambiado mucho las cosas por aquí —comenta, sobresaltándose, mientras contempla el dibujo de Fabián.

«La gran diferencia es que cuando tú te fuiste, tuve que redecorar la casa para que nada me recordase a ti. Y al irse Fabián, sonrío cada vez que un rincón me recuerda lo que he vivido junto a él», pienso, pero eso no se lo digo.

—Mucho, y a mejor, para qué engañarte —le respondo, tirándole una de las camisetas roñosas de Fabián.

—¿Qué cojones es esto? —pregunta al extenderla y ver que es de propaganda y está manchada de pintura.

—Una camiseta —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Es de él?, ¿del pintor ese con el que te has liado?, ¿del que todo el mundo habla?

—Sí. Y te aseguro que hablarán menos de lo que hablaron cuando me dejaste. Así que si te molesta, te aguantas. Y si no la quieres, no te la pongas, pero te marchas y me dejas en paz de una vez. No consiento que me reproches nada, porque no tienes nada que reprocharme —le recrimino, señalándole la puerta.

—No, tienes razón. Lo siento. Es que me descolocas, no eres la misma.

—No, no lo soy —confirmo, cruzándome de brazos.

—Y me gusta, me gusta muchísimo lo que veo, pero tienes que entender que eso me desconcierta —dice con voz ronca, volviendo a acercarse a mí, consiguiendo que mis brazos caigan a ambos lados de mi cuerpo. Esta vez se acerca tanto que puedo sentir su aliento, su aroma. Sus dedos recogen un mechón de mi pelo y lo coloca detrás de mi oreja. Nos miramos, y cuando está a punto de besarme, yo salgo de la habitación como alma que lleva el diablo.

—Acepté el trabajo —dice, consiguiendo que me detenga en medio del pasillo.

—¿Qué? —pregunto, girándome sobre mí misma sin dar crédito a lo que acabo de escuchar.

Siento cómo mi corazón se rasga un poco más por culpa de él, y debido a ese nuevo girón, algo nuevo sucede dentro de mí. La maraña se remueve, pero esta vez no tiene ganas de apoderarse de mí, no trepa por mi garganta hasta dejarme sin aire, ni las espinas de sus raíces se clavan en mi interior. Esta vez, se retuerce, se agita furiosa, queriendo salir de mi cuerpo y enroscarse en el de Javier para oprimir sus pulmones poco a poco. Aguijonear su piel lentamente con cada una de sus púas, y apropiándose de cada pequeña bocanada de aire que Javier necesita para poder respirar. Y,

por primera vez, disfruto con cada uno de los retorcidos movimientos de ese ser que habita en mis tripas al imaginarlo.

—Por eso me marché. Estoy viviendo en Manchester —responde, poniéndose la camiseta de Fabián en ese momento. Y verla en él me repugna, porque no es ni la mitad de hombre que el dueño de esa prenda, aunque lo aparente.

—¡Aceptaste el ascenso! —le reprocho incrédula.

—Sí, acepté el trabajo porque me lo merecía y me mataba no hacerlo —afirma orgulloso—. Pensé que me quitabas una parte importante de mí. No quiero vivir aquí, pero sí quiero vivir contigo.

—Aceptaste el trabajo después de que hablamos de ello. De que decidimos, como pareja, que no necesitábamos más de lo que teníamos —repito en voz baja, más para mí misma que para él. Intentando hacerme a la idea de la realidad.

—Entiéndelo, Mara, merezco este puesto, y sé que si no lo hacía, al final terminaría afectándonos.

—Ah, ¿y el marcharte no ha terminado afectándonos?! El no confiar en mí, explicarme lo que sentías, ¿no ha afectado a nuestra relación?! ¡Eres un cobarde y un gusano egoísta! ¡Cobarde por no tener el valor de explicarme todo esto en su momento! ¡Cobarde por no cogerme el teléfono después! ¡Y egoísta por pretender...! No sé ni qué pretendes. ¿Que me eche en tus brazos como si nada? ¿Qué me olvide de todo? Mira, ¡mejor lárgate de mi casa, Javier! —le grito furiosa.

—Mara, perdóname. Me equivoqué al no contarte lo que sucedía, pero eso no significa que no te siga queriendo.

—¡Ni se te ocurra decir esa palabra porque no sabes ni lo que significa! A una persona que se la quiere de verdad se le cuentan las cosas, no se la abandona como a un perro en mitad de la calzada. ¡Lárgate, Javier! —vocifero, perdiendo los nervios, encaminándome hacia la puerta y abriéndola con brusquedad.

—Está bien, me voy porque te estás alterando demasiado y los dos sabemos lo que te pasa cuando eso sucede. Pero no pienses que hemos acabado esta conversación —responde frente a mí, manteniéndome la mirada.

—Cierto, no lo pienso. Sé que hemos acabado esta conversación y todo lo demás —le digo antes de cerrarle la puerta para evitar escuchar ni una sola palabra más de ese gusano.

Toda la agitación y la seguridad que he sentido enfrentándome a él se evapora de repente y tengo que apoyar mi espalda contra la puerta. Pero, para mi sorpresa, en lugar de derrumbarme y llorar, una sonrisa de satisfacción aparece en mi rostro, sintiéndome orgullosa de mí misma, porque a pesar de estar aterrada, he sabido aprovechar ese miedo, convertirlo en rabia y evitar que me paralizase. Y eso es un paso enorme para mí.

60

Fabián

No soy capaz de escribir lo que siento sin pensar que te traiciono, que le traiciono. Pero si no hago esto por mí, me traicionaría a mí mismo, y llevo demasiado tiempo intentando proteger, salvar y liberar de las oscuras y frías garras de la soledad a aquellos a los que he querido con tanta intensidad que me he quedado sin fuerzas.

Llevo tanto tiempo intentando llenar de luz un hogar al que se le niega el resplandor del sol. Tratando de llenar de calor esta vivienda que ha sido trasladada al frío Ártico. De color cualquiera de las estancias que se mantienen en blanco y negro por mucho que con mi brocha dibuje un arcoíris. Y de movimiento algo que permanece estático desde el momento en que se detuvo su corazón, que no puedo más.

Me he quedado sin fuerzas. Y lo peor de todo es que ni me había dado cuenta.

Me había acostumbrado a ser un ente extraño que deambulaba por el cosmos con la intención de dar una visión del mundo que no percibía, pero que no podía quitársela de la cabeza porque constantemente soñaba con ella.

Me engañaba a mí mismo y engañaba a los que me rodeaban. Porque me sentía vacío, inerte y sin ilusión. Y con la sensación constante de buscar algo que había perdido.

Pero me niego a seguir sobreviviendo de esa manera cuando se me permite vivir de otra. Me niego a vivir de los recuerdos. A no tener una segunda oportunidad. Y te animo a que tú también lo hagas, cariño.

Nos merecemos volver a sentir esas mariposas que Samuel nos hizo ver, y que encerramos en una urna para impedir su vuelo cuando él se fue.

No podemos seguir cargando esta losa de tristeza que hunde cada uno de nuestros pasos impidiendo que sigamos adelante.

Él no lo querría, y yo tampoco.

He intentado decirte estas palabras un millón de veces, pero nunca he encontrado el valor para ello. Supongo que porque no había sentido lo que siento ahora, no había experimentado este revuelo dentro de mí hace mucho tiempo. Este chisporroteo de esperanza que me hace creer en esa segunda oportunidad con la que no he dejado de soñar.

Y me cuesta creer tanto en ella, porque he sido tan feliz a tu lado que a veces he tenido la sensación de que la felicidad se agota. Y cuando la consumes del todo, te quedas sin nada para el resto de tus días.

Pero ahora sé que no. Que estaba equivocado. Y como diría el personaje preferido de nuestro hijo: «Vivir será mi mejor aventura, porque morir sería una aventura terriblemente grande».

Hace tiempo que me prometí a mí mismo experimentar todas las que a él le arrebataron, pero no lo he conseguido. Porque el dolor pesaba tanto que era una felicidad a medias en un mundo imaginario.

Y por mucho que me negaba a verlo, nosotros ya habíamos elegido la más terrible y grande de las aventuras y estábamos dispuestos a perseguirla tras su muerte.

Lo sé porque me sigue doliendo tanto como a ti. Me duele con cada respiración, al salir el sol y al ponerse la luna. Me duele y me aferro a ese dolor porque es el más bonito de mis recuerdos. Pero no podemos permitir que nos siga consumiendo de esta manera. No permitas que se apodere de ti por más tiempo. Porque al final te llevará a esa irremediable aventura.

Termino de escribir con mano temblorosa y el corazón encogido. Doblo el folio con cuidado y lo dejo al lado de la taza esperando a que se despierte.

—¡Hola! ¿Hace mucho que te has levantado? —me pregunta al ver que he ido a por cruasanes.

—Un rato —le respondo nervioso.

Coge la taza que hay sobre la mesa y, aunque no dice nada, sé que ha visto la carta. Se sirve su habitual café con leche y, cuando se sienta, me pregunta por ella.

—¿Qué es esto?

—Algo que no quieres que te diga y que tú te vas a negar a escuchar —le contesto con voz pausada.

—Entonces tampoco quiero leerla —dice, arrastrando el folio hacia mi lado.

—Elsa, por favor, necesito decírtelo y que lo entiendas. Que me comprendas —le suplico, devolviéndole el papel.

—Es por ella, ¿verdad? Esta carta, lo que se supone que no puedes decirme a la cara, es por ella.

—Sí puedo verbalizar lo que siento, pero sé que me interrumpirás, porque no quieres escucharlo. Y no encuentro otra forma para hacértelo entender.

—En el aniversario de nuestro hijo estabas con ella, ¿verdad? —me reprocha, mirándome a los ojos con frialdad.

—El dolor se lleva dentro, cariño, no hace falta ir a una tumba a llorarle —le respondo, comprendiendo su amargura e intentando derretir el glaciar de su mirada.

—Pero estabas con ella, ¿sí, o no?

—Sí.

—¿Y qué tiene de especial con respecto a las demás? Porque ha habido más, y yo lo he aceptado porque siempre volvías. Pero esta carta me da la sensación de que es una despedida.

—No es una despedida. Eres demasiado importante para mí.

—No tanto como ella.

—Elsa, por favor, ambos sabemos que nuestro matrimonio lleva roto desde hace demasiado tiempo. Dejamos de ser una familia desde el momento en que se fue.

—¡Que murió, Fabián! ¡Nuestro hijo está muerto! —me corrige, perdiendo los nervios—. No se ha ido y va a regresar, no voy a poder volver a verlo nunca. ¿Entiendes eso? Porque a mí aún me cuesta asimilarlo —dice con la voz quebrada y humedad en sus ojos—. Murió, y aunque me niego a creerlo, es así. Y no logro entender por qué a él, por qué a nosotros.

—No hay respuesta a esa pregunta, Elsa —respondo, con voz apagada, acercándome a ella para consolarla.

—Aun así, retumba en mi cabeza una y otra vez, recordándome que ya no podré tenerlo entre mis brazos, no podré besarlo, tocarlo, verlo, olerlo o escucharlo, y eso me desgarrar por dentro. Y ser consciente de eso me mortifica desde el momento en que nos dijeron que ya no se podía hacer nada más por él, que aprovechásemos todo lo que pudiéramos a su lado porque eso era el final. Y, desde entonces, solo permanece en mi recuerdo —confiesa, rota de dolor, sin poder controlar las lágrimas.

—Lo sé, yo estaba allí también. Yo era el que sujetaba el peso de tu cuerpo cuando ni siquiera era capaz de sostener el mío. Y ha sido así desde entonces, Elsa, pero ya no puedo más. Tienes que intentar superarlo, cariño.

—¡Superarlo! —repite con rabia, levantándose de la silla y dándome la espalda por un segundo para después taladrarme con la frialdad de sus zafiros—. He perdido lo que más amaba en este mundo, Fabián.

—Lo sé, Samuel también era mi hijo —le reprocho, sintiendo más grande el dolor que habita en mi corazón.

—Pues no entiendo cómo puedes tener el valor siquiera de querer olvidarlo.

—¡No quiero olvidarlo! ¡No podré olvidarme jamás de él! ¡Su espíritu forma parte de cada una de mis obras, y lo sabes! —respondo sin dar crédito a lo que me sugiere—. Pero tampoco quiero

seguir viviendo de este modo. Con la sensación de que soy un muerto que camina entre los vivos, alimentándome de sus alegrías y aspirando la intensidad de sus vidas. No quiero eso, y menos después de haber experimentado sentir de nuevo.

—¿Qué tiene de especial esa tal Mara? —pregunta con indiferencia, cambiando la expresión de su rostro por completo.

—Es diferente —contesto sin querer entrar en detalles, intentando no causarle más dolor del que ya reflejan sus apagadas y tristes pupilas.

—Dices que quieres que te entienda, pues entonces dime qué la hace diferente para que sea más importante que el cumpleaños de tu hijo.

—No sé, Elsa, es risueña, curiosa, soñadora. Es puro nervio y me aporta vitalidad, fuerza, me llena de vida y de ilusión.

—Entonces es eso. Me dejas porque yo ahora soy todo lo contrario y te has cansado de verme llorar por las esquinas.

—No, te dejo porque te niegas a salir de ahí, de ese maldito punto que te está matando en vida. Porque te aferras al dolor como único recuerdo, y tenemos muchos más, Elsa. Pero tú te niegas a verlos.

—¿Y si volvemos a intentarlo? —suplica, cogiéndome de la mano.

—Elsa, no, no vayas por ahí —la detengo, dando un paso atrás—. Ya hablamos en su día de ello y no. Es demasiado arriesgado, y no quiero volver a pasar por la misma situación. Sabes que la enfermedad de Samuel era hereditaria y que tenemos muchas posibilidades de transmitírsela de nuevo. Así que olvídale.

—Pero ¿por qué no? ¿Y si sale bien? —me implora, acercándose con desesperación de nuevo a mí.

—¡Que no, Elsa, que no! Que además, un hijo ahora no es la solución. Un hijo se trae al mundo cuando el amor en la pareja es fuerte y sólido. No con la estúpida idea de arreglar aquello que ya está roto, un niño no hace eso, y lo sabes —respondo, comenzando a perder los nervios.

—Pero lo nuestro es diferente, nosotros nos queremos.

Y es cierto, pero no es suficiente. Aun así, verla cómo quema su último cartucho me conmueve.

—No como deberíamos querernos para ser padres —le digo, acariciándole la mejilla—. Si tu sueño sigue siendo ser madre, busca a alguien con quien puedas cumplirlo, pero olvídate de mí para eso. Yo siempre estaré aquí para ayudarte en todo lo que esté en mi mano, menos para eso.

—No, claro, ¡ahora tienes a otra para eso! —me recrimina con rabia, cambiando de actitud por completo.

—¿Te das cuenta de lo que haces?! ¿Te das cuenta de lo difícil que ha sido estar a tu lado todo este tiempo? Para ti todo gira en torno al mismo maldito punto, y así es imposible avanzar, aunque te lo propongas. Me ahogas, Elsa, ¿por qué crees que dejé de dar clase en la escuela de Bellas Artes?

—Porque necesitabas no atarte a nada y ser libre. Porque siempre has sido un niño grande, porque no te gusta comprometerte con nada.

—No es justo que me digas eso, sabes que no es cierto. Me gustaba dar clase, no era el trabajo de mis sueños, pero me gustaba. Me permitía revivir lo que siento pintando, y con eso me era suficiente, porque al regresar del trabajo, volvía a mi hogar, junto a mi mujer y mi hijo. Pero hace mucho que esto ya dejó de serlo, ¿no crees?

—¿Y es culpa mía? —pregunta a la defensiva.

—No, no es culpa de nadie. Cada uno afronta el dolor de diferente forma. Tú elegiste un camino para superar esta situación, y yo otro. Aunque siendo sinceros, ninguno de los dos hemos

conseguido hacerlo. A lo que me refiero es que hace mucho que llevamos direcciones contrarias, y es absurdo continuar así. Lee la carta, Elsa, y déjame marchar sin remordimientos. Déjame marchar porque entiendes mi postura, porque me quieres y sabes que así no puedo seguir. Pero, sobre todo, déjame marchar porque es la única forma de comenzar a caminar tú sola.

—¿Tanto la quieres? —me pregunta, derrotada, dejando caer una lágrima por su rostro. Una gota que soy incapaz de no recoger con mi pulgar.

—Más de lo que nunca hubiera imaginado, porque pensaba que jamás iba a volver a enamorarme de nuevo —me sincero, abrazándola con cariño.

—¿Ella sabe que vas a ir a buscarla?

—No, nunca nos planteamos esa posibilidad. Pero quiero intentarlo.

—¿Y cómo sabes que te esperará?

—Fe, confianza y polvo de hadas —le respondo, acordándome de ella, de su sonrisa y de esa mirada que me desnuda el alma cada vez que me mira con sus ojos curiosos—. Que no hayamos hablado de ello no quiere decir que ambos no lo deseemos —añado, creyendo pensar que es así.

61

Mara

Al día siguiente, el despertador suena como siempre, y con la tercera alarma, me levanto. No he dormido muy bien, la visita de Javier me dejó intranquila, y aunque reaccioné mucho mejor de lo que me hubiese imaginado, eso no quiere decir que no me alterase.

Me ducho, y mientras me visto, me contemplo a mí misma en ese dibujo que cada vez me gusta más, porque cada vez refleja más la realidad de cómo me siento.

—¡Hasta luego, preciosas! —me despido del retrato que hay sobre la pared llena de vitalidad.

Al salir de casa, me paso por la pastelería para comprar esas deliciosas pastas, con intención de contarle a Carola lo sucedido mientras nos tomamos un té. Pero todo mi entusiasmo decae y se convierte en un nubarrón negro cuando, al entrar en la cafetería, le encuentro tomándose un café. Javier levanta su taza a modo de saludo, y yo giro mi cara. El ambiente se hace tenso, y todo aquel que nos conoce lo aprecia. Cojo la caja con los dulces y me voy.

Carola y yo llegamos a la vez.

—¿Has contratado a un guardaespaldas y yo no me he enterado? —me dice en voz baja mientras subimos la verja.

—Ignóralo, es lo que yo hago —respondo de mucho peor humor del que tenía al levantarme.

—¿Eso quiere decir que aún no habéis hablado?

—Sí, sí que lo hemos hecho. Ayer se presentó en mi casa —comento, entrando en el almacén.

—¿Y qué paso? ¿Y por qué te sigue, qué quiere? —pregunta, siguiendo mis pasos.

—Ahora te cuento, y ni idea.

Le cuento a Carola lo que sucedió ayer y tengo que frenarla para que no salga, le plante cara y lo eche de una patada. Pero le hago entender que eso es lo que pretende y que es mejor dejarlo estar.

—Bueno..., ¿y tú qué? Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que hablar de mí, dime, ¿qué pasó entre Gonzalo y tú ayer? —le pregunto al quedarnos solas después de atender a varios clientes.

—Lo que tenía que pasar, supongo.

—¡Uy! ¡Qué misteriosa! —anuncio con una sonrisa pícaras mientras comienzo a recoger el calzado que hemos mostrado a la clientela.

—Estaba esperándome en la puerta. Me ayudó a subir la maleta. Y hasta ahí puedo contar, porque el resto de la historia es de dos rombos y no apta para mentes inocentes como la tuya —comenta, haciendo lo mismo.

—¿Os acostasteis?

—No, jugamos al parchís, Mara.

—Idiota, quiero decir... No sé lo que quiero decir. Bueno..., sí, ¿y ahora qué? ¿En qué punto estáis ahora?

—¡En el punto de que se va a venir a vivir conmigo! —anuncia con entusiasmo, levantando un par de zapatos que lleva en la manos sobre su cabeza.

—¿Cómo?! —digo, sorprendida, abrazándola por la emoción.

—Lo que oyes. Ni yo misma me lo creo, pero salió de él. Fue Gonzalo el que me lo propuso. Me dijo que tenía razón, que bastaba de juegos y que quería intentarlo. Que me había echado mucho

de menos estos días, y que a partir de ahora quiere todo. Todo Mara, y en todos los sentidos. Así que hoy va a traer sus cosas —comenta entusiasmada.

—¡Ya! ¿Tan pronto?

—Sí, ¿no es genial?

—Sí que lo es, Carola. Me alegro tanto por ti —digo, entrando en el almacén, dejando que mi mente me guíe hacia donde mi corazón me indica. Allí donde consigo ver por primera vez multitud de mariposas agitando sus alas a mi alrededor.

—Mara, Mara... —oigo que me llama Carola, sacándome de mi ensoñación—. ¿Estás bien?

—Sí, esto tenemos que celebrarlo, Carola. Este finde salimos.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —me pregunta asombrada.

—Claro que te lo digo en serio, ¿por qué no iba hacerlo?

—Porque tú no sueles salir. Y si lo haces, enseguida te escaqueas para irte en cuanto me despisto.

—Pues esta vez va a ser diferente. Seré la última en irme —afirmo con una sonrisa en la boca.

62

Fabián

Caminar con la mente tranquila, con la sensación de hacer lo correcto y la esperanza de luchar por uno mismo es una sensación demasiado liberadora como para no ser consciente de ello.

La decisión de abandonar tu anterior vida, de romper cadenas que estaban tan ancladas en tu interior, que te habías acostumbrado a vivir encadenado. Y te conformabas con los sueños que te permitías tener imaginándote a ti mismo viviendo de otra manera.

Es complicado cortar el nudo que te une a partes tan arraigadas de tu vida. Personas de las que no te quieres desligar por completo, aunque que sabes que debes aflojar esa unión porque ya no te aportan nada, al contrario, te van consumiendo poco a poco. Pero te es imposible soltarlas por completo.

Estabilidad, esa es la palabra en la que nos escudamos para no dar un paso como este, para no salir de una relación a la que te has acostumbrado y que eres incapaz de vivir de otro modo, porque lo conocido te da menos miedo que lo desconocido.

Y llega un momento en que ya no lo soportas más. Y debes enfrentarte a emociones como la incertidumbre, la culpa, la traición y el sentimiento de ser egoísta.

Pero ¿dónde está esa delgada línea que separa el egoísmo de la subsistencia? ¿Esa línea que marca qué pertenece al egoísmo y qué al amor propio? A la necesidad.

Siempre nos han dicho que ser egoístas no es un sentimiento positivo, pero hay momentos en que es tan necesario que eso es lo que me digo a mí mismo mientras voy a su encuentro para no sentirme mal por lo que dejo.

63

Mara

Carola pasa a buscarme por mi casa antes de ir a cenar con el resto.

—¿Aún no estás vestida?

—Es que estoy indecisa entre dos vestidos.

—Venga, vamos, enséñamelos y así veo lo que pintó Fabián.

—¿Quieres verlo?

—Claro que quiero. Me muero de ganas después de ver los murales del centro educativo —dice, encaminándose hacia mi dormitorio—. Madre mía, Mara, ¡es precioso...! No me extraña que te hayas vuelto loquita por esas manos, ¿eh?! —añade, dándome un pequeño codazo y guiñándome el ojo con picardía—. Si es capaz de hacer esto en una pared, ¡no me quiero ni imaginar lo que te hace en el cuerpo, chata!

—¡Carola! —la reprendo, sintiendo cómo un calor incendia mi cara—. ¿Este, o este?

—De Carola nada, ahora no te hagas la remilgada conmigo, que sabes que tengo razón. El negro —dice, indicando el vestido de cuello barco y escote en la espalda.

—Pues sí, la verdad. Las comparaciones son odiosas, pero hay tanto que comparar entre Fabián y Javier. Y hablo en todos los sentidos —añado, dándole énfasis a esta última frase mientras comienzo a vestirme.

—¿Y en serio te vas a quedar de brazos cruzados sin hacer nada? Con todo lo que removiste para conseguir algo del impresentable de Javier. ¿Te vas a quedar de brazos cruzados por alguien que merece la pena?

—Ya te lo dije, Carola, él tiene asuntos que resolver y una vida demasiado nómada como para tener nada fijo. Así que decidimos que esto sería lo mejor. Lo hemos pasado bien, y mejor dejarlo ahora que sentir el amargo sabor de una despedida constante. Porque eso es lo que sería tener una relación con él.

—Pues yo moriría por intentarlo.

—Tú, y puede que la antigua Mara también, pero ahora prefiero que las cosas surjan. Si tiene que ser, será.

—Sabes que a veces hay que darle cierto impulso para que las cosas surjan, ¿verdad? ¿O te crees que Gonzalo y yo estaríamos como estamos de no haberle cortado el grifo? Pues no, ya te digo yo que no. Seguiríamos igual. Pero en ocasiones debemos abrir las cortinas para ver el sol, porque, por muy claro que tengas que haya salido, si no sientes su calor y cómo te ciega su resplandor, puede que no te lo termines de creer y eso te confunda.

—¿Se puede saber qué es lo que me quieres decir, Carola? ¿Qué impulso quieres que le dé? ¿Qué lo llame? No voy a hacerlo, sabe donde vivo y le dejé una llave, ¿qué más quieres que haga?

—¡Que valores y luches por lo que viviste! Que pareces tonta. Cuando se encuentra a alguien con quien conectas de ese modo, no debes dejarlo escapar. ¿O por qué crees que su mujer no lo ha soltado aún?

—¿Elsa? Elsa no tiene nada que ver con eso, ella sabe que Fabián no le es fiel. Ambos saben que su matrimonio está acabado.

—Tal vez, Fabián sí, pero ella no lo tengo yo tan claro.

—¡Que sí, Carola! No seas mal pensada. Lo que pasa es que siguen casados por dejadez, por la pereza de no hacer los trámites correspondientes y porque mantienen una amistad, nada más.

La pregunta de Carola me hace pensar y siembra en mí la duda. Y justo cuando esa cuestión comienza a crecer, un número desconocido aparece en la pantalla de mi teléfono.

—¿Sí?

—¿Mara?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Elsa, imagino que sabrás quién soy.

—Sí —respondo, quedándome petrificada, aunque todo a mi alrededor comienza a tambalearse.

—¿Quién es? —me pregunta Carola sin emitir ningún tipo de sonido al ver mi cara.

—La mujer de Fabián —respondo a las dos a la vez, señalando el teléfono para que Carola me entienda. Entonces, ella acerca su oído al auricular para escuchar, y yo me agarro a su muñeca para intentar estabilizarme.

—Bien, entonces nos ahorramos las formalidades —me contesta con un tono de voz entre la desesperación y la frialdad—. Por dónde empezar... Ah, sí, tal vez estaría bien comenzar aclarándote que no sé qué es lo que has visto en Fabián, pero ve olvidándote de eso. Porque es mera fantasía que ha creado tu cabeza.

—Perdona, Elsa, no sé qué es lo que crees que hay entre él y yo, pero te aseguro que no hay nada.

—¡Oh, cállate! ¡Cállate! —me grita a través del altavoz, perdiendo los nervios—. Al menos, ten la dignidad de no mentir. Aún no sé qué es lo que ha podido ver en ti, pero está claro que la sinceridad no es.

—Perdona, no pretendía... —respondo confusa ante esta situación tan surrealista.

—No pretendías... ¿Qué es lo que no pretendías? —me pregunta con sarcasmo.

—Ofenderte, ocasionarte más dolor. Sé que lo que habéis vivido Fabián y tú es indescriptible, pero...

—Pero ¡nada! —me vuelve a interrumpir—. Tú no tienes ni idea de lo que es el dolor.

Esta vez la seguridad se abre paso y deja a un lado a la confusión. Tal vez hace tiempo me hubiera callado, hubiera bajado la cabeza y hubiese aceptado lo que ella me decía, aunque por dentro supiese que no era cierto. Pero, desde hace poco, no permito que nadie me diga lo que siento o debo sentir, lo que me duele y cómo debe dolerme. Alguien me ha hecho despertar y no pienso volver a cerrar los ojos tan fácilmente.

—Puede que tengas razón y que no sepa, ni pueda imaginar siquiera ese tipo de dolor. Pero te aseguro que cada uno cargamos con nuestra cruz. Y que mis heridas me pueden doler tanto como las tuyas. No soy ni mejor ni peor, ni más frágil ni más fuerte que tú, aunque tampoco soy tu enemiga. Solo soy la mujer que se ha enamorado de un hombre que está deseando volver a vivir, a volar, y que por la razón que sea ya no puede hacerlo a tu lado. Y eso no me convierte en un ser malvado —le respondo con firmeza.

—Tienes razón, hay muchas clases de sufrimientos —me responde más sosegada al escuchar mis palabras, pero su voz aún está teñida de amargura—. Espero que jamás sientas el dolor que te llega a producir la pérdida de un hijo. Y aunque sé que esa sería la única forma de que entendieras mi reacción, mi desconsuelo, este suplicio que siento no se lo deseo a nadie. Un dolor que te hace implorar día tras día perder la cabeza para poder disminuir su intensidad. Una pena que te es imposible ignorar porque te desgarran por dentro. Que te abre en canal heridas que jamás serán sanadas y que nunca se convertirán en cicatrices porque de ningún modo se puede llegar a superar la

muerte de un hijo. Una daga afilada, cruel e implacable que poco a poco se va hundiendo más y más en tu corazón, destrozándolo por completo a cada milímetro que avanza. Y te aseguro que siempre avanza, nunca se detiene. Y entonces te das cuenta de cuál va a ser el resultado final, algo que en ocasiones estás deseando que llegue cuanto antes. Porque tu corazón ya no lo soporta más. Y no hablo de ese músculo cardíaco que palpita. Hablo de ese órgano que nutre el alma y que da sentido a la vida. Eso es lo que queda malherido, y eso es irreparable. Cuando se te muere un hijo a esa edad y padeciendo todo lo que padeció Samuel, jamás te recuperas. Y junto a él entierras las pocas ganas de amar que te quedan. Entonces..., ¿cómo se puede vivir sin amor?, ¿sin ese sentimiento que lo llena todo?, ¿que da color?, ¿que da alegría y que da ilusión? Yo te lo diré, no se puede. Se puede fingir, se puede subsistir, pero no se puede vivir sin amor. Al igual que nada crece sin sol o sin agua. Es como intentar respirar cuando no hay aire. Todo se detiene, todo se congela y te conviertes en un ser sin vida que campa por un mundo al que ya no pertenece. No eres mi enemiga, Mara, en eso llevas razón. Aunque sí eres la persona que me ha arrebatado mi sol. Hace años, una enfermedad se apoderó de ese sentimiento que te hace ser débil pero a la vez fuerte como una roca, ¿y ahora tú quieres apropiarte de la poca luz que necesito para seguir adelante? Pues quiero que sepas que si Fabián ha visto algo en ti, seguro que no eres malvada, pero sí mi condena. Porque dentro de él hay una parte muy grande de ese amor que irradiaba Samuel, y tú me la vas a quitar. Sé que es muy fácil enamorarse de Fabián, aunque también te digo que, una vez que aprendes a tenerlo cerca, te será imposible vivir sin él. Así que piénsatelo bien, Mara. ¿Serás capaz de soportarlo si algún día te falta? Porque las dos sabemos que es un alma libre. Yo pude retenerlo durante un tiempo, pero teníamos algo que ambos amábamos por encima de cualquier cosa. Sin embargo, ¿qué tienes tú? Yo solo quería advertirte. Puede que parezca que merece la pena arriesgarse, pero quiero que sepas que si lo haces, puede que acabes tan hundida como yo.

Y tras decirme eso con la voz desgarrada, cuelga, dejándome a mí abatida y a punto de desplomarme.

—¡Mara! ¡Mara! ¿Estás bien? —dice Carola, sujetándose para evitar que me caiga—. Ven, vamos a sentarnos —añade, ayudándose a sentarme en el borde de la cama.

—La estoy matando, Carola, ya lo has oído. Esa mujer está muy mal, y yo estoy acabando con ella —le explico, sintiendo cómo mis ojos se humedecen.

—Esa mujer está muy mal, sí. Pero tú no estás acabando con ella. Lo que necesita es un buen loquero, ¿cómo se le ocurre llamarte?

—Pero ¿es que acaso no la has oído?! Está desesperada, el dolor habla por ella, se podía sentir a través del teléfono. Yo lo he sentido —le digo, ocultando mi rostro entre las manos.

—Mara, ¡mírame! Quiero que recuerdes lo que le has contestado —dice, apartándose las manos de la cara.

—¿El qué?

—Eso de que cada uno cargamos con nuestra cruz. Y a cada uno nos duele nuestras heridas, ¿o es que acaso a ti no te dolió la muerte de tus padres? ¿La demencia de tu madre? ¿El abandono de Javier?

—Sí, claro que sí. Pero no es lo mismo.

—No, no lo es. ¿Y sabes por qué?

—Porque no es natural enterrar a un hijo.

—No, no es natural, pero esa no es la diferencia. La diferencia es que tú decidiste superarlo. Hay que ser valiente para enfrentarte al dolor y no dejar que este se apodere de ti, y tú lo eres, Mara. Ya te lo dije, eres una mujer muy fuerte, así que no permitas que esto te afecte, porque no es culpa tuya

cómo Elsa haya decidido enfrentarse a esa angustia que lleva por dentro. Sé que es duro mirar hacia otro lado cuando sabes que otros sufren, pero a veces es inevitable, por mera supervivencia. Y como bien te ha dicho, no eres un ser malvado, pero tampoco su verdugo, como pretende que creas. Simplemente, eres una mujer que intenta ser feliz, algo por lo que ella debería luchar, ¿te queda claro?

Yo asiento porque soy incapaz de decir nada. Aún resuenan las palabras de Elsa en mi cabeza.

—Y, ahora, vámonos de fiesta, que lo necesitas más que nunca.

64

Fabián

Las ganas por volver a verla se apoderan de mí consiguiendo que el pulso se me acelere conforme llego.

Por sentirla, por tenerla entre mis brazos, por escuchar su voz y degustar su sabor. Por disfrutar de ella en todos los sentidos, pienso al buscar su llave entre las demás.

«Quédatela por si algún día la necesitas», me dijo, a modo de despedida, ofreciéndomela.

Y aunque yo deseaba escuchar otras palabras, sabía que esas eran las que más se aproximaban a un vuelve conmigo o un quédate.

Algo con lo que en ese momento solo podía soñar, pero que ahora estoy a punto de hacerlo realidad.

Entro en su casa, pero está vacía. No hay nadie, me siento en el sofá a esperarla, pero el tiempo pasa y los nervios me consumen. Así que, intentando relajarme, hago lo único que consigue hacerlo. Saco de mi mochila el carboncillo, mi bloc y comienzo a dibujar.

Miro el reloj, la impaciencia me corroe. La llamo, no me lo coge y camino por la casa de un lado a otro como un león enjaulado. Inquieto, ansioso, agitado. Vuelvo a llamarla y nada, no responde. Así que, con la intención de tranquilizarme, salgo de su casa sin un rumbo fijo en mente, aunque mis pies saben perfectamente a dónde van.

65

Mara

Toda la conversación se ha centrado en mí mientras cenábamos. Y eso es algo que siempre he odiado, pero entiendo que para mis amigas es novedad. Tienen razón en eso de que nunca les cuento nada. Siempre se enteraban por Carola o por los rumores que escuchaban de la gente. Y que fuese yo misma quien les pusiese al corriente de aquella llamada no les deja de sorprender. Pero eso no evita que la situación me abrume. Y aunque ahora mientras bailamos el ambiente se ha relajado un poco, no paro de pensar en la intensidad de los hechos. Y por eso decido salir a tomar el aire un rato.

Lo necesitaba, necesitaba dejar de escuchar las opiniones de las demás para poder prestar atención y poder sacar mis propias conclusiones.

—Hoy estás preciosa —dice una voz conocida detrás de mí mientras desliza su dedo por mi espalda.

Una caricia que, para mi asombro, eriza mi piel de una manera desagradable. Así que adelanto un paso para evitar su contacto.

—¿Qué haces aquí? ¿Ahora te vas a dedicar a seguirme? —le pregunto sin girarme. En estos momentos, es la persona que menos me apetece ver.

—Tenemos una conversación pendiente, Mara.

—¡Olvidame, Javier! Supongo que eso no te será muy difícil, porque ya tienes experiencia —le respondo, hastiada y decidida a volver dentro.

Pero antes de que pueda avanzar un solo paso, él me agarra del brazo y me lo impide. Javier percibe la frialdad de mi mirada ante ese contacto y me suelta de manera automática.

—¿Eso crees? ¿Crees que si de verdad te hubiera olvidado estaría aquí ahora?

—¿Sabes lo que creo de verdad? —le pregunto, poniéndome de puntillas para mirarle directamente a los ojos.

—¿Qué? —dice, manteniéndome la mirada.

—Que si de verdad te hubiera importado, hubieses venido antes. Pero qué casualidad que vuelves cuando por fin hay alguien que puede que me guste, alguien que es capaz de ocupar ese puesto que yo te había otorgado y que tú estabas encantado de sustentar porque pensabas que iba a ser tuyo para siempre, y eso te jode. Por eso has venido, porque seguramente tus padres te contaron lo que todo el mundo hablaba de mí. Que andaba liada con el pintor, que lo había metido en mi casa. Y, cómo no, el guapo y engreído de Javier tenía que venir a comprobar que eso era verdad.

—¿Acaso piensas que me siento amenazado por alguien como él? Porque ambos sabemos que no se parece a mí para nada.

—No es que lo piense, es que lo sé. Y, para tu información, por eso me gusta tanto, porque es todo lo contrario a ti —le contesto, dejándole con la palabra en la boca.

La noche sigue y, aunque me hubiera ido a casa ya hace rato, el alcohol hace que esta noche se difumine un poco y eso es lo que necesito en estos momentos. Eliminar de mi cabeza esa llamada de teléfono, la voz de Elsa y a Javier. Porque he entrado en un bucle constante que se mezcla con la música. Una sucesión de imágenes que se repiten a modo de *flashback* y que me mortifican. Y más cuando se adentra la madrugada y las parejas correspondientes de cada una de mis amigas van

apareciendo. Entonces me acuerdo de Fabián, de lo que le echo de menos, de las palabras de Elsa, y todo a mi alrededor comienza a derrumbarse.

—Me voy a casa —le anuncio a Carola.

—Espera, que te acompañamos.

—No hace falta, quédate —le digo sin darle opción al ver cómo Gonzalo se aferra a su cintura.

Hacen una pareja perfecta, la fuerza que proyectan en estos momentos es envidiable, y no voy a ser yo quien rompa ese halo mágico que los envuelve, pienso deseando que les vaya bien.

Salgo a la calle intentando buscar el alivio que ahora mismo necesito, y en lugar de ir hacia casa, directamente me dirijo al centro educativo. A los pocos minutos, esa multitud de mariposas con la silueta de Peter Pan me hace sonreír. Pero necesito acercarme y contemplarlo de cerca para poder sentir su aleteo, cerrar los ojos frente a esa pintura y soñar, dejarme ir y recordarlo a él, a nosotros, a su cuerpo junto al mío, a lo que me hacía sentir, lo que aún me hace sentir estando lejos, pienso, agarrándome a la vaya que rodea el centro.

—Es la primera vez que te veo sonreír de verdad en toda la noche —oigo a mi espalda a Javier, y como yo no me giro, añade—: Y tenías razón, me jode que sea él quien lo consiga.

—¿No te cansas? Porque yo sí estoy comenzando a cansarme, Javier. Déjame tranquila de una vez. Vuelve a Manchester, con tu estupendo trabajo, y déjame en paz.

—Mi estupendo trabajo no es nada si no estás a mi lado, ¿es qué no lo entiendes? —dice, apoyando su mano en mi hombro, obligándome a girar sobre mí misma para que lo mire.

Pero antes de que pueda si quiera contestarle, siento cómo su boca se apodera de la mía mientras una de sus manos me atrae hacia él para restregar su cuerpo al mío. Su lengua se abre camino entre mis labios, que intentan mantenerse cerrados. No tengo escapatoria, él me impide el paso. Pongo mis manos sobre su pecho para intentar apartarlo, pero Javier es más alto y más fuerte que yo, y no lo consigo. Así que, de manera instintiva, muerdo su lengua hasta que un sabor metálico me hace cobrar la razón y disminuyo la presión de mis dientes antes de arrancársela de cuajo.

—Joder, Mara, ¡estás loca! —dice, apartándose de mí y limpiándose la sangre con la mano.

—¡Suerte tienes de que no lo estoy, porque te aseguro que no vuelves a hablar en tu vida! —le reprocho, empujándolo con toda la fuerza que soy capaz. Esta vez, la rabia me corroe y hasta yo me sorprendo del impulso que puede llegar a darte. ¿Qué pretendía al besarme?, ¿que cayese a sus pies?, me pregunto indignada mientras las náuseas ante su poca hombría se instalan en mí—. ¡Aquí el único que no quiere entender lo que sucede eres tú! ¡Ya es tarde para nosotros, Javier! ¡Llegas tarde! ¡Te esperé durante mucho tiempo, y te aseguro que si hubieras tenido la decencia de cogerme el teléfono y darme una puta explicación, hubiera intentado arreglar lo nuestro! —le grito fuera de mí, señalándolo con el dedo—. ¡Eres un cobarde! Un cobarde engreído que se piensa que el mundo gira a su alrededor y que, cuando él quiera, lo puede detener. Pues no, el mundo no funciona así. La vida sigue, las personas cambian y el tiempo lo cura todo. Unos necesitamos más y otros menos, pero yo te esperé más del que me correspondía. ¡Así que lárgate y déjame vivir tranquila! Aún no me explico qué es lo que pude ver en ti. No, si todavía te tendré que agradecer que me abandonases para abrirme los ojos de quién eres en realidad —digo, alejándome de allí sin darle tregua.

66

Fabián

Oigo gritos y cómo una mujer forcejea con un hombre. Acelero el paso. No soy de buscar conflictos, pero sí de defender lo justo. Conforme me acerco, un mal presentimiento se instala dentro de mí y comienzo a atar cabos.

«No puede ser», me digo agitado y preocupado. Pero una punzada en el estómago me hace estar seguro de que es ella la que se aleja gritando.

Y eso todavía me cabrea más. Hace que mis venas se llenen de ira, impregnando cada una de mis células con esa sustancia e impidiendo que piense con coherencia. Siento cómo la rabia calienta cada fibra de mi cuerpo y la irritación se localiza en mis manos.

Esta vida ya me ha arrebatado demasiadas cosas como para no proteger lo que ahora me acaba de regalar. Y no puedo permitir quedarme impasible ante lo que acabo de ver.

—¿Javier? —pregunto con la mandíbula tensa.

—Sí, ¿nos conocemos? —dice confuso sin saber quién soy.

—No, pero te vas a acordar de mí toda tu puta vida —digo, estampándolo contra la pared—. ¡¿Qué cojones no entiendes cuando una mujer te dice que la dejes en paz?! —La rabia se adueña de mí, la imagen de su sucia boca besando los preciosos y delicados labios de Mara corrompen mi cerebro.

Aprieto el puño con fuerza hasta que siento cómo las uñas se me clavan en la palma de la mano, intentando contener todo lo que está a punto de estallar. No he pegado a nadie en la vida, aunque hay sensaciones que te nublan la razón, dejando que todo explote, me justifico, alzando el brazo decidido a romperle esa bonita cara de niño pijo que tiene. Pero, en el último instante, veo el miedo en sus ojos, un sentimiento que yo sentí por otro motivo, pero que nunca pensé que sería el responsable de provocar. Veo el odio de mi rostro reflejado en su iris, y eso hace que mi puño se desvíe unos centímetros de su cara en el último instante y sea la pared la que reciba todo ese resentimiento que tengo en mi interior.

—¡Lárgate! Y a ver si aprendes que gana el que no fuerza las cosas, el que da amor y acepta lo que viene. Yo estaré aquí decida lo que decida ella, así que espero no tener que volver a repetírtelo —añado, aflojando su agarre para que se marche y con la necesidad de saber cuanto antes cómo se encuentra Mara.

67

Mara

Camino hacia casa furiosa y con ganas de haberle arrancado la lengua estilo Hannibal Lecter. Ahora mismo hubiera alimentado a los cerdos con ella, animales mucho más decentes que él. Y al entrar por la puerta, una bolsa en mitad del pasillo llama mi atención.

—¿Fabián? —pregunto apenas en un susurro debido a la sorpresa.

Me dirijo hacia el salón esperando encontrarlo ahí, pero no está, miro en el taller de camino al dormitorio, pero tampoco, y cuando entro en mi habitación, veo su bloc de dibujo sobre la cama y el rostro de una mujer, mi rostro. Paso las páginas y encuentro varios retratos míos. Riendo, pensativa, mirando cómo revolotean sobre mi cabeza multitud de mariposas..., e instintivamente acaricio mi cadera, donde poseo una parte de él. Oigo cómo la puerta de la entrada se abre y corro hacia ella. Ante mí, el hombre al que amo, pero me resulta tan imposible de creer que necesito tocarlo. Corro hacia él, lo abrazo y mis ojos no pueden apartarse de los suyos.

—¡Fabián!

—Mara, ¿estás bien? —me pregunta, separando su cuerpo del mío para mirarme de arriba abajo. Yo asiento con la cabeza sin lograr comprender su preocupación, pero es tal mi alegría que decido no preguntarle. Posa sus manos a ambos lados de mi rostro para comprobar si de verdad estoy bien mientras una única lágrima se desliza por mi mejilla debido a la emoción de toda la noche.

—¿Qué haces aquí? —logro decir emocionada por tenerlo aquí de nuevo. Junto a mí.

—Te he visto... —dice de manera atropellada sin dejar de acariciar mi rostro, recogiendo esa pequeña gota salada antes de que llegue a mi lunática sonrisa.

—¿Y Elsa? —pregunto, sintiendo la intensidad de su mirada.

—Le he visto, os he visto, y te juro por Dios que... —contesta sin responder a mi pregunta, apretando mi cuerpo contra su pecho sin dejar de besar mi rostro. Y es entonces cuando me doy cuenta de la sangre en sus nudillos.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, no tiene importancia.

—¡Qué...! No entiendo. —Pero su deseo se hace más grande que la necesidad de entender.

Sus labios se aferran a los míos con desesperación. Y nuestros cuerpos se reconocen al instante, como si llevaran demasiado tiempo esperando este reencuentro. Su sabor, mi sabor. Su tacto, el mío. Sus manos desprendiéndose de mi ropa con avidez, las mías recorriendo su piel. Su pecho contra el mío y mi espalda contra la pared. Su voz en mi oído pronunciando mi nombre mientras caminamos a trompicones hacia el salón. Su olor mezclándose con el mío. La desnudez de su piel. Mi interior ardiendo en llamas. La exposición de su alma y el abrazo de la mía. El ofrecimiento de su corazón y la entrega del mío. Su respiración agitada, mi respiración entrecortada. Sus manos guiando mis caderas sobre las suyas. Sus dedos entre mis piernas y los míos junto a los suyos, consiguiendo detener el latido de ambos corazones. Él dentro de mí y su boca devorando la mía, absorbiendo cada uno de mis gemidos. Su cuerpo apoderándose del mío con cada uno de sus movimientos, y con cada uno de ellos, obtenemos una corriente eléctrica que recorre nuestra espalda, haciéndonos vibrar, explotar, estallar en mil pedazos para después recomponernos uno a uno en un momento de paz.

—¿Y esto? —dice, acariciando la pequeña mariposa que llevo tatuada en lo alto de la ingle, junto al hueso de mi cadera.

—Algo con lo que poder recordarte.

—¿Eso es lo que pensabas?, ¿que solo me recordarías?

—¿Me vas a contar por qué estas aquí?

—¿En serio me estás preguntando eso?! ¿No te ha quedado claro, o es que quieres que te lo vuelva a recordar? —me dice, deslizándolo la mano por mi abdomen.

—En serio —le respondo, mirándolo fijamente, posando la mía sobre la suya para detenerla.

—¿Acaso tienes dudas? —me pregunta, intentando ver en mi interior.

—Nunca las tuve. Siempre he sabido a qué atenerme, es ahora cuando no lo sé.

—¿Me estás cerrando la puerta? —pregunta escéptico, viendo la confusión en mis ojos.

—Al contrario, siempre he aceptado esto tal y como es, sin pretensiones. Aun así, te di una llave para tener la opción de abrirla cuando tú lo tuvieras claro. Pero me ha llamado Elsa.

—¡Qué! ¿Y qué te dijo? —aprecio la tensión en sus hombros, aunque él intenta disimularla. Sé que es un tema delicado, pero tengo que saber a qué atenerme.

—Está destrozada.

—Hace tiempo que lo está. Pero tú no tienes la culpa, y yo ya no sé cómo ayudarla. No se puede ayudar a aquel que no quiere ser ayudado.

—Siempre pensó que estarías a su lado. Y eso le daba la posibilidad de seguir hundida. Tal vez ahora se dé cuenta que ha tocado fondo y su única opción es salir adelante.

—Créeme, hace tiempo que lo tocó.

—Ya, lo entiendo. Pero no había perdido todo, aún le quedabas tú, ahora ya no le queda nada más. Así que no tiene otra alternativa, está sola. Y ahora debe vencer sus miedos por mucho que eso le aterre. Dale tiempo, deja que digiera esta nueva situación, y luego vuelve a hablar con ella.

—Os vi, le vi... —dice, cambiando de tema.

—No hay nada entre él y yo. Eso se acabó en el momento que decidió irse.

—Lo sé.

—¿Esto es por él?, ¿qué ha pasado? —le pregunto, sujetando su mano y besando el rastro de sangre seca en los nudillos.

—Nada, no tiene importancia. Le dejaste claro cuál es tu postura y yo la mía. Que estaré aquí.

—¿Aquí?

—No te veo muy convencida.

—No es eso. Pero... ¿y tu trabajo?

—Nos apañaremos. Puedo hablar con el director del centro. Ya daba clases antes y puedo volver hacerlo. Solo debo terminar los proyectos con los que ya estaba comprometido.

—Pero... Elsa dijo...

—No sé que es lo que te dijo ella. Pero lo que sí sé es que forma parte del pasado. Tú eres mi presente y espero que también mi futuro. Yo lo quiero todo de ti, Mara, todo contigo.

68

Fabián

Volver a tenerla entre mis brazos. Sentirla. Entregarle mi alma, esa que creía que no iba a lograr recomponer y que gracias a ella irradia vida. Con sus heridas y su dolor, pero con ganas de vivir y no de soñar, que es lo que he estado haciendo. Deambular por un mundo de sueños infinitos para evadirme de la realidad.

Encontrar esa persona que te complementa. Tan contraria en tantos aspectos que te completa, y tan semejante en otros que te une a ella como si de dos almas gemelas se tratase. Que pone orden dentro de mi desorden. Que aporta energía en mi sosegada vida, consiguiendo ponerla patas arriba. Que consigue alterar los rítmicos latidos de mi corazón. Que equilibra mi atormentada mente. Que me hace poner los pies en la tierra cuando yo camino sobre las nubes. Que me proporciona luz en los días más oscuros. Que logra que encuentres una parte de ti que siempre buscaste.

Mara lo ha cambiado todo, y quiero todo con ella. Hace que tenga ganas de escapar de ese mundo de fantasía para arriesgarme a sentir, a vivir estando despierto, a experimentar tanto la felicidad como la tristeza. Sentir cada uno de esos sentimientos, sean buenos o malos.

Porque poner sangre en tus venas y descargas eléctricas en tus nervios es vivir.

69

Mara

La luz del sol comienza a filtrarse por la ventana y contemplo su cuerpo junto al mío. Fabián aún duerme, y eso me permite que lo observe detenidamente. Sigue siendo peculiar en sí mismo, y eso lo hace único. Y cuando te tomas un minuto y miras en su interior, te das cuenta de que esconde mucho más que lo que su aspecto muestra. Es extraño cómo cambia nuestra manera de ver a una persona cuando la conoces de verdad. Cómo ves belleza donde antes no lograbas verla. Cómo ensalzas esos rasgos tan peculiares convirtiéndolos en especiales. Cómo conviertes algo singular en algo carismático y atractivo.

La vibración intermitente de mi móvil sobre la mesilla hace que deje de admirar al hombre que tengo a mi lado y preste atención a los wasaps que me están enviando. El nombre de Javier aparece en pantalla.

—Ayer me porté como un cretino y me gustaría pedirte disculpas como te mereces. ¿Puedo ir a tu casa?

—No.

—¿Y si quedamos en la cafetería de la esquina?

—Lo siento, pero no puedo.

—Estás con él, ¿verdad?

—Sí. Y no voy a dejarlo a él para ir hablar contigo.

—¡Vale! Lo entiendo. Soy un capullo y no quieres volver a saber de mí.

—No es eso, Javier. No eres un capullo, pero a veces te comportas como si lo fueses. Cuando dejas a un lado tu orgullo y tu ego, eres una persona normal.

—Nunca me ha gustado eso de ser normal.

—Pues no quieras ser excepcional, porque cuando te lo crees es cuando eres un capullo. Al menos, para mí. Hubo un tiempo en el que solo era capaz de ver tus virtudes, porque lo que sentía por ti restaba importancia a tus defectos. Pero ahora ya no. Y cuando esa balanza se descompensa, eres incapaz de ver las cosas buenas de esa persona, porque sus errores pesan más que todo lo bueno que llegaste a ver.

—Joe, Mara, ¡me estás dando *pal pelo*!

—Estoy siendo sincera. Algo que deberías empezar hacer contigo mismo, Javier. No eres mala persona, solo eres egoísta. Y cuando aprendas a pensar en los demás antes que en ti mismo, puede que llegues a ser excepcional sin pretenderlo.

—Siento lo que pasó entre nosotros, Mara, no lo hice bien, pero es que no supe cómo hacerlo mejor.

—Pensando en la persona que tienes a tu lado, tan sencillo como tenerla en cuenta —le escribo, echando un vistazo a Fabián, que aún duerme, y reconociendo lo afortunada que soy de tenerlo aquí conmigo.

—Fui un cobarde, lo sé. Y de verdad que lo siento.

—Agradezco que te des cuenta de que no fue la mejor forma de actuar, pero, como te dije ayer, lo que pasó fue lo mejor que me podía haber pasado. Tal vez hubiese preferido que fuese de otra manera, una mucho menos dolorosa. Pero si no te hubieras ido, ahora, tú y yo estaríamos

encadenados a un matrimonio en el que nos asfixiaríamos poco a poco. Y, más tarde o más temprano, nos separaríamos.

—Sí, puede que tengas razón.

—Sabes que la tengo.

—Cierto, siempre has sido más lista que yo.

—¿Qué haces? —me pregunta Fabián, asomándose por encima de mi hombro.

—Nada —respondo de manera automática, dejando el móvil bocabajo—. Hablaba con Javier. Está arrepentido y quería quedar para disculparse —termino confesando.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta sin un rastro de desconfianza en su mirada. Algo que hace que me olvide de Javier y rodee su cuello con mis brazos.

—Nada, no pienso salir de la cama en todo el día.

—Mmm... Entonces, ¡tendremos que entretenernos! —comenta con picardía, besándome los labios de manera sutil.

—Esa es la idea, sí.

—Vale, date la vuelta y no te muevas.

Siento su dedo sobre mi espalda desnuda. Haciendo dibujos imaginarios sin tinta, pero impregnados de sentimiento.

—A ver si descubres qué estoy dibujando.

—Esto no era en lo que yo pensaba a la hora de entretenerme.

—Habrá tiempo de todo, Mara, solo hay que ser paciente —susurra con voz ronca en mi oído de forma prometedora. Algo que me hace desearlo aún más si cabe, a él y a lo que promete.

—Una flor —respondo, conformista, entrando en su juego.

—Chica lista. ¿Y ahora?

—Una estrella.

—Muy bien. Venga, esta es más difícil —anuncia, marcando trazos sobre mi piel.

—No sé... Dame una pista.

—Si te doy una pista, lo adivinarás enseguida.

—De eso se trata, ¿no? Yo lo adivino y tú me recompensas —digo con picardía, girando sobre mí misma para mirarlo a la cara y que haga su dibujo en mi abdomen. Pero, entonces, él desvía su mano hacia mi cadera y repasa con el índice la silueta de mi tatuaje.

—¿Por qué una mariposa?

—Ya te lo dije. Me recuerdan a ti, pero también por su transformación. De niña a adolescente y de adolescente a mujer, como tú mismo representaste en las paredes del centro educativo. Pero, sobre todo, porque incluso cuando piensas que ya no puedes volver a transformarte, llega alguien que pone tu mundo patas arriba y vuelves hacerlo porque quieres volver a volar.

—Ahora yo también voy a tener que hacerme uno —afirma, acercando su nariz a la mía y frotándola como un gnomio.

—¿Y qué te harías?

—Una brújula.

—¿Una brújula?! ¿Por qué?

—Porque para mí tú eres mi brújula, esa que ha impedido que siga a la deriva y ha puesto rumbo de nuevo en mi vida.

—Al país de Nunca Jamás.

—Al país donde los sueños se hacen realidad.

Epílogo

—Julia, Mara y Samuel —oigo que dice, repasando con su pequeño dedito las letras que lleva tatuadas sobre su corazón. Como hace cada noche antes de dormir.

—¿Recuerdas de quién te dije que era este nombre? —le pregunta Fabián a nuestra hija.

—Sí, de mi tato.

—Eso es —dice, besando su cabecita.

—Pero, papá, aquí falta alguien, aquí debería de poner Nube —afirma, señalando la flecha de la brújula en la que no hay nada—. ¿A que te gustaría estar aquí? —le pregunta a nuestra gata, a lo que ella le responde con un maullido—. ¿Ves? Ella quiere estar.

—Bueno, sí, pero... ¿qué te parece si guardamos ese espacio para el bebé que lleva mamá en la barriga?

—También lo podemos llamar Nube.

—Creo que a mamá no le gustaría.

—Papá tiene razón, no me gusta —digo apoyada en el marco de nuestra habitación.

—Ven a echarte aquí con nosotros —me invita Fabián desde la cama.

—No cabemos todos.

—Claro que sí, mami, mira, tienes todo este trozo —indica Julia con sus manitas el hueco que queda libre.

—Está bien —contesto remolona. Aunque en el fondo estoy deseando reunirme con ellos—. Se suponía que ibais a dormir.

—No tengo sueño —replica nuestra pequeña bicho.

—Pero seguro que si cierras los ojos, te duermes —le respondo con ternura, besando sus párpados.

—No, ¿ves? Los cierro y sigo sin dormir.

—Tal vez si te cuento una historia —le propone, tocando su nariz con su dedo índice.

—¿De Peter Pan? —pregunta, abriendo los ojos como platos—. ¿Como las que le contabas al tato Samuel?

—Solo si te duermes —le recuerdo antes de que su padre le responda.

—Mami, si me duermo, no puedo escuchar la historia de papá —se queja, alzando los brazos al aire como si fuese lo más evidente y yo no me hubiera dado cuenta.

—Chica lista —añade Fabián, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vale! Tienes razón, pero cierra los ojos.

Julia está ansiosa por escuchar la historia de su padre y una muestra de ello es cómo aprieta sus párpados con fuerza. Su padre y yo nos reímos al contemplarla. Y Fabián comienza a relatarle una de tantas hazañas de Peter Pan que he oído.

—¿Quieres dormir aquí esta noche? —me pregunta con dulzura cuando Julia sobrevuela el país de los sueños.

—No, duerme tú con ella. Yo, estando tan pesada, duermo mejor sola.

—Como quieras, pero despiértame si me necesitas.

—Tranquilo, aún quedan seis semanas. Por cierto, ha llamado Elsa —le informo al levantarme con torpeza de la cama.

—¿Y qué quería? —pregunta, acercándose a mí.

—¿No lo imaginas? Elsa está deseando ser tía de nuevo —afirmo con ilusión, sabiendo la adoración que siente por Julia.

Fabián y yo salimos del dormitorio para hablar tranquilos y no despertar a la pequeña.

—Tía y madre. Elsa está embarazada —anuncia al sentarnos en el salón, cogiendo mis pies hinchados y poniéndolos sobre sus rodillas para darme uno de sus magníficos masajes.

—¿En serio?! No me ha dicho nada cuando he hablado con ella.

—Quiere ser ella quien te lo cuente, por eso viene. Pero yo no te he dicho nada, así que tienes que hacerte la sorprendida.

—Seré como una niña abriendo los regalos de Reyes.

—Entonces te será fácil, porque aún sigues abriéndolos con esa ilusión.

Cuando Fabián se fue, a Elsa no le quedó más remedio que asistir a terapia. Ya lo había hecho en más de una ocasión, pero esta vez conoció a un joven viudo que había perdido a su mujer en un accidente de tráfico, dejándolo a cargo de un niño con apenas dos años de edad. Elsa se vio tan reflejada en el dolor que padecía ese hombre que se sintió unida a él de inmediato.

El uno fue el apoyo del otro, y el otro el refugio del uno.

Fue entonces cuando pudo comprender lo que Fabián y yo tenemos, lo que tiene ella ahora. Esa persona especial por la que merece la pena darte una segunda oportunidad. Que te ayuda a sanar cicatrices, a perdonarte a ti mismo y a la necesidad de batir tus alas de nuevo para volver a sentir bajo tu piel algo que te hace elevar los pies del suelo con ilusión. Esa persona que te completa, que te lee con una mirada y te desnuda con otra. Que te alivia esa amargura que llevas dentro con la dulzura de su boca, con el calor de sus manos y con el espacio que te concede en su corazón.

Fue entonces cuando Elsa, poco a poco, volvió a ser parte de la mujer que era. Y se dio cuenta de que Fabián seguía siendo tan importante en su vida que se presentó aquí para pedirle perdón por algo que Fabián nunca le reprochó. Porque aunque su relación terminó de una forma bastante dolorosa, compartían ese mismo vacío, y él comprendía esa rabia que le impedía salir de donde estaba. Aun así, siempre supo que estaría unido a ella de por vida, tal vez no como hubieran deseado cuando se conocieron, pero ambos sabían que debían seguir formando parte de la vida del otro. Por ello, ahora formamos una gran familia, una que yo, como hija única, nunca tuve y que siempre me hubiera gustado tener. Pero el destino tiene su propia forma de darte ese vínculo que unas veces te otorga la sangre, y otras, sentimientos tan fuertes y tan contrarios como el amor o el dolor.

A todos nos hizo falta perder a esa persona que creíamos que formaba parte de nuestros cimientos para encontrarnos a nosotros mismos. Y comprender que solo nosotros somos capaces de construir el soporte que necesitamos para sostener nuestra carga, mantenernos firmes sobre ellos y elevar tantas alturas como consideremos.

A veces, nos acostumbramos tanto a vivir en nuestra propia ciénaga que no nos damos cuenta de que al salir lo único que nos cubre la piel es barro. Barro que se seca al sol y que se convierte en polvo con el tiempo. Asumimos que esa es nuestra única forma de vivir y no nos damos cuenta de las posibilidades que dejamos escapar por miedo. Por miedo a salir de nuestro mundo que, por muy tenebroso que sea, es el que conocemos. Y que, por absurdo que parezca, en él sentimos cierta seguridad.

A todos nos ha pasado. Creamos un mundo en el que nos refugiarnos para huir de la realidad. Pero si no tenemos nada por lo que luchar, ¿para qué vivimos? Si no tenemos el valor de enfrentarnos a lo que nos da miedo, ¿qué sentido tiene? Si no somos capaces de superarnos a nosotros mismos, ¿para qué seguimos aquí? Si consideramos que no nos merecemos más que soñar con ser felices, ¿para qué aspirar a serlo?

La vida es demasiado corta como para perderla buscando respuestas a preguntas que no necesitan contestación. Porque vivimos para amar de todas las formas posibles, y eso es lo único que nos hace sentir que estamos vivos.

Agradecimientos

En primer lugar, a mi familia y amigos, por apoyarme constantemente.

A mis clientas, siempre dispuestas a escuchar cualquiera de mis locuras.

A mis compañeros del máster en el que escribí esta novela; donde he tenido la oportunidad de conocer a gente maravillosa, con la que he compartido momentos increíbles. Especialmente, a @JC_Sanz_Autor y a @AnabelBzex por nuestras tutorías interminables. A @Sienna_escritora por emocionarse con cada nuevo capítulo y enamorarse de Fabián. A nuestro profe, José de la Rosa, que nos contagia con su energía y su amor por las letras. Gracias por todo lo que nos has enseñado en estos meses.

A mi correctora, @ng_books_sce, que me ha ayudado a hacer más bonita esta historia si cabe.

A Nerea, de @ImaginaDesings, por lograr la cubierta perfecta para esta novela.

Y, como siempre, a ti. Gracias por todas las muestras de cariño que recibo. Gracias por hacer tuyas mis historias, por enamorarte, odiar, reír y llorar con cada uno de los personajes. Sin ti, nada de esto sería posible. Así que GRACIAS.

Y, si quieres ayudarme a difundir esta historia, puedes dejar tu valoración en Amazon, algo por lo que te estaré eternamente agradecida.

Nos vemos en la próxima.

Sobre mí

Nací el 5 de septiembre de 1977 en Tudela, Navarra, donde vivo junto a mi marido y mi hijo, y trabajo en mi propio centro de estética; un trabajo al que le pongo tanta pasión como a cada una de las historias que creo.

Desde bien pequeña, me ha gustado fantasear con mi propio mundo imaginario. Aunque todas aquellas aventuras que imaginaba se perdían entre los múltiples laberintos de mi cabeza.

Hasta que un día comencé a escribir mi primera novela. Poco a poco, las líneas se fueron convirtiendo en párrafos, los párrafos en capítulos, y sus personajes cobraron vida.

Cuando por fin terminé, quería más. Me había divertido tanto escribiendo que no podía parar. Las ideas seguían quitándome el sueño (como aún hoy lo hacen), y me negaba a renunciar a todo aquello. Por ello continué con la historia de sus amigas, creando así la *Trilogía Nirvana*, compuesta por: *Rozando el Nirvana*, *Alcanzando el Nirvana* y *Descubriendo el Nirvana*.

Después, publiqué *No quiero ser tu quimera, pretendo ser tu realidad*, una historia autoconclusiva a la que tengo mucho cariño por cómo surgió la idea.

Es difícil explicar lo que siento cuando escribo, pero puedo decirte que es una sensación que me llena tanto que me hace sentirme viva dentro de ese mundo imaginario con el que convivo. Algo que estoy deseando compartir con mis lectores con la única pretensión de que la gente disfrute leyendo mis historias tanto como yo he disfrutado escribiéndolas.

Otras novelas de Arantxa Anoro que te pueden gustar

